

Nuria Condor



La atalaya de Doña Candela

En memoria de E.F. Benson y Miss Mapp

Capítulo 1

Habiendo vivido una parte de su infancia y adolescencia en el sur, se le quedó fijada en la mente la imagen de esos balcones acristalados que sobresalen de las fachadas, creando un magnífico observatorio y que en muchos lugares llaman cierros. Esa imagen se convirtió con el paso del tiempo en una especie de fijación y de ahí se transformó en un deseo vivo, que formaba parte de sus sueños más dulces.

Doña Candela, en cuanto se jubiló, se marchó con su marido a una ciudad de provincias, llamada Nicegante, para que le cundiera más la pensión. Había sido maestra toda su vida y tenía facilidad de palabra y sobre todo grandes dotes de observación. En particular, su mayor habilidad consistía en mirar a las personas y deducir con un porcentaje de aciertos notable cuáles eran sus actividades, sus aficiones e inclinaciones. A partir de sus deducciones iniciales, era capaz con un mínimo esfuerzo de adivinar cuál podía ser la profesión que aquella persona, objeto de su observación, desempeñaba, e incluso podía llegar a saber cuál era su vida y con quién o quiénes se relacionaba. Es decir, doña Candela era una mujer con una gran capacidad para entrometerse en la vida de los vecinos y espiar de manera constante sus idas y venidas, llegando a saber los pormenores de las vidas más grises y poco atractivas, así como las de aquellas otras criaturas que tenían algo que esconder.

Casados sus hijos y viviendo en lugares diversos a lo largo y ancho de la geografía nacional, doña Candela tenía poco que hacer. Su marido comía como un pajarito y ella, aunque de mejor apetito, no quería dejarse llevar por la gula. De modo que sus comidas eran frugales y rápidas de preparar. Por otra parte, su pensión y la de su esposo no daban para demasiadas alegrías y el temor a una enfermedad o a necesitar el apoyo de una sirvienta o una enfermera le hacía ahorrar todo lo posible. Este hecho contribuía eficazmente a aumentar su natural tendencia a la austeridad, por no llamarlo racanería.

Todos estos rasgos en una mujer relativamente joven, pues apenas superaba los sesenta años, la obligaban a aguzar el ingenio y buscarse distracciones que fueran poco costosas, y dadas sus dotes de observación y la capacidad antes descrita de imaginar y

crear vidas convincentes, la condujeron inevitablemente a ejercitar esta afición de la vigilancia a los demás de manera sistemática y constante.

Así pues, en el momento en que empezaron a buscar una casa en Nicegante, del mismo modo que la habían elegido por ser llana, lo que les permitía ir a pié a todas partes y ahorrar en gasolina, buscaron una casa que tuviera la posibilidad de hacerse un cierro con buenas vistas, como ella le llamaba. Es decir, se trataba de encontrar un edificio cuyos balcones o terrazas fueran susceptibles de convertirse en un buen observatorio, con visibilidad sobre el espacio público más amplio posible y que, al mismo tiempo, la ocultara de miradas ajenas. Ella estaba dispuesta a fisgar pero no a ser fisgada.

De manera más bien fortuita, que sería largo de explicar aquí, doña Candela descubrió un magnífico pisito en la esquina de tres calles. Delante había un edificio público de menor altura, con un gran patio para aparcamiento de vehículos, de manera que no sólo podía controlar a quienes iban y venían por las aceras de las tres calles, sino que su vista abarcaba a quienes entraban y salían del Hospital, pues eso era el edificio frontero, e incluso podía controlar, con un ligero esfuerzo de la vista y unos gemelos de teatro, a los que llevaban a sus niños a jugar a un parquecillo que estaba al otro lado de la valla del hospital.

Después de largas discusiones con el maestro de obras que debía transformar el pisito en un lugar acogedor, pues estaba casi en ruinas, ya que había servido de vivienda de alquiler para estudiantes, doña Candela consiguió que aquel hombre entendiera lo que era un cierro y le fabricara uno, condenando el pequeño balcón. No era exactamente como los que ella había visto de pequeña en su ciudad del sur, pero cumplía a la perfección la finalidad a la que quería destinarlo; que fuera su atalaya. Las ordenanzas municipales no permitían cerrar de mampostería los balcones, de manera que debía acristalarlo de techo a suelo. Esto que parecía un inconveniente que el albañil se empeñaba en demostrarle, era precisamente lo que la mujer quería. Una especie de jaula de cristal que le permitiera ver todo lo que pasaba en un amplio triángulo y no que un parapeto de ladrillo le obligara a levantarse de su mecedora y a atisbar por encima del alfeizar, sacando la cabeza, con lo que podía ser vista a su vez por los observados.

Cuando el albañil desistió de inducirla a dejar el balcón como estaba, agotando todos los argumentos sobre el frío, el calor, las corrientes de aire y demás tonterías como lo entretenido que es criar plantas de exterior, se avino a construirle su

cerramiento acristalado y doña Candela pudo poner allí sus visillos a media altura, sus plantitas de pilistras y su mecedora para contemplar el panorama.

Tras acudir a su misa diaria en una iglesia cercana, doña Candela hacía sus guisitos, recogía la ropa, estiraba las camas y, una vez cumplidos estos menesteres, se sentaba en su cierro a contemplar las idas y venidas de las personas que pasaban por las tres calles, las de aquellos que dejaban sus coches en el aparcamiento del hospital o las de los que, a hora fija, cogían o dejaban el autobús que paraba en la esquina.

Cualquiera podría pensar que este era un entretenimiento inocente, además de poco costoso, y también considerar que en el fondo no servía de nada, porque el noventa por ciento de la gente que pasaba por las tres calles o por el aparcamiento o que iba y venía en el autobús eran personas totalmente desconocidas y cuyas vidas era muy difícil conocer sin más datos que verlos desde la atalaya. Pero doña Candela no sólo obtenía su información de la simple contemplación, sino que se fijaba sus objetivos.

Es decir, no observaba por observar y se inventaba las vidas de personas que pasaban fugazmente por debajo de su cierro. No, eso hubiera sido más un ejercicio de la imaginación totalmente inútil, aunque entretenido. Todos lo hemos hecho alguna vez en un viaje tedioso o en la antesala del dentista; mirar a los que suben y bajan o esperan como nosotros y tratar de imaginar quiénes son y a qué se dedican, pescando al vuelo fragmentos de sus conversaciones o deduciendo de la bolsa de unos grandes almacenes mil y una cuestiones relativas a sus vidas. Este es sin duda un juego inocente que nos ayuda a pasar el rato de vez en cuando o a ahuyentar el miedo que nos produce el sillón del estomatólogo.

Doña Candela antes de ponerse a observar a alguien, procedía a una selección cuidada de la persona o personas. Se fijaba en la pescadería, en la carnicería, en la tienda de ultramarinos o en la frutería, en la mercería y hasta en la ferretería o en la farmacia –de todo había en aquel barrio que estaba muy bien surtido. Sin embargo, el lugar en donde conseguía una mayor cantidad de candidatos a sus pesquisas era la iglesia.

En primer lugar, porque en el recinto sagrado la gente se está quieta, lo que permite mirarla con detenimiento y fijar sus rasgos, de manera que luego sea más fácil reconocerla de un solo vistazo. Si está sentada en un banco delantero, puedes mirarla sin disimulo y con comodidad cuando vuelve de comulgar, al igual que si está sentada detrás de ti. Al hacerlo, las personas devotas van con la vista baja y no se fijan en quien

las mira o las deja de mirar. Haría muy mal efecto que uno fuera mirando a todos lados y a las otras personas que están en sus bancos. Por otra parte, si uno mismo ha ido a comulgar, al regresar, se puede arrodillar, ocultando el rostro entre las manos para mejorar orar, pero nada impide que uno mire a través de sus dedos y observe a placer a los que pasan.

También es necesario considerar que a las misas de diario suelen acudir las mismas personas fieles y devotas. De modo que no es difícil, al cabo de un par de semanas de acudir regularmente en los distintos horarios, que uno sepa, incluso sin las dotes de observación de doña Candela, quiénes son los que van por la mañana y quiénes los que van a la misa vespertina.

La iglesia es un buen lugar para hacer la selección porque, si es por la mañana, las personas salen de allí y se marchan a hacer sus recados, de modo que no es difícil saber cuáles son las tareas que desempeñan. Si tras la misa, uno las ve dirigirse a la droguería, a la farmacia o al consultorio médico, fácilmente puede deducir que se trata de una persona preocupada por la higiene y la salud. De manera que no resulta imposible averiguar si hay alguien enfermo o delicado en su casa o simplemente se trata de un hipocondríaco. De igual modo, si quien sale de sus rezos matinales es mujer y se apresura hacia el colmado, la carnicería o la pescadería, indudablemente se trata de un ama de casa. Si es joven, no cabe duda de que es una mujer con marido e hijos que vuelven a comer a mediodía. Si es mayor, posiblemente sea una abuela a la que van a visitar a la hora de la comida sus hijos o sus nietos o todos a la vez. Con un poco de esfuerzo, se puede saber si esa ama de casa está harta de su marido, porque le compra hígado, por ejemplo, y espinacas, o si le quiere mucho porque le lleva unas costillitas de cordero o un lenguado. En fin, dona Candela era mucho más que una experta en estos menesteres, de manera que estas deducciones le salían solas, tras escoger a su víctima.

Finalmente, la iglesia es un observatorio de primer orden porque a ella acuden personas que se conocen entre sí y que forman corrillos a la salida, especialmente los domingos. En estos corrillos la gente se saluda y se establecen conversaciones muy informativas, ya que, a un oyente avisado y entrenado como era doña Candela, extraer conclusiones de palabras oídas al azar le era de lo más útil y sencillo.

Al cabo de unas pocas semanas de ocupar su nuevo pisito, que le había quedado de dulce, doña Candela ya tenía tres o cuatro candidatos a los que observar. Eran mujeres, principalmente, aunque había también algún varón. El edificio donde estaba su

piso era, sin que ella lo hubiera pretendido, una mina para sus observaciones. No había muchos vecinos, pero la zona de cocina y los servicios daban a un patio interior a donde también se asomaban las cocinas de otros pisos, con sus correspondientes cuerdas de tender.

Estos artilugios con sus poleas suelen ser sumamente útiles. Las poleas, que con el tiempo pierden la grasa, suelen chirriar, de manera que a un oído atento le avisan de cuando alguien está tendiendo ropa, por lo que se puede atisbar con precaución y contemplar de manera furtiva a quien tiende y, desde luego, incorporarlo a la lista de observados. Por otra parte, el propio modo de colocar la ropa sobre las cuerdas ya nos deja muchos indicios sobre la clase de persona que lava y expone así a la vista de todo el mundo sus prendas más íntimas. Abrir las ventanas del tendedero y mantenerlas abiertas mientras se efectúa la operación, permite así mismo observar cómo están dispuestas las cosas dentro de ese espacio. No cabe duda de que el orden, el buen o mal gusto en los alicatados o su vejez nos pueden proveer de numerosos detalles acerca de quienes son los que viven en una casa.

No obstante doña Candela se llevó alguna desilusión en este sentido. Había observado que los de un piso un poco más alto que el suyo, que era el tercero, tendían las prendas de modo descuidado; más bien parecía que las habían arrojado de cualquier manera sobre las cuerdas y, aunque se suponía que habían salido de la lavadora, en realidad todas ellas aparecían ajadas y poco limpias. Es más, podían permanecer sobre las cuerdas cuatro o cinco días sin que nadie las retirara. Esto le llamó vivamente la atención y consideró oportuno dedicar parte de su tiempo de observación a aquel tendedero. Pero pronto perdió el interés. Se trataba de un piso de estudiantes que paraban poco allí y que debían hacer la colada más bien en casa de sus padres los fines de semana, pues los veía salir con sus maletas llenas los viernes por la tarde y regresar los domingos o los lunes por la mañana. Para sí se dijo: Estas criaturas no harán carrera, no saben ni lavarse la ropa y además no aprovechan el fin de semana para estudiar. Con ello dio por terminada la atención que les había prestado.

Un día, en que ella misma estaba tendiendo su ropa se topó con que la vecina del piso de enfrente la estaba mirando y la saludaba con la mano. De manera mecánica le devolvió el saludo. Sin embargo, dos días después se cruzó con ella por la calle. Candela iba pensando en sus cosas y se sobresaltó cuando la vecina la saludó con un ¡buenos días! ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Cómo se permitía saludarla si no se

conocían más que de una vista fugaz en el tendedero? En fin, pensó, cosas de provincias, pero tengo que tener cuidado porque si no, esta se me mete en casa al menor despiste, seguro que es una cotilla y quiere saber quiénes somos los nuevos en el edificio. A partir de aquel día decidió que la observación desde la ventana de la cocina no era conveniente ni demasiado interesante, de modo que casi no abría la ventana más que para ventilar y procuraba hacerlo en las horas en que la ventana de su vecina estaba cerrada a cal y canto.

Capítulo 2

Doña Candela y su esposo poseían un pequeño apartamento en una zona costera cercana a Nicegante, en la playa llamada de Las Arenas, lo que ponía de manifiesto la asombrosa falta de imaginación de los nicegantinos. En aquel apartamento minúsculo habían pasado los veranos durante el tiempo en que, para envidia de muchos de sus amigos, gozaban de vacaciones escolares. Allí iban con sus hijos aún pequeños y, más tarde, con los hijos y sus novios y novias respectivos y, más adelante, con los nietos y los distintos matrimonios que se turnaban para ocupar el pequeño pisito de playa.

A doña Candela le gustaba mucho el mar. Le encantaba nadar, comer pescadito frito y si era posible, navegar en algún barco de alguien conocido. De hecho si habían optado tras la jubilación por vivir en esa zona no era tanto porque la familia de su marido viviera por los alrededores, sino porque así tenía más cerca la playa y, ya de vacaciones perpetuas, disponía de la suficiente libertad como para instalarse allí a primeros del mes de mayo y permanecer hasta finales de septiembre.

Sin embargo, cuando apenas llevaba un año viviendo en su nueva casa, comprendió que era muy incómodo trasladarse a la playa tan pronto porque el edificio donde estaba su apartamento estaba completamente vacío. Por otra parte, cerca no había más que una tienda de esas que abren todo el verano, noche y día, y cuyos dueños se forran poniendo precios exorbitantes a las latas de tomate, a las patatas fritas de bolsa y a los pollos asados, que son de esas cosas que te arreglan un despiste en la compra de la semana o ante la aparición de invitados inesperados.

Pero los dueños de la tiendita, como ya se habían hecho ricos durante el verano anterior, descansaban desde principios de octubre hasta mediado el mes de junio y, por lo tanto, no había ningún comercio de comestibles abierto en las cercanías. Ello obligaba a ir en coche hasta el supermercado más próximo y eso era un gasto de gasolina que uno se puede permitir en el pleno verano, pero que encarece mucho la vida si se prolonga excesivamente.

Empezó, por tanto, a tomarle cierta tirria a su apartamento de la playa y, aunque a todo el mundo le contaba que era por aquello de que ‘de los cuarenta para arriba no te mojes la barriga’, lo cierto era que había descubierto con gran pesar que sus vecinos del

apartamento de al lado vivían también en su mismo barrio de la capital, en la manzana siguiente a la suya.

Eso hizo que se encontrara a toda aquella familia de gritones y sinsustancias en la calle al muy poco de instalarse y, lo que es aún peor, se encontró a la abuela en la peluquería y esta, sin que nadie la invitara a hacerlo, se dedicó a contarle a las peluqueras que doña Candela era su vecina de la playa, que la conocía desde mucho tiempo atrás y a sus hijos y nietos, todos muy guapos, y que como antes habían vivido en Madrid, ahora estaban encantados de vivir en una ciudad más pequeña y tan llana, con tan buen clima y la playa tan cerca. Doña Candela que era muy celosa de su intimidad y no solía dar información innecesaria a quienes no conocía, y menos a quienes estaban a su servicio, aunque fuera temporalmente como las peluqueras, se enojó mucho. Sofocó su malestar como mejor pudo, pero se juró que iría lo menos posible a la playa y desde luego evitaría coincidir con sus vecinos en el mes de agosto que era cuando ellos iban.

Volvió a casa aún acalorada por el tropiezo con la indiscreta vecina playera, pero le planteó a su marido que debían ir en junio y septiembre a la playa y alquilar el apartamento en julio y agosto, porque cada vez había más críos pequeños en el edificio y hacían mucho ruido con los patinetes y las bicicletas a la hora de la siesta. Ya se sabe que los padres de hoy maleducan a sus hijos a unos límites insoportables y cuídate de decir algo, porque están convencidos de que lo hacen muy bien.

Su marido, aunque no era muy amante de la playa y debía protegerse del sol de manera cuidadosa, no comprendió que aquella fuera razón suficiente para no usar su casa como habían hecho en los últimos años. Estar en verano en la playa daba ocasión a que los hijos y nietos los visitaran y siempre era muy agradable estar con ellos y ver cómo crecían los pequeños. A él le daba ocasión de charlar con sus hijos varones y de dejarse mimar por las chicas que lo adoraban y no estaba muy dispuesto a renunciar. Pero doña Candela le aseguró que con el alquiler de los dos meses podrían ellos disfrutar de un veraneo gratuito e invitar a sus hijos sin que ello les descabalara el presupuesto. Además, Andrés poseía una pequeña casita de campo que raramente visitaban, quizá era un lugar más tranquilo para ellos y menos peligroso para los nietos. Haciendo gala de sus dotes de persuasión y de sus conocimientos pedagógicos, doña Candela se mostró verdaderamente preocupada porque los niños no hubieran visto jamás un burro o creyeran que las lechugas las fabricaban con el celofán incluido. De modo que reavivó el gusto de su

marido por el trabajo en la huerta y terminó por convencerlo de que aquella era una gran solución.

Don Andrés era bastante cuidadoso con el dinero y lo del ahorro jugó una baza importante en el acatamiento de las sugerencias de su esposa. Así mismo se dejó llevar de la pequeña vanidad de mostrarse ante sus pequeños nietos como un avezado horticultor. Así que tomó la sabia decisión de pasar lo más fuerte del calor en la casita de campo de su pueblo de origen, Villa de los Caballeros.

Dona Candela había hecho un cálculo somero de lo que podría suponer estar en el campo con los hijos y, puesto que sólo había un bar en el pueblo, consideró que invitar a sus hijos a un aperitivo podría ser una tarea más de las de la casa y saldría más económico. Todo ello suponía que no sólo los meses de más calor les saldrían gratis, sino que el veraneo en la playa de ellos dos solos se podría afrontar sin tocar un euro de las pensiones.

Tomada esta resolución, le contó a sus amistades y a todo el que quisiera escucharla, que su marido, como le pasa a mucha gente mayor, había recuperado el amor por su pueblo y la agricultura y ella, por darle gusto, había decidido no discutirle el pasar julio y agosto en el campo, en lugar de en la playa. Resignada a sacrificarse por darle el capricho a su marido, se conformaría con pasar al menos junio y septiembre al lado del mar. Esta explicación alternaba con la de que los meses más fuertes de sol a su marido no le convenía estar en la playa porque su piel era muy delicada, mientras que las labores del campo, aunque sean las de un huerto minúsculo, siempre han de hacerse en las primeras horas del día y como el pobre dormía muy poco, eso le serviría de distracción cuando sin querer se despertara a las cinco de la mañana.

Al llegar el verano, allá que se fueron todos a la casita de campo. Tuvieron que invertir bastante dinero y esfuerzo en arreglar el tejado, largamente abandonado, en sanear el pozo negro, porque con los calores daba muy mal olor y era peligroso y terminaron por agotar el presupuesto comprando planteles de esto y de lo otro, con lo que cada tomatito enclenque que dieron las tomateras salía por el precio de una tonelada adquirida en el mercado minorista. Así, aquel primer verano, la casita de campo resultó bastante más cara que el veraneo en la playa.

Como no había gran cosa que hacer en aquel campito, los hijos agarraban el coche, generalmente el del padre, y se iban a un pueblo un poco más lejano a comer, cenar o beberse unas cervezas, con la excusa de que los chiquillos se aburrían en el

campo y en aquel otro pueblo estaban en fiestas y había feria. Don Andrés que adoraba a los chiquillos, los invitaba a subirse a todas las atracciones y una tarde sí y otra también se dejaba en manos de los feriantes un capitalito.

Cuando llegó el mes de septiembre y los hijos hubieron regresado a sus respectivas casas y los inquilinos de la playa hubieron abandonado el apartamentito, doña Candela y don Andrés cerraron la casita y se fueron junto al mar. Aquí empezó una nueva procesión de operarios de toda clase que no salieron precisamente baratos. La cisterna no funcionaba, la lavadora se quemó, el calentador del agua perdía y no calentaba y dos de las camas estaban hechas polvo. Así que entre compra de electrodomésticos, somieres y colchones nuevos y la mano de obra, la cosa salió por un pico.

Dona Candela estaba irritadísima y ni siquiera la posibilidad de disfrutar de los baños de mar y del pescadito frito conseguía mitigar su enojo. Las cuentas no le salían y ya estaba plenamente decidida a no repetir la experiencia y su cabeza andaba dando vueltas para ver de encontrar argumentos sólidos con los que justificar el cambio de planes para el verano siguiente, cuando hete aquí que se topó a Carmen, la vecina metomentodo, aquella que la había puesto en evidencia delante de las peluqueras contándole su vida y milagros. Carmen que se alegró mucho de verla en el mes de septiembre le contó que su hija no había podido coger el turno de agosto y le habían dado las vacaciones en ese mes, mientras que su hijo estaba de vacaciones forzosas y como los nenes que tenía eran aún muy pequeños para ir al colegio y pagar una guardería quedaba fuera de sus posibilidades, ahora que estaba sin empleo, decidieron todos prolongar la estancia en la playa durante todo el verano y pasar allí todo el mes de septiembre.

Doña Candela pensó que la había mirado un tuerto y pasó mohína todo el mes. Por más que le daba vueltas a la cabeza no veía qué solución podía tomar de cara al próximo verano. De pronto se le encendió una luz y gracias a ella comprendió que si no hubieran alquilado el apartamento, todavía habría sido más costoso el asunto, pues todo el arreglo de la casita de campo y los desperfectos que habían dejado los inquilinos habían salido del alquiler, incluso había sufragado el coste de las atracciones de la feria y la gasolina extra. Es verdad que no había ahorrado nada, pero, en fin, no todos los años habría que arreglar el tejado o el pozo negro, pues eso estaba ya hecho. Por otra parte el calentador y el aseo estaban viejísimos, así como la lavadora que era la que había comprado cuando se casó. Ahora ya eran todos nuevos y podían durar otros cuarenta

años. Lo único que no había sido rentable de verdad era lo del huerto, así que pensó que quizá si sutilmente iba llevando a su marido a sustituir las verduras por otra actividad, como criar pollos o conejos, tal vez podrían repetir el plan. También pensó que más limpio sería hacer una piscina y que su marido se entretuviera, en sus madrugones, echándole el cloro, limpiando los fondos y los filtros de la depuradora y controlando el ph, que vete a saber qué era, pero que era muy necesario tener controlado en las aguas estancadas de las piscinas.

Habiendo llegado a esta conclusión, decidió que lo mejor era comentar como de pasada que los niños se habían aburrido en el campo y gracias a que don Andrés se los había llevado casi cada tarde a los caballitos, pero ellos estaban acostumbrados a bañarse y chapotear y, claro, en el campo no tenían en donde. Don Andrés pronunció en este punto las palabras mágicas: ¿No querrás que hagamos allí una piscina? Hombre, no se me había ocurrido, pero ya que lo dices, quizá fuera una buena idea. Don Andrés protestó acerca del coste, pero sobre todo planteó el problema del espacio. Dona Candela, como si pensara en voz alta, dijo que el coste de la piscina saldría de una parte menor de los alquileres del próximo verano, claro que habría que adelantar el dinero y resarcirse después, pero si se hacía en diciembre o enero, cuando está de baja la demanda de piscinas, entonces seguro que encontraban a alguien que se la hiciera por poco dinero.

Quedaba el problema de la ubicación. Doña Candela se abstuvo de proponer ningún lugar y visto que no aportaba nada, don Andrés se vio obligado a tomar la iniciativa de repasar los inconvenientes de hacerla cerca de la cochera o delante del porche y llegó a la conclusión de que podría ubicarse donde las tomateras que, después de todo, daban mucho trabajo para poca producción. En este punto, doña Candela comentó como al desgaire, sí, y un huerto no revaloriza la casa, mientras que una piscina convierte a la casa en una finca de recreo. Al oír que aquella modesta construcción y su pequeño terrenito podrían llegar a convertirse en algo tan noble, don Andrés se sintió reconfortado y consideró que estaba dignificando no sólo la herencia de sus padres sino su misma memoria. Aquello le produjo una oleada de ternura y dulces sentimientos filiales y le dijo a doña Candela: ¡Qué buena idea has tenido con lo de la piscina! A mi padre le hubiera gustado ver una cosa así. Pero doña Candela, protestó: No cariño, ya sé que a tu padre le hubiera hecho mucha ilusión ver su casa convertida en una finca de recreo, pero la idea ha sido tuya, que siempre fuiste un buen hijo. Y remachó; eso además le duplica el valor, si algún día la quieres vender.

Don Andrés se fue aquella noche feliz a la cama por haber honrado la memoria de sus padres y por el aumento en el valor de su patrimonio.

Doña Candela también se fue feliz a la cama pensando que se había casado con un buen hombre y un buen hijo.

Capítulo 3

Al regresar a la ciudad después de un ajetreado verano, Doña Candela refirió a sus amistades que, aunque lo había pasado muy bien en su finca del campo y en su apartamento de la playa, tanta gente a comer; hijos y nueras o yernos y sobre todo los chiquillos, la habían dejado agotada. Así que en la primera quincena de octubre no tenía más remedio que pasar unos días en un balneario cercano, el de Aguas Calientes, especializado en dolores reumáticos y cuyas aguas, le habían dicho, eran milagrosas. Así que reservó una habitación, aprovechando que comenzaba la temporada baja, y allá que se fue el matrimonio.

El médico del balneario les hizo un examen exhaustivo y les recomendó, como al resto de los pacientes, que por la mañana se bebieran un par de vasos del agua del manantial, antes de desayunar. Luego, una vez desayunados, debían bajar a las piscinas descubiertas y chapotear en el agua tibia durante al menos media hora, aunque no más tiempo. Tras ese baño, debían pasear por los jardines durante una hora, pero a paso ligero. Al terminar la comida, podían retirarse a sus habitaciones o bien ir a la sala de televisión y dejarse llevar de la somnolencia que produce la ingesta de alimento. A eso de las cinco de la tarde, debían bajar a las piscinas cubiertas y alternar los baños de chorros calientes, con las duchas frías y el baño turco. En ello podrían consumir una hora más o menos y, después, previo encargo, ir a que les dieran unos masajes con barro y aceites calientes. Esto último, que se pagaba aparte, era lo más efectivo para sus dolores de cuello y espalda, porque ayudaba a distender los músculos, suprimiendo la rigidez y activando la circulación de la sangre.

Siguiendo las indicaciones del galeno, tempranito se fueron a beber su agua de manantial. Tenía un sabor entre sulfúrico y ferruginoso y les dejó el estómago más bien alterado, con lo que desayunaron sólo a medias, a pesar de que el buffet estaba muy bien surtido y podían tomar todo lo que quisieran. Mientras desayunaban, doña Candela se fijó en que aparecían muchas caras que no había visto antes y que, desde luego, no

habían pasado por el ritual de tomar los dos vasos de agua. Observó, así mismo, que aquellas personas desayunaban con apetito feroz y hacían múltiples viajes al buffet, probando tanto lo salado como lo dulce. Doña Candela apuntó este dato en su memoria y decidió que el fenómeno debía ser analizado cuidadosamente.

Una vez desayunados, se fueron a tomar los baños. Las piscinas cálidas, pero no muy calientes, invitaban a estar allí más de media hora y pudo comprobar que varios de los huéspedes del balneario pasaban más de media mañana en aquel lugar, remojándose aquí y allá y haciendo uso a intervalos de unas hamacas muy cómodas que quedaban del lado del solárium, donde más de uno y más de dos aprovechaban para descabezar una siestecilla del carnero. Siguiendo las indicaciones del experto, no obstante, a la media hora se fueron de las piscinas y se dedicaron a trotar a paso ligero por los jardines.

A esa hora ya el sol estaba alto y el calor era bastante fuerte. Entre los parterres había numerosos bancos de madera tanto colectivos como individuales y delante de algunos había una mesita cuyo tablero era un juego de damas. Con el albornoz blanco, preceptivo, muchos de los residentes formaban corrillo entorno a aquellas mesitas, sobre todo en las que estaban a la sombra, y echaban sus partiditas de damas o ajedrez. Incluso había quienes jugaban al cinquillo o a las siete y media, marcando sus apuestas con pequeños garbanzos. El parchís también era practicado en particular por grupitos de señoras. Pocos eran los que se paseaban a paso ligero por los senderos de tierra.

Después de comer y de echar una siestecilla en su habitación, doña Candela y su esposo fueron a informarse de lo de los masajes. La chica de recepción les indicó un tratamiento para los ocho días que iban a pasar allí que costaba aproximadamente lo mismo que la habitación y la pensión completa. Les ponderó la excelencia de los aceites esenciales y de los barros, e insistió, al igual que el doctor, en que aquello era fundamental para sacarle todo el provecho a su estancia en el balneario. Si de verdad querían pasar un invierno sin dolores de espalda y cuello, no debían dejar los masajes, aunque, eso sí, eran opcionales, porque las aguas ya hacían muy buen efecto. Para terminar de reforzar sus argumentos les comentó, señalando discretamente a una anciana que cruzaba en aquel momento el vestíbulo, que esa señora venía todos los años dos veces y la traían en silla de ruedas, pero que después de una semana de baños y masajes ya andaba sin ayuda. Claro que ella se estaba allí algo más de quince días cada vez.

Doña Candela, a pesar de que le pareció carísimo el paquete de masajes, pensó que una vez en la vida quizá mereciera la pena. Por lo pronto argumentó que no estaba muy segura de que aquello le gustara a su marido, de manera que encargó un masaje suelto para él y un bono para los ocho días para ella. Don Andrés que había estado observando con atención a unas jóvenes de bata blanca, preguntó si aquellas señoritas eran las que daban los masajes. La chica de la recepción le informó de que las fisioterapeutas daban los masajes a las señoras y unos jóvenes muy agradables y con muy buena formación en lo mismo se ocupaban de los caballeros. Don Andrés consideró que debía probar antes de decidirse a seguir un tratamiento completo de masajes. Doña Candela, sólo le comentó, ya te lo decía yo que eso no te iba a gustar, pero no estará mal que pruebes uno, por si acaso.

Tras gozar del calor del baño turco que casi les arranca la piel, se bañaron en las diversas piscinas y soportaron estoicamente los fuertes chorros de agua fría, caminaron por un lecho de guijarros puntiagudos, destrozándose la planta de los pies, mientras unos hilillos de agua helada que se clavaban como alfileres les asaeteaban los tobillos. Al cabo de una media hora larga, una voz femenina y otra masculina los llamaron por sus nombres de pila y los invitaron a salir del jacuzzi calentito en donde estaban reponiéndose y les indicaron la cabina a donde debían dirigirse para recibir su masaje.

La chica, Encarnita, invitó a doña Candela a quedarse como Dios la había echado al mundo, la tumbó en una camilla y la untó con un barro espeso y caliente. Poco a poco aquella masa oscura empezó a secarse y a formar una costra fría sobre su piel. Apenas podía moverse y daba tiritones de frío. Encarnita había desaparecido tras un biombo y aunque doña Candela la oía trastear por allí, no podía verla, pues la habitación estaba bastante oscura. Una música monótona pero chillona que parecía procedente de la China o de la India empezó a hacer estragos en sus oídos. Hubiera preferido para relajarse un minuetto como el de Bocherini o alguna de las sonatas de Chopin y no aquella música repetitiva y estridente. Sin embargo y en cualquier caso, como le castañeteaban los dientes ese ruido superaba el volumen de la melodía que sonaba. Al cabo de un ratito, Encarnita, apareció con una palangana y un paño y comenzó a quitarle la costra de barro con rápidos movimientos. Una vez la hubo despojado de aquel lodo endurecido, la untó con aceite caliente, que derramaba directamente sobre su piel desde una especie de lamparilla encendida semejante a aquellas que antes se prendían debajo de un santo en las iglesias, esparciéndolo con

suaves movimientos por todo su cuerpo. No pudo negar que agradecía el contacto con aquel líquido templado que devolvía el calor a sus miembros entumecidos por el frío del barro. Con movimientos hábiles y delicados Encarnita la masajeó por espacio de unos veinte minutos, logrando que doña Candela casi se durmiera. Sin embargo, en el preciso momento en que oyó una especie de gruñido, que se podría identificar con un ronquido suelto, Encarnita le dio una cachetada en las nalgas y le dijo, bueno, ya está, mañana más; ahora, levántese despacito, no se vaya a marear y la despachó hasta el día siguiente.

Regresó a la habitación y se duchó para eliminar la pringue de los aceites y, al secarse, dejó toda la toalla ennegrecida de los restos de barro que Encarnita había olvidado bajo sus senos, en la corva de las piernas y alrededor del cuello, las orejas y la raíz del cabello. Pensó que al día siguiente le advertiría que le quitara el barro con más cuidado.

Cuando estaba terminando su aseo y vistiéndose para la cena, entró Don Andrés con la cara pálida y la espalda como un ‘ecce homo’. Le informó quejoso de que un tal Antonio le había dado, más que un masaje, una paliza con sus fuertes manos. Metiendo sus agresivos dedos por las juntas de sus huesos, estirándole los brazos como si quisiera descoyuntárselos y dándole pellizcos en la piel de la espalda, según él para soltar los músculos. Al finalizar el tratamiento, Antonio le recomendó que se tomara un paracetamol en la cena para mitigar los dolores y le conminó a que adquiriera un paquete de masajes para los días siguientes porque tenía todo muy mal y las aguas no serían suficientes para garantizar que pasara un buen invierno.

Don Andrés juró solemnemente por la gloria de su madre que por nada del mundo se apuntaría a esa tortura que además era muy cara. Al salir de la cabina se había topado con un amigo que tenía una cuadrilla que, a esa hora de los masajes, se reunía en la cafetería a jugar una partidita de mus y tomarse un cafetito. A doña Candela no le parecía del todo bien aquel plan, pero pensando en que el paquete de masajes valía un ojo de la cara, le dijo: Ya me parecía a mí que esos masajes no te iban a gustar, pero no te pases con el cafelito y ni se te ocurra tomarte un coñac a esas horas, no te dejaría dormir.

Cuando se levantó al día siguiente, doña Candela se dio cuenta de que su piel estaba más tersa que antes y su cutis lucía más sonrosado y tirante. Consideró que

aunque el precio fuera alto y lo del barro fuera una tortura, si volvía con un aspecto más lozano, todo el mundo comprendería que le había sentado muy bien el balneario.

Así pues, tras aquel primer día, ambos hicieron algo de vida separada en el balneario. Pero dejaron juntos de acudir por la mañana a beberse los vasos de agua de manantial, por lo que disfrutaron mucho más el desayuno. Ese tiempo relajado de primera hora les permitió ensanchar el círculo de amistades y adquirir conocimientos imprescindibles para disfrutar la estancia. Don Andrés pudo alternar con otros grupitos de caballeros que, en lugar de trotar por el jardín, se reunían en la cafetería a tomarse una cañita de cerveza o un vermut con unas patatas bravas. Doña Candela trabó amistad con un par de señoras que frecuentaban su parroquia y vivían en su barrio. Como no eran muy aficionadas a las cañas ni al vermut, que por otra parte engordan, descubrieron que había una esteticista que te dejaba las cejas estupendamente, te arreglaba las uñas con esmero y te hacía la pedicura, dándote luego un masaje de reflexología que te dejaba como nueva. Así mismo supieron, por otra señora delgadita y por la que venía en silla de ruedas y se marchaba caminando por sí misma, que el pueblo estaba a menos de cuarto de hora de paseo y que había una boutique monísima, con tallas grandes, que en esas fechas tenía descuentos de hasta el setenta por ciento y se encontraban unas cosas estupendas para iniciar el otoño. Así mismo tuvo conocimiento de que una prima de Encarnita, la fisioterapeuta, de nombre Inma, tenía una peluquería en la que te podías teñir y hacerte un moldeador por la mitad de precio que en el barrio.

De este modo, mientras las señoras alternaban los baños y ponerse morenas en el solárium, hablando de sus cosas o hacían ejercicio yéndose a la peluquería o a la boutique, los caballeros disfrutaban de sus partiditas, de las cañas y las patatas bravas o los calamares rebozados.

La última noche que pasaron en el balneario, los nuevos amigos y las nuevas amigas se sentaron a la misma mesa a tomar su cena, luego dieron un paseo hasta el pueblo para regalarse como fin de fiesta un espléndido helado italiano, que estaba riquísimo y era mucho más grande y barato que el que se tomaba en Nicegante. Se hicieron protestas de amistad, intercambiaron direcciones y teléfonos y establecieron que se juntarían a cenar al menos una vez al mes, para charlar de sus cosas. Las mujeres fueron aún más lejos en aquello de estrechar lazos. Comprometieron que todos los jueves a eso de las seis se reunirían en una conocida chocolatería cercana a la catedral a tomar un chocolate y unos picatostes.

Todos regresaron a sus casas con la piel morena, reluciente y tersa, con los músculos, sino más ágiles, al menos tonificados, y satisfechos de haber dedicado un tiempo a cuidar de su salud. Ya se sabe que la salud es lo más importante y cuidarse es fundamental a ciertas edades. Incluso el doctor, cuando los examinó de despedida, les afirmó en su calidad de experto que estaban muchísimo mejor y que ya notarían los efectos beneficiosos durante el invierno y les aseguró, sin sombra de dudas, que regresarían la temporada siguiente. Todos prometieron que así lo harían salvo imponderables.

Capítulo 4

Después de los agradables días del balneario, el tiempo se torció y cosa rara en la región, comenzó a llover. No era una gran lluvia, sino un chirimiri cargado de barro que, al secarse, dejaba unos feos rodales amarillentos sobre los automóviles, las barandillas y los alféizares de las ventanas y, en particular, en los cristales. Llovía además de manera intermitente; un día sí y otro no.

Doña Candela estaba desesperada. La asistenta venía los jueves, limpiaba los cristales que duraban limpios todo el viernes y quizá la mañana del sábado, pero volvía a llover el sábado por la tarde, y el domingo salía el sol y se veían los cristales hechos un asco con las manchas amarillas del barro. De manera que las ventanas aparecían como abandonadas y podrían dar pie a que alguien sospechase que el ama de casa no era muy pulcra. Que alguien pudiera contemplar sus ventanas y sacar la antedicha conclusión, en particular la vecina que se asomaba por el patio, la sacaba de sus casillas. Por eso se dedicaba a pregonar en todos los lugares donde se le daba audiencia; la pescadería, la carnicería, el atrio de la parroquia o el consultorio médico, que había decidido no limpiar los cristales y no consumir las pocas horas que venía la asistenta en aquel menester inútil. Ya haría una limpieza general cuando cesara de caer aquella insidiosa agua cargada de barro.

Los expertos habitantes del lugar; el carnicero, la pescadera, incluso el coadjutor de la parroquia, le afirmaron categóricamente que estaba en lo cierto, que no merecía la pena el esfuerzo y que a más tardar en un par de semanas aquella lluvia cesaría y no volvería a llover hasta marzo o abril. Dependía de cuando cayera la Semana Santa. Si venía adelantada, llovería en marzo y si retrasada, llovería en abril, el caso era que tendría en vilo a los cofrades quienes año tras año sufrían la amarga incertidumbre de si podrían sacar los pasos o no. Cosa para la que se preparaban concienzudamente, mediante comidas, retiros y otros actos sociales y de devoción durante el tiempo que mediaba entre una Semana Santa y otra.

Sin embargo, el efecto más pernicioso de la lluvia de barro era que su cierro —es decir, su acristalado balcón que le servía de atalaya— quedaba cubierto por una espesa capa que le impedía la visión. Por eso, ella misma, sin esperar que llegara la asistenta lo limpiaba concienzudamente, aún a sabiendas de que en menos de veinticuatro horas estaría de nuevo embarrado. Pero sus ratos de observación eran importantes para ella.

Claro es que aquel afán limpiador sólo aplicado al balcón le parecía a ella misma injustificado y tras larga cavilación llegó a la brillante conclusión de que lo hacía para que a las pilistras les diera bien la luz y no se mustiaran. Ya se sabe que esas plantas de hojas anchas y verdes son muy resistentes y pueden sobrevivir varias semanas sin riego, pero no puede faltarles la luz y un rayito de sol.

Sus amigas del chocolate de los jueves coincidieron en que mantener a salvo a las pilistras era fundamental. Una de ellas confesó que, de igual modo, aunque no limpiara el resto de las ventanas, al menos aquella en donde estaban sus pilistras la tenía siempre como una patena. Otra afirmó que ella aunque corriera el riesgo de precipitarse a la calle, y vivía en un sexto piso, no dejaba de limpiar los cristales porque sus plantas no tenían que sufrir aquella lluvia sucia que lo dejaba todo perdido y privarse de su luz y su sol. Especialmente señaló que las violetas africanas, que también son muy resistentes, necesitan imperiosamente que les dé la luz.

Gracias a la salud de las plantitas tan seriamente defendida por sus dueñas y en especial por doña Candela, esta pudo seguir observando las costumbres y los horarios de sus vecinos y de aquellos que pasaban ocasionalmente por su casa.

No obstante, los jueves por la mañana, día en que venía Gertrudis, la asistenta, doña Candela no se detenía por la mañana en el cierro. En el preciso instante en que la asistenta, puntual como una plaga, llegaba a la casa, la señora terminaba rápidamente su aseo matutino y se iba a la calle a hacer sus recados. Dejaba para ese día ir al médico, la farmacia o la pescadería y la carnicería porque no podía sufrir a Gertrudis.

Esta buena mujer era gorda, francamente gorda. Las tareas domésticas que la obligaban a subirse a la escalera para limpiar los cuadros, las lámparas de techo o las estanterías de libros y aquellas otras que le exigían agacharse para sacar las pelusas de debajo de los muebles la hacían resoplar de tal modo que recordaba los bufidos que dan las ballenas cuando emergen para tomar aire. Gracias a Dios, Gertrudis no lanzaba chorros de agua, pero aquellos resoplidos podían con el delicado sistema nervioso de doña Candela. Así pues, decidió que lo mejor era ausentarse y no escucharla.

La solución, sin embargo, resultó sólo a medias eficaz. Gertrudis era una mujer con un caletre algo limitado, carecía de toda iniciativa y hacía sistemáticamente lo mismo cada vez que venía, limpiando sobre limpio y dejando sucio aquello que tenía polvo. Eso sí, descolocaba todo, cambiándolo de lugar sin una razón aparente. Doña Candela sospechaba que se trataba de una estrategia para demostrar que había estado limpiando aquel mueble donde reposaba un ciento de cachivaches, recuerdo de viajes o regalos de amigos y conocidos, o las estanterías del cuarto de baño donde se alineaban en perfecto orden de uso los potingues para la cara, las manos, el cuerpo y el cabello. Una cestita con los útiles de manicura se colocaba al fondo del estante, mientras que otra en donde estaban las sombras de ojos y el colorete debía estar delante. Tras el paso de Gertrudis, cuando doña Candela iba a echar mano al colorete, siempre se encontraba la cestita en el fondo del estante y topaba, en cambio, con las pequeñas tijeritas de las uñas. Habiendo advertido a la asistenta de que hiciera el favor de dejar las cosas donde las encontraba, descubrió entonces que, al levantar la cestita, un cerco de polvo marcaba el lugar donde estaba depositada. Así que, de vez en cuando, se veía en la obligación de quedarse un rato más en casa para sugerirle a Gertrudis que debía limpiar aquí o allá.

La buena mujer siempre argumentaba con que había hecho mucho viento y se había metido esa semana más polvo del normal en la casa. Así mismo, ante cualquier advertencia, aseguraba que ella había dejado en perfecto estado una figurita que aparecía de pronto sin cabeza, o un marco de fotos que se desplomaba sin apenas tocarlo, perdiendo de paso en mil añicos el cristal. En la cocina, doña Candela, sin rebuscar, con frecuencia encontraba churretes aquí y allá, por lo que llegó a la conclusión de que aquella mujer necesitaba gafas de presbicia, pero como seguramente no leía libros no había notado la falta de vista. En ese punto salía a relucir su carácter de maestra vocacional y le preguntaba a la asistenta si no había notado que al leer tenía que alejar el papel o el libro, a lo que Gertrudis ni siquiera contestaba, sino que la miraba como si no entendiera de qué le estaba hablando, pues en efecto así era. Ante esta incompreensión manifiesta, doña Candela se enfurecía en su interior y maldecía de los maestros que no fomentaban la lectura en sus alumnos, sin siquiera preguntarse si Gertrudis había tenido la oportunidad de ir a la escuela alguna vez en su vida.

Esta contradictoria situación; es decir, la de que si se iba, Gertrudis seguro rompería algo o lo dejaría sin limpiar, o bien la de quedarse y escuchar sus bufidos, era muy difícil de resolver. Desesperada de no hallar solución al dilema, se lo comentó a su

marido. Este solía quedarse en casa todas las mañanas y no salía hasta última hora a comprar el pan y el periódico. Así que le dijo, no te preocupes, mujer, ya estoy yo aquí. Tú, haz tus recados, y yo ya le diré lo que debe hacer. Sólo dime antes qué quieres que haga. Con aquella salida de don Andrés, doña Candela vio el cielo abierto. Daba las órdenes a su marido en la intimidad de su cuarto y salía disparada de la casa en cuanto Gertrudis ponía el pie en ella. Algo sin embargo le molestaba de aquella situación pues, si algún día se retrasaba en salir, podía oír perfectamente como Gertrudis comentaba con el señor lo que estaba haciendo o le demandaba por dónde quería que empezara sus tareas. De alguna manera pareciera que se habían invertido los papeles y si alguien llegaba a saberlo, su marido quedaría como un calzonazos y ella como un ama de casa descuidada y eso podría ser terrible para su reputación. Pero soportar los bufidos era aún más insoportable, de manera que se resignó a mantener las cosas como estaban.

Alguno podría preguntarse por qué los resoplidos de Gertrudis molestaban tanto a su señora. Si alguien mostrara su perplejidad en este asunto, se podría deducir fácilmente que no conocía la finura de conciencia de doña Candela, quien, al oír los bufidos, sentía como si una voz interior la acusara de explotación. Recordaba en este punto la recomendación evangélica de ‘no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti’¹. Si alguien la obligara a ella a agacharse o a trepar hasta fatigarse tanto como para soltar constantes resoplidos, habría pensado que dicha persona era una tirana y una explotadora. Ella no lo era en absoluto; pagaba un salario justo, cumplía con la norma de registrar a la empleada de hogar y pagaba sus correspondientes impuestos por ella, tampoco la obligaba a trabajos penosos, sino a lo más imprescindible para mantener su casa aseada, no le dejaba cargas de ropa para planchar, pues muchas prendas las planchaba ella misma o simplemente las doblaba. Jamás le pidió que le hiciera la comida o que recogiera los cacharros que ella misma había empleado para hacer sus guisos. En fin, era un ama considerada. Pero los resoplidos parecían señalar a lo contrario.

Un día le comentó a su marido el cargo de conciencia que le producían los jadeos de Gertrudis y don Andrés, sin levantar los ojos del periódico –pues estaba acostumbrado a las finuras morales de su mujer- le dijo. No te preocupes, resopla

¹ El mandato evangélico se expresa en positivo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, sin embargo, en la conciencia popular es bastante frecuente que se entienda de ese modo negativo que, en cualquier caso, es menos exigente. Pero estas finuras son propias de moralistas y, aunque doña Candela era una mujer de conciencia más bien estrecha, no era en absoluto una experta en moral. (Nota del autor)

porque está gorda como una foca, no porque tú la tengas a trabajos forzados. Aquello la tranquilizó, pero aún así evitaba permanecer en la casa mientras estaba la asistenta, y cargaba con resignación con sus dudas morales y con la mala imagen que podría ofrecer a los ojos de quien llegara a saber que era el marido quien daba las órdenes domésticas y no ella.

Aquel desgaste moral sólo se mitigaba cuando, sistemáticamente, al cabo de dos o tres semanas de padecimientos, doña Candela visitaba sus tiendas favoritas y se compraba algún capricho. No eran grandes dispendios, simplemente se compraba una tacita de té, unos frutos secos especiales que le gustaban mucho o un frasquito de esmalte de uñas de un color chillón. Así, decía ella, se daba una alegría un poco frívola, y era plenamente consciente de ello, pero suavizaba su sufrimiento de conciencia.

Un jueves, en la tertulia del chocolate, se habló de las asistentas y todas sus amigas, a pesar de reconocer que estas empleadas les sacaban adelante trabajos engorrosos como fregar los baldosines del cuarto de baño, los cristales o planchar y quitar el polvo, que es la cosa más aburrida del mundo, también coincidían en que eran en general unas criaturas fastidiosas y que las soportaban estoicamente porque eran conscientes de que con lo que ellas les pagaban –muy bien pagado- aquellas mujeres salían adelante, porque no eran capaces de hacer ninguna otra cosa. Dios no les había dado más luces y, por tanto, bueno era que tuvieran una casa o varias, todas iban a varias, donde echar una jornada de trabajo y sacar así a sus familias adelante.

Alguna de las tertulias sacó a relucir que era casi una ley universal que los maridos de las asistentas tendieran a morir prematuramente, dejándolas al frente de una patulea de hijos y desamparadas, o bien que esos maridos, caso de seguir con vida, fueran unos vagos redomados, cuando no alcohólicos. Así mismo formaba parte de dicha ley universal el hecho de que tuvieran muchos hijos o que estos ya mayores fueran un calco genético de sus respectivos padres. A esta ley todas dieron su conformidad, estaba empíricamente demostrada y salieron a relucir numerosísimos casos no sólo de las propias sirvientas, sino de las de amigas, conocidas y familiares; todas ellas poseían características similares y las pruebas eran abrumadoras. Lo único que las salvaba es que fueran de confianza. Es decir que la señora e incluso el marido se podían marchar de casa sin temor a que los desvalijaran en su ausencia o a que, si se iban de veraneo, la familia de la asistenta se instalara en su casa, aprovechando que no estaban. De acuerdo en todos estos puntos y en el hecho de que los bufidos son

frecuentes porque casi todas están gordas, ya que hacen lo menos posible, se disolvió la reunión en la que tocó en el orden del día el asunto asistenta.

Doña Candela quedó bastante confortada por esta charla, no sólo por su oportunidad, ya que estaba padeciendo uno de sus fuertes ataques de mala conciencia, sino porque vio que era una cuestión común y no era ella la explotadora, sino que a todas las amas de casa de su círculo les pasaba algo semejante en la relación con la asistenta. Además se dio cuenta entonces, cosa que ella ya sospechaba, de que eran todas de un género más bien poco trabajador y que se conformaban con el mínimo esfuerzo, por lo que los bufidos no eran más que una forma histriónica y teatral de dar a entender lo contrario.

La verdad pensó doña Candela fue un acierto pasar aquellos días en el balneario. Fue caro pero mereció la pena. Es verdad que no me duele tanto la espalda, el cutis y la piel se me mejoraron mucho después de los soles del verano y, sobre todo, conocer a esta gente tan estupenda y sensata ha sido todo un hallazgo. No es fácil hacer amistades a mi edad, en una ciudad desconocida.

Con estos agradables pensamientos iba camino de su casa, cuando una insistente vocecilla interior la puso sobre aviso; no se debe ser nunca tan confiada. En el fondo, no conoces a estas personas tanto. Espera un poco y ya verás si son dignas de tu amistad.

Capítulo 5

Aquella mañana, después de su misa diaria y tras hacer sus menesteres domésticos, doña Candela se sentó con un suspiro de alivio en la mecedora que había instalado en su cierro. Con mirada indolente contempló las calles, el aparcamiento del Hospital y el jardincillo lejano, sin hallar nada que atrajera y fijara su mirada. Cuando ya creía que su ratito de observación diaria resultaría estéril, he aquí que vio venir a un caballero no muy alto, grueso y de mediana edad que caminaba con paso cansino, deteniéndose en las esquinas y las farolas, según lo requería un chucho más bien feo al que, al parecer, había sacado a pasear.

Por qué se fijó en él, doña Candela no podría decirlo, pues aquel señor no presentaba ninguna característica sobresaliente. Vestía unos pantalones de color pardo, una cazadora de tipo deportivo de color blanco con rayas de color azul en los puños y el cuello y coronaba su cabeza con una gorra de visera también de corte informal. Quizá fuera esto último lo que le hizo fijarse en el caballero, ya que en el frente de la gorra lucía el escudo de un equipo de fútbol, precisamente el de los amores de don Andrés.

Aunque lo observaba con desgana, el caballero, que ya había llegado a la esquina, de pronto volvió sobre sus pasos y deshizo el camino andado, deteniéndose casi en los mismos lugares en los que lo había hecho de ida, porque su chucho se paraba otra vez a olisquear los rastros que él mismo había ido dejando, y esto le despertó la curiosidad.

Este paseo tan corto de no más de dos tramos de calle le llamó la atención tanto que se levantó de su mecedora y se asomó cautelosamente sobre el alfeizar del balcón, simulando recolocar los visillos, para ver hacia dónde se dirigía. El caballero y su perro cruzaron la calle y se introdujeron en un gran portalón que estaba un par de manzanas más allá de la casa de doña Candela.

Nuestra gentil observadora ya había prestado atención en sus paseos por el barrio a aquel edificio que constaba de dos partes idénticas, salvo en que la de la

derecha daba la vuelta a la esquina, mientras que la de la izquierda, donde estaba el portalón, quedaba cortada por un espacio tapiado que parecía encerrar un breve jardín, pues por encima de la tapia asomaban las ramas de un par de arbolillos un poco desmedrados y ralos de hojas.

La verdad es que pensando en hacer realidad su sueño de tener un balcón acristalado como los que había en su tierra de origen, no cayó en la cuenta de que el clima de Nicegante era más bien cálido, donde era muy agradable gozar de una terraza o de un patio en el que pasar las soleadas tardes de primavera o las templadas mañanas del invierno. Por eso, en sus paseos miraba con cierta envidia los áticos poblados de plantas y cubiertos con vistosos toldos o las casas bajas en las que se adivinaba un pequeño patio o jardincillo. Esta era la razón por la cual se había fijado en la casa en la que se habían introducido el caballero y su perro.

Una vez que descubrió al caballero de la gorra deportiva y a su feo perro, comenzó a encontrárselo por las distintas aceras de los alrededores de su casa cada vez que salía a sus recados. Nunca lo vio en la iglesia, pero sí en el entorno de la carnicería, del quiosco de periódicos y camino del parquecillo. También pudo observar que, cuando sacaba a pasear al chucho, siempre hacía el mismo recorrido. Ello le llevó a deducir dos cosas; la primera, que el perro hacía la vida al aire libre en el pequeño jardín tapiado y, la segunda, que debía ser bastante viejo como para dar largas caminatas, de manera que su amo sólo le obligaba a caminar a lo largo de dos manzanas de casas, de ida y de vuelta, para que al menos hiciera algo de ejercicio. También le llamó la atención que cuando no salía a pasear con el perro, lo hacía en solitario, con el mismo paso cansino y las manos a la espalda. De modo que dedujo que, aunque aún joven, o bien era un solterón raro o bien un viudo solitario.

A estas conclusiones llegó a través del hecho de verlo solo, un día tras otro, cuando no iba acompañado del perro, pero también porque las ventanas que daban a la calle en la parte del edificio donde estaba el portalón se diferenciaban claramente de las que daban la vuelta a la esquina. Mientras estas últimas estaban adornadas por vistosos visillos, limpias y con algún macetero con flores de colores, las que daban al jardincillo y la calle estaban sucias y descuidadas, con las maderas deslucidas y desconchadas. Este hecho la reafirmó en la idea de que en aquella parte de la casa no habitaba ninguna mujer. A lo mismo apuntaba el desaliño con el que vestía el caballero del perro. Ella nunca hubiera permitido que don Andrés saliera a la calle con unos pantalones pardos

que parecían dos tubos de chimenea y una gorra de un equipo de fútbol. En la playa o en el campo lo de la gorra aún tenía un pase, pero en la ciudad...

Aunque había llegado a todas estas deducciones gracias a su asombrosa capacidad de observación, algo desasosegaba a doña Candela; nunca coincidía con él en un comercio o en un lugar en donde pudiera informarse de quién era. Pero la paciencia y la perseverancia son grandes virtudes y su observación del caballero y sus deducciones se vieron confirmadas un día en que ella entraba en el consultorio médico y el caballero, sin el perro, salía de él. Ambos cruzaron un saludo de cortesía y el caballero le sostuvo la puerta con deferencia y con los talones juntos. De este último dato ella dedujo que debía tratarse de un militar, aunque nunca lo hubiera visto de uniforme.

Aprovechando que no había más pacientes en el consultorio y que la recepcionista a la que ella ya le había hablado de sus hijos y nietos, de su casa de campo y del apartamento de la playa, parecía estar sin nada que hacer, le preguntó quién era el caballero que acababa de salir. Lola, la recepcionista, le contestó: ¿Quién, don Florentín? es un militar retirado, que vive ahí detrás –e hizo un gesto vago con la mano, pero que señalaba claramente al edificio del portón grande. Es un hombre muy correcto, tiene un perro viejísimo –doña Candela sonrió, satisfecha- y está viudo –la sonrisa de doña Candela se amplió. Además, añadió, tiene un montón de aficiones curiosas. Hace experimentos con plantas en el pequeño jardín de su casa, cría palomas mensajeras en el tejado y tiene una radio construida por él con la que se comunica con Alemania, Francia y Estados Unidos, donde tiene compañeros de armas, ya que estuvo destinado en todos esos lugares. Doña Candela se aventuró a preguntar si no tendría a alguien que le arreglara la casa o le hiciera la comida. No, replicó Lola, no le gusta que nadie ronde en sus cosas. Es buen cocinero, por lo que parece, porque a mí me ha dado varias recetas que resultaron ser buenas y sabrosas. ¡Qué hombre tan curioso! Exclamó doña Candela y Lola estuvo de acuerdo.

A partir de aquel día, doña Candela, tras informar a su marido de que tenían un casi vecino que criaba palomas mensajeras, se había construido una radio y hacía experimentos con plantas, se propuso saber más de aquel buen hombre e incluso la posibilidad de que si no ella, al menos su marido trabara amistad con él. Para este último fin, le empezó a argumentar acerca de que podría ser un buen amigo y útil para mejorar su huerto del campo. Cuando doña Candela llevaba algo más de un cuarto de hora perorando y exponiendo sus razones, su marido salió con que era ya muy tarde y

que si cenaban. Una vez más doña Candela tuvo la impresión de que su esposo no la escuchaba cuando le hablaba de cuestiones que podrían ser de su interés, y, rezongando, se fue a la cocina a preparar las bandejas de la cena con la lechuguita y el fiambre de pavo que cenaban cada noche, por aquello del colesterol.

Enfrascada en su interés por el caballero del perro, es decir don Florentín, doña Candela procuró, con poco éxito, hacerse la encontradiza con él. Para ello se pasó varios días observando desde su atalaya las idas y venidas del militar en la reserva. Pero dedujo que para ser un hombre de armas, acostumbrado a la rutina y el orden, era muy poco sistemático en su vida cotidiana. Sacaba al perro a diferentes horas, unos días sí y otros no, sin que ello respondiera a ninguna norma. Lo mismo lo sacaba dos veces un día y ninguno durante dos, que al contrario. Tampoco era regular en los horarios. Si era tan buen cocinero, ¿cuándo hacía la compra de las viandas? No coincidía con él ni en la frutería, ni en la carnicería, ni en la tienda de ultramarinos y daba igual que ella cambiara sus hábitos comprando ya por la mañana ya por la tarde.

De repente, se sorprendía encontrándoselo, con sus pantalones raídos y las manos a la espalda, cuando ella salía de misa de diez de la mañana, como lo veía con una bolsa en la mano a las cinco de la tarde, cuando ella iba a juntarse con sus amigas del chocolate. Pero no había modo de que coincidieran en algún otro lugar en el que ella encontrara una posibilidad de dirigirse a él de manera natural y sin levantar sospechas o resultar impertinente.

Una noche, tras haber visto al buen hombre hacer el recorrido de las dos manzanas junto al perro, de haberlo encontrado al salir de la farmacia y, luego habiéndolo topado al volver una esquina, doña Candela le comentó a su marido que en el barrio había una gente muy peculiar, como preámbulo para ir centrando la cuestión en el militar retirado. Pero, cuál no sería su sorpresa, cuando su marido, apenas ella había iniciado la cuestión, levantó la vista del periódico y le dijo: ¿Te refieres a Florentín, el coronel retirado, el del perro? El otro día me lo encontré en la barbería. Estaba diciéndole al barbero que para sacar unas buenas lechugas debía hacerle no sé cuántos procedimientos engorrosos. Al ver que entendía de plantas, le pregunté qué podía hacer para mejorar mi huerto de la casa de campo. Una vez que le informé de dónde estaba y del color de la tierra, me dijo que lo dejara, que no lo intentara siquiera, que allí nada se iba a dar bien, que mejor me hacía una piscina para el verano en ese espacio. Lo dijo

con tanto aplomo y seguridad que tuve la sensación de que sabía que habíamos decidido transformar la casa en una finca de recreo.

El ya estaba terminando de arreglarse y cuando yo me senté en el sillón del barbero, no se marchó, sino que se quedó por allí remoloneando y haciendo que leía un periódico deportivo. Comentó con el barbero algo acerca de nuestro equipo, porque él es también seguidor del mío, y dio lugar a que yo terminara de arreglarme el pelo. Así que salimos juntos de la barbería, como vive en la casa del portón grande, como sabes, nos vinimos juntos para acá y, cogiéndome del brazo y en tono de confianza, me dijo: Andrés, amigo mío, si usted quiere hacer algo productivo en su casita de campo, no lo dude, plante mariguana. Yo tengo en mi patio una de excelente calidad, le regalo semillas o esquejes, lo que prefiera. En su pueblo se dará de lujo. Yo la crío, como le digo, y en un espacio miserable, porque no quiero quitar los árboles ya que sirven para disimular, pero se da tan bien que se me come el terrenito. Luego la proceso y la pongo en paquetitos pequeños y se la mando a mis clientes, con los que me comunico por mi radio, usando de las palomas mensajeras que tengo en la azotea. Claro, luego presento a las palomas a concurso y se llevan el primer premio y todo el mundo se cree que es que las entreno muy bien. Me da una risa. Pero, con las pensiones que nos quedan, cómo vamos a vivir si no nos buscamos la vida por otro lado. Así que a mí me va muy bien con la mariguana, porque sólo se la envió a amigos y colegas. Yo fumo de vez en cuando y mi perro también, así está el pobre, porque es joven, pero un adicto imposible. Hay días que no está para nada.

Cuando yo le dije, por decir algo, que no veía mucho lo del negocio, me contestó, claro, usted tiene una mujer que también cobra una pensión, pero yo estoy solo, con una novia de veinticinco años que sólo quiere salir y divertirse y ya me dirá con lo que cobro. Aunque ahora estoy ampliando el negocio y hay algunos que vienen a fumar a casa y lo pasamos bien. Esos sí que dejan dinerito, porque además de la mariguana, les doy algo de alcohol que me vende a muy buen precio un antiguo compañero de intendencia.

En eso estábamos, cuando llegamos a su portón y le dije que lo pensaría, ¿qué le iba a decir? Pero el tío tiene una cara que se la pisa y pensar que tiene la radio para comunicarse con sus clientes viciosos justo al lado del cuartel de la guardia civil. Claro como es militar, digo yo que harán la vista gorda, porque la frecuencia de su radio la deben captar allí. A lo mejor sólo hablan de palomas y eso despista a quien escuche.

En fin que sí, que tienes razón Candela, el tío es bastante rarito. Tú como eres tan perspicaz en seguida te has dado cuenta, pero pasa en el barrio por un tipo discreto, amante de los animales y las plantas, para que veas.

Doña Candela se quedó de piedra. ¿Cómo es que aquel vicioso exmilitar sabía tanto de ellos, de su vida y de sus pensiones? A lo mejor le había informado Lola, la del consultorio médico. Es que no hay nadie de fiar y que sea discreto. A partir de aquel día, doña Candela evitaba pasar por delante del portalón, cosa que a veces era inevitable según a donde fuera, y, en esos casos, volvía con el estómago revuelto y colocada, decía ella, de la humareda que salía de allí y preguntándose cómo era que no detenían a aquel hombre.

Unos días más tarde, tocaba el chocolate de los jueves. Doña Candela consideró que si contaba la historia del militar cultivador de mariguana tendría un verdadero éxito entre sus amistades. Camino de la reunión iba ensayando diversos modos de introducir el tema y de hacerlo con el suficiente suspense. Repasaba, mentalmente, sus conocimientos de retórica y oratoria para componer una pieza lo suficientemente atractiva como para acaparar la conversación, cosa que casi siempre lograba una tal Matilde, esposa de un militar retirado. Ella empleaba un truco muy burdo, pero efectivo; si alguien llevaba la voz cantante, ella introducía en un resquicio un ‘por cierto’ que desviaba la escucha hacia lo que iba a decir, entonces ella, se quedaba un momento en suspenso, con lo que la que estaba hablando no se atrevía a decir palabra, y, acto seguido, sacaba un tema cualquiera que no tenía nada que ver con lo que se debatía. Esto desconcertaba al auditorio y ella se quedaba como dueña y señora de la palabra para el resto de la tarde. Pero doña Candela tenía un tema estrella y ningún por cierto podría arrebatárselo.

Cuando ya se habían servido los chocolates y se disponían a iniciar el primer tema del orden del día, doña Candela dijo con voz misteriosa: ¿Sabéis que en mi misma calle hay un fumadero de opio? Doña Matilde, sin ningún por cierto mediante, exclamó: Claro, hija, eso lo sabe todo el mundo, el de Florentín. Ese fue compañero de mi marido, estuvo destinado en Marruecos en no sé qué misión y allí aprendió a cultivarla y procesarla. Luego instaló un invernadero clandestino en un barracón del acuartelamiento donde estaba con mi marido y le metieron un puro que para qué al descubrirlo. Por eso se quedó en teniente coronel. Ah, sí, ese es el de la Puri ¿no? Exclamó, mientras Matilde tomaba aire, una tal Consuelo. Sí hija, claro, menudo

papelón hace el pobre con esa jovencita que le está sacando los cuartos. Una tercera preguntó por más datos sobre la Puri, porque no caía en quién era. De manera que al cabo de un rato estaban poniendo verde entre todas a la familia de la tal Puri, novia del cultivador de mariguana, que no era coronel, sino teniente coronel, y doña Candela permanecía ante la avalancha de informaciones cruzadas como una estatua de sal y un poco deprimida.

Volvió a casa más tarde que otros días y con un fuerte dolor de cabeza, ya que la historia de la familia de Puri era bastante intrincada y compleja. Don Andrés, con la lechuguita y el fiambre de pavo, le llevó un paracetamol y le dijo que no debía tomar chocolate, que es muy irritante. Enfurruñada, doña Candela le replicó: ¿No querrás que me tome los picatostes con manzanilla? Visto el cariz que tomaba el asunto y conociendo el humor de su mujer, don Andrés se sumergió en su periódico hasta que llegó la hora de irse a dormir.

Capítulo 6

Una tarde, al salir de la misa vespertina, el párroco, don Fernando, se acercó al corrillo que formaban doña Candela y dos amigas suyas del balneario y de los chocolates, que vivían en el barrio. A bocajarro preguntó a las otras dos: ¿Cómo es que no han invitado ustedes a esta señora a participar del ropero? Ya saben que necesitamos gente allí y además esta señora es nueva en el barrio y le convendrá conocer a algunas personas y entablar nuevas amistades. Cuando doña Candela estaba a punto de decirle a aquel buen cura que ella no necesitaba asistir a ese tipo de actividades para conseguir buenas relaciones, el párroco se dio la vuelta y se marchó, sin esperar contestación.

Las dos amigas, Inés y Soledad, le dijeron a doña Candela que ellas ya habían pensado en invitarla a participar porque sabían que era muy dispuesta y eficiente y que, total, era una tarde a la semana, la de los martes. Doña Candela, sin saber muy bien por qué, aceptó el reto de iniciarse en las actividades del ropero a partir del martes siguiente.

A las cinco de la tarde se encaminó a la parroquia y en uno de sus salones de la parte baja, junto a la iglesia, estaba el grupito de las señoras del ropero. Además de Inés y Sole, estaba una tal doña Rosa que tenía, según confesó, noventa y un años y Rosario que era su amiga inseparable y de edad semejante. También estaba otra señora algo más joven de unos ochenta y cinco que respondía al nombre de doña Manolita. A todas ellas las tenía vigiladas doña Candela, pero jamás había cruzado una palabra con ellas. A las dos más ancianas, que siempre iban juntas, ya las conocía muy bien y se había reído para sus adentros al verlas caminar del brazo, pues una se balanceaba cojeando de izquierda a derecha, mientras la otra cojeaba de derecha a izquierda, con lo que a ratos se quedaban separadas por la distancia de su codo, mientras que al siguiente paso se daban un topetazo con los hombros.

No obstante conocerse de vista, todas fingieron que no se habían observado mutuamente y se presentaron de manera muy formal. La mayoría de ellas eran viudas y se alegraron de que el marido de doña Candela aún viviera y expresaron su agrado diciéndole que ojalá le durara muchos años, al tiempo que la animaban a disfrutar de su

compañía, porque luego se queda una muy sola. Cuando supieron cuál era el edificio donde vivía empezaron a discutir acerca de quién o quiénes eran los antiguos propietarios. Una de ellas, amiga suya del chocolate, afirmó tajantemente, y acertó, que el dueño de su piso era un tal José Sánchez que se lo había tenido alquilado a estudiantes y se lo habían dejado hecho polvo. Doña Candela confirmó este extremo y las invitó a venir a ver su casa, porque en verdad estaba muy orgullosa de cómo la había arreglado. En ese momento, Sole dijo: pues yo creía que era el piso de los dos locos. A este comentario doña Candela pegó un respingo. No le hacía mucha gracia vivir en un edificio donde había gente perturbada y así lo dijo en un arranque incontenible de sinceridad. Pero, Inés la tranquilizó informándola de que los muchachos no es que estuvieran locos, sí un poco afectados, pues se les habían matado el padre y la madre en un accidente de automóvil y los chicos se habían quedado sin nadie de la noche a la mañana, cuando uno apenas tenía quince años y el otro diecisiete. Por esta razón tuvieron que estar tomando tranquilizantes durante una larga temporada y asistiendo a la consulta de un psicólogo. Además esos muchachos, los de Benito, no vivían en ese portal, sino en el que da a la otra calle. Ahora el piso se lo alquilan a estudiantes, porque los muchachos se han ido a vivir con una tía suya. Doña Candela dedujo que era el del tendero con la ropa tirada de cualquier manera sobre las cuerdas.

Tranquilizada respecto a que en su piso no hubieran ocurrido desgracias ni brotes de locura, doña Candela preguntó por cuáles eran los procesos que se seguían en el ropero. Entonces le informaron que la primera hora de trabajo la empleaban en clasificar y colocar en los armarios, cajas y estanterías las ropas, separándolas por hombre, mujer, niño, niña y bebé y agrupándola por tallas. También desechaban la que no estuviera en perfecto estado o no viniera con la señal de haber pasado por la tintorería. La desechada la echaban a un contenedor de ropa que había en la esquina. La segunda hora venía la gente a pedir la ropa y se encargaban de seleccionar lo que podían llevarse.

Con toda esta charla casi había pasado la primera hora, por lo que el reparto de ropa se retrasó. Además había llegado una gran cantidad de ropa que había que clasificar. Doña Candela abrió una de las cajas que estaba llena de trajes de chaqueta de señora, todos ellos en muy buen estado y emparejados correctamente. Incluso algunos venían con sus perchas como de tienda y hasta los había con las etiquetas. Mientras estaba sacándolos, doña Manolita se acercó a ella y le dijo que no colocara dos de ellos

en el armario que esos se los iba a llevar ella para su sobrina. Inmediatamente, doña Rosa le arrebató de la mano otro par y dijo que eran para su asistenta. Así una tras otra se fueron llevando los trajes de chaqueta hasta que solo quedaron dos bastante anticuados y feos, que fueron los únicos que doña Candela pudo colgar en el armario. Con el resto de las prendas sucedió lo mismo, de manera que a sus respectivos lugares sólo fue a parar una ínfima parte de lo que allí había llegado, donado por feligreses que querían desprenderse a favor de los pobres de la ropa que les sobraba.

Cuando apareció la primera mujer pidiendo ropa para su bebé, doña Rosa le dijo que de esa talla no quedaba nada y que además la semana anterior ya se había llevado ropa para el niño y que si es que éste se la comía. De este modo la despachó sin nada. A un hombre con pinta de ser un aficionado al vino le dieron un par de pantalones que claramente no eran de su talla y a los demás que esperaban les dijeron que volvieran la semana próxima porque se había hecho muy tarde y tenían que ir a sus respectivas casas a preparar la cena.

Doña Candela se quedó un poco perpleja, sobre todo cuando al salir de la parroquia todas ellas formaron corrillo y se quedaron allí comentando las mil y una naderías que les interesaban, al menos durante media hora más. Doña Rosa y su compañera se marcharon balanceándose con su acostumbrado vaivén encontrado y las demás se dispersaron en distintas direcciones.

El jueves del chocolate, doña Candela se encontró por el camino a doña Sole y doña Inés y, emparejándose con ellas, sacó el tema del ropero, manifestando su sorpresa de que todas se llevaran prendas, ya que ella pensaba que eran para los pobres de la parroquia. Doña Sole le dijo muy seria, todas tenemos nuestros pobres; la sobrina de doña Manolita está en paro y tiene que vestir adecuadamente por si la llaman a alguna entrevista, por eso se llevó los mejores trajes de chaqueta, los que aún estaban con las etiquetas de la tienda. Mi asistenta está manteniendo a tres hijos y la pobre no se puede comprar nada. Si tienes asistenta, tú también te puedes llevar algo para ella. Doña Candela se atrevió a insinuar que su Gertrudis era muy gorda y que sería difícil encontrar algo de su talla. A lo que Inés le replicó, bueno si no se lo puede poner, puede venderlo y sacarse unas perras con las que comprarse algo que le esté. Muchas lo hacen, por ejemplo, la que yo tengo. Ella es de Ecuador y tiene muchas amigas, cuando le doy algo, se lo vende a sus amigas por diez euros y se saca un sobresuelo. La gente tiene que buscarse la vida.

Doña Candela consideró que aquel sistema no era muy convincente, pero así estaba establecido y no sería ella la que viniera a enmendarle la plana a todas aquellas señoras tan generosas que dedicaban su tiempo a socorrer a los menos favorecidos. Sin embargo, ella decidió que toda la ropa que desechase la llevaría directamente al contenedor. No sabía muy bien lo que hacían con ella, pero no quería correr el riesgo de encontrarse a cualquier ecuatoriana con una falda que ella hubiera llevado al ropero. No obstante, les dijo a sus amigas, yo desecho muy poca ropa y cuando lo hago no está para darla a nadie. Y así quedó la cosa.

Sin embargo, doña Candela, tras reflexionar un cierto tiempo y después de haber consultado con su marido, decidió que no volvería al ropero. En realidad, las nuevas amistades que había hecho allí no le aportaban gran cosa. Las viudas se pasaban el rato hablando de lo listos y bien situados que estaban sus hijos y sus nietos. Como algunas ya eran muy mayores contaban siempre las mismas historias acerca de tíos asesinados en la guerra o del hambre que habían pasado, de lo mucho que habían trabajado en el campo o criando a muchos hijos y mezclando unas historias con otras. Las más jóvenes, en particular Sole e Inés eran sus contertulias del chocolate y de las cenas mensuales, así que ya las conocía y tampoco le aportaban nada de interés, pues hablaban de personas pertenecientes a familias de toda la vida a las que ella no conocía de nada.

No sabía muy bien qué excusa poner para no asistir al ropero y, por ello, se abstuvo de ausentarse al menos por tres o cuatro semanas. En todo ese tiempo, lo que ocurrió en el ropero resultó idéntico a lo ocurrido el primer día que asistió. Sin embargo y gracias a su marido, que era un sol, encontró la excusa perfecta para dejar de ir.

El último martes que fue por allí informó con cara compungida a sus compañeras que su marido había decidido construir una piscina en la casita del campo, más que nada, pensando en los nietos y que, después de mucho cavilar, había contratado a un vecino de su pueblo que se dedicaba a ello, pero al que no se podía dejar sin vigilancia, de manera que habían decidido instalarse en el campo al menos durante el mes que durarían las obras, no fuera a ser que, después de lo caro que salía, les hicieran una chapuza. Luego, ya estaba encima la Navidad y la pasarían hasta año viejo en casa de su hija en Madrid y hasta Reyes en casa de su hijo en Guadalajara, de manera que prefería que no contaran con ella, porque al tener marido estaba un poco al servicio de lo que él necesitara y no podía garantizar la asistencia. Mejor se buscaban a otra, porque allí había mucho trabajo.

Esto mismo le contó al párroco y don Fernando le dijo que el primer deber de una mujer es atender a su esposo, que no se preocupara y que ya encontrarían a quien la sustituyera. Esto último no le hizo mucha gracia y consideró que el tal cura era un poco inestable de carácter, ya que primero la había invitado a participar como si no pudiera prescindir de ella y luego pareciera que le sobraba. Por esa razón y con la excusa de caminar que le había recomendado el médico, doña Candela procuraba ir a misa cuando oficiaba el coadjutor y el párroco no estaba, y asistía también a las misas de un convento de capuchinos que estaba un poco más lejos de su casa.

Por una indiscreción fortuita, doña Candela supo que doña Rosa había opinado que era un poco floja y que se había asustado del mucho trabajo que daba el ropero, por eso había dejado de ir. Pero doña Candela, efectivamente, se instaló en la casita de campo durante todo el mes de noviembre y aunque pasó bastante frío, al menos se consoló viendo que su piscina era una realidad y que, desde luego, le daba un incontestable aire de finca de recreo a su propiedad.

Por eso sacó muchas fotos y se las enseñó a sus contertulias del chocolate. Así les daba a entender que de floja nada y las hacía palidecer de envidia de la hermosura de piscina que tenía. En ello jugaba a su favor que las cosas, en una buena foto, siempre parecen mayores de lo que son en realidad.

Para sí pensó que era pura envidia el comentario de doña Rosa porque ella era viuda y no tenía un marido que tuviera una finca en el campo con una piscina magnífica. Con eso y con preparar el viaje a casa de sus hijos para Navidad, doña Candela se consoló bastante de no poder estar entre las del ropero y aprenderse más chismes de la gente del barrio, porque para eso sí que valía aquel servicio a los pobres.

Capítulo 7

Tras el ajetreo de las Navidades y de los gastos que conlleva, el matrimonio regresó a la paz de su casa y a su rutina.

El primer viernes después de las fiestas, la pandilla que se había formado en el balneario se reunió a cenar para retomar su buena costumbre. Todos hicieron alarde de lo bien que lo habían pasado en casa con todos sus hijos reunidos en torno a la mesa de Nochebuena o de Fin de Año, de cómo habían disfrutado los chiquillos con la Cabalgata de Reyes y cómo habían derrochado energía jugando con sus nuevos juguetes, aunque ahora lo más importante es que tuvieran una de esas maquinitas electrónicas de juegos.

Hubo quien opinaba que eso convertía a los niños en autistas, mientras que otros consideraron que los estimulaba y les ayudaba a entender las matemáticas. Así mismo se recordó el tiempo maravilloso en que los niños jugaban con un aro o con una peonza, a las canicas o con el patinete, mientras las niñas vestían a sus muñecas o hacían comiditas. Reconocieron todos que, aunque a los niños de hoy entre la televisión y los juegos de ordenador los tienes más callados, por una parte, las niñas siguen jugando ‘a las casitas’ y, por otra, los varoncitos están más gordos de no hacer ejercicio, salvo aquellos que se aficianan al fútbol o al baloncesto.

Después de alabar las bondades del ejercicio físico y de los juegos de antaño, le tocó el turno a los menús de Navidad y, en este punto, las conversaciones de las señoras siguieron un derrotero y las de los caballeros se centraron en los fichajes de invierno y en cómo se desarrollaría la Liga de fútbol en su segunda parte.

Discutiendo acerca de los ingredientes que cada señora le ponía al pavo, si lo hacía fiambre o al horno, se pasó su buena media hora. Doña Candela no pudo intervenir mucho, porque en su caso ella no había pisado la cocina, pues tanto su yerno como su nuera se habían encargado de las comidas de fiesta y ella había estado de ‘artista invitada’. Cuando así lo dijo, todas expresaron su envidia y se lamentaron de lo mucho que habían trabajado, de cómo esperaban con ansia el final de las fiestas para poder descansar. Hoy, dijo alguna, es el primer día que hago una comida sentada,

refiriéndose a la cena que estaban tomando, porque es un trajín de ir y venir a la cocina y que este quiere no se qué y al otro le falta lo de más allá.

Doña Candela, tras repetir de nuevo que ella no había hecho nada, les informó de que en la época en que aún venían sus hijos a casa en estas fiestas, ella preparaba un buffet y cada cual se servía lo que quería. En Madrid, que hay de todo, ella compraba muchas cosas hechas y tan solo hacía algunas salsas para las ensaladas. Todo lo más hacía unas natillas y ponía una gran bandeja con los dulces típicos y con eso se despachaba.

Eso sí en Nochebuena no faltaba el pavo y el día de fin de año ponía un puding de salmón buenísimo, que compraba en una conocida cadena de pastelería y comidas para llevar. Claro es que en Madrid no es como aquí., apostilló doña Matilde. Allí hay muchos extranjeros que no están acostumbrados a entrar en la cocina y a los que además les fascina la comida española. Doña Candela percibió como un reproche de sus amigas aquel comentario y se arrepintió de haber sido tan sincera y de haber contado en otras ocasiones que, para ellos dos, ella despachaba las comidas diarias con muy poco trabajo, pues compraba las verduras congeladas y las legumbres pre-cocidas. Se prometió a sí misma que en adelante alardearía más de todo lo que hacía y del esfuerzo que le costaba y se lamentaría, tocara o no, de su cansancio.

Para evitar que la conversación siguiera por aquellos derroteros y llegara a enfadarse en serio con sus amigas, doña Candela preguntó acerca de los regalos que les habían llevado Papa Noel y los Reyes Magos. Unas afirmaron que a ellas les gustaba hacer los regalos en Papa Noel, porque así los niños disfrutaban de los juguetes todas las vacaciones. Mientras otras preferían los Reyes Magos porque era una tradición muy española que no debía perderse. Luego empezaron a hablar de las cabalgatas. Doña Candela dijo que gracias a unos amigos habían podido ver la de Madrid desde un balcón del casino, que los niños estaban encantados, pero que a ella, tanta carroza y que pareciera el carnaval no le gustaba mucho. Otras criticaron que tanto en Madrid como en su pequeña capital de provincias se notaba mucho que los grandes comercios pagaban algunas de las carrozas y eran más bien de publicidad que de otra cosa. Doña Matilde insistió que eso se había convertido en una fiesta pagana y que se había perdido el sentido de lo que era el Nacimiento de Jesús.

En este punto, hacia el que era de temer que la conversación girase definitivamente, enredándose en aspectos teológicos de más calado, que su estómago,

tras la ingesta de un postre más bien pesado y de un pacharán, no estaba en condiciones de soportar, doña Candela repitió su pregunta acerca de los regalos personales.

Tras escuchar que unas habían recibido de sus esposos bolsos, pañuelos, algún perfume y hasta una cadenita para el cuello, doña Candela se convirtió en la estrella de la noche pues afirmó sin ningún rubor que en realidad la piscina del campo era un regalo que su Andrés le había hecho a ella, sabiendo que se sacrificaba en ir al campo por darle gusto a él, con lo que le gustaba el mar y chapotear. Habiendo hecho esta declaración, se volvió sonriente hacia don Andrés y reclamó de él que confirmara el aserto.

Don Andrés, cogido en medio de un serio debate acerca de si aquel equipo debía cambiar de entrenador y, si en ese caso, era mejor un extranjero que uno nacional, miró perplejo a su mujer, reclamando una aclaración acerca de qué era lo que se debatía y él debía refrendar. Aclarado el asunto, don Andrés dejó constancia y de manera diáfana que él lo hacía todo por su esposa, porque, mejorando lo presente, no hay otra como ella tan abnegada, dispuesta, amable y buena cocinera como su Candela.

Doña Candela agradeció sus palabras con una sonrisa de satisfacción pues no sólo le había dado la razón, cuando ella imprudente había reclamado un refrendo, sino que incluso había dado en el clavo con lo de que era buena cocinera. Pero, en el mismo instante en que saboreaba su triunfo, se dio cuenta de que quizá don Andrés se había pasado un poco con el coñac que estaba degustando y decidió que ya era muy tarde y que ellos debían retirarse ya.

Una vez que salieron del restaurante, doña Candela confirmó su sospecha de que don Andrés se había dado al coñac con demasiado entusiasmo y, mientras se producía la larga y habitual despedida, consideró oportuno tomar un taxi porque hacía frío, y de ese modo logró que su marido llegara a casa sano y salvo y sin dar peligrosos traspies.

De madrugada, don Andrés se despertó y se lanzó de cabeza al cuarto de baño a vomitar todo lo que había ingerido. Doña Candela, en un duermevela, le amonestó: Ya sabes que no te conviene cenar tanto, si te hubieras pedido un pescadito a la plancha, en lugar de las costillitas al jerez, y no te hubieras pasado con el coñac, no estarías así. A lo que don Andrés respondió con una especie de gruñido que sonaba a maldición. El resto de la noche fue más o menos apacible.

A la hora del desayuno, en el momento en que don Andrés iba a servirse un café, doña Candela le puso delante de las narices una taza de manzanilla que le había

preparado. Tómate esto, le dijo con voz autoritaria y que no admitía discusión. El hombre se tomó la tisana cariacontecido, pero sin replicar. Aquel gesto de sumisión lo aprovechó su esposa para afearle su glotonería y para decirle que era un desperdicio gastarse tanto dinero en una cena para luego vomitarla. Que ella se pasaba el día haciendo economías, para que luego él derrochara de aquel modo estúpido, además poniéndose malísimo y arriesgándose a que le diera algo peor que una náusea. ¿Es que quieres dejarme viuda? Y se marchó muy digna de la cocina.

Don Andrés apuró su bebedizo, recogió los platos y tazas, guardó en la nevera las mermeladas y la mantequilla, envolvió el pan y lo puso en su bolsa, limpió la mesa de migas y, saliendo, cogió su sombrero y se marchó a comprar el periódico.

Al regresar de sus recados matutinos encontró a doña Candela en su mecedora mirando a la calle. Ella sin mirarle le dijo ¿te acuerdas de aquella chiquita que estaba lavando cabezas en la peluquería y que luego desapareció y dijeron que se había ido a trabajar más cerca de su pueblo? Pues, como yo sospechaba, lo que pasaba es que estaba embarazada, porque la acabo de ver bajar del autobús con un bebé en brazos que, por el tamaño, corresponde con el tiempo de esa historia. Así que lo que pasaba es que el novio la había dejado preñada y no quería que se supiera en la zona. Después de bajarse del autobús se ha ido a la guardería de la esquina del parque y al volver ha entrado en la farmacia, sin su bebé, y ya no la he visto salir de allí, así que me parece que ahora trabaja ahí. Esta tarde que tengo que comprar unas cosas me iré a esa farmacia a ver si la veo.

Cuando don Andrés vio que hacía planes, que había encontrado una nueva historia que la atraía y estaba en uno de sus laboriosos procesos de investigación, supo que se le había pasado el enfado y que no lo mantendría a dieta todo el día.

Efectivamente, al mediodía, una magnífica lubina rodeada de verduritas le aguardaba, después de unos entremeses surtidos. Don Andrés bendijo a la embarazada, a su bebé y se congratuló de aquella afición de su esposa por enterarse de las vidas de los demás, que le salvaba a él de desgracias mayores. Después de todo era un entretenimiento inocente que no hacía mal a nadie y le libraba a él de ayunar, en esa ocasión, y de otros males otras muchas veces.

Que doña Candela estuviera entretenida con esas cosillas le daba a él una cierta libertad. Como siempre habían trabajado ambos, no estaban acostumbrados a pasar juntos todo el día. La afición de doña Candela permitía a don Andrés dedicarse a sus

propios intereses, como eran ir a charlar con el barbero o visitar el bar que había dos calles más allá, donde había encontrado buenos amigos para el cafelito de media mañana, el vermut del mediodía o una partidita de dominó después de la siesta. Ya se sabe que todos estos entretenimientos practicados con moderación no le hacen daño a nadie.

Por su parte, doña Candela, al ver lo suave que le hablaba su marido, cómo ponderaba su pescadito al horno y le daba un beso después del postre, consideró que estaba muy bien tener una ocasión de regañar al marido y afearle su conducta, porque eso lo volvía a poner en su lugar. Con este dulce pensamiento, se sentó de nuevo en su mecedora y descabezó un breve sueño.

Capítulo 8

Los días se sucedían sin que ocurriera nada de interés. Por más que dedicaba religiosamente sus ratos libres a observar las idas y venidas de las gentes que cruzaban por debajo de su atalaya, no había nada que atrajera su atención ni le diera motivos para abrir una nueva investigación. Así, la vida en aquella ciudad de provincias se había vuelto un poco tediosa y doña Candela empezaba a arrepentirse de haber tomado la decisión de vivir allí. No obstante, uno de los días del chocolatito, doña Matilde comenzó a hablar de la mujer de un sobrino suyo que era experta en arte medieval y que, según ella, era una lumbrera. Después de darse todo el pote que consideró obligado, como si ella misma le hubiera enseñado todo lo que sabía a aquella muchacha, les comunicó que en el Museo Arqueológico había un ciclo de conferencias sobre pintura a lo largo de la Historia y que esta sobrina política suya era la que abría ese ciclo con una conferencia sobre la pintura de El Bosco.

A doña Candela que en materia de arte sabía algo más de lo que conoce el común de los mortales le pareció extraño que se iniciara un ciclo sobre el arte a través de la Historia, precisamente, con un autor que pertenecía al Renacimiento. Incluso añadió que lo didácticamente correcto y más en un Museo Arqueológico hubiera sido comenzar por el arte rupestre o al menos por el esquemático del neolítico. Sus amigas se removieron inquietas en sus sillas, porque casi ninguna se atrevía a enmendarle la plana a doña Matilde y miraron a esta última con el temor de que se iniciara una desagradable discusión.

Sin embargo, doña Matilde explicó con toda calma que su sobrina estaba muy solicitada, dados sus vastos conocimientos y, cuando la invitaron a dar esa conferencia, puso la condición de que fuera en un día concreto ya que tenía toda su agenda ocupada. De este modo, los responsables del Museo se vieron obligados a colocar su intervención al inicio del ciclo. Por otra parte, como ella no cobra nada por eso, si querían ponerla en el programa, al que da prestigio con su nombre, debían atenerse a sus días disponibles. Precisamente, su sobrina, que se llama Laura, así se lo comentó. Incluso le dijo que no quería desairar al director del Museo que era muy amigo suyo y aceptó el absurdo del

orden de intervenciones. Aunque, dijo doña Matilde, la mitad de la gente que va a estas cosas no tiene ni idea de quién es El Bosco y le da lo mismo el arte medieval o el chino, sólo van porque siempre se hacen reportajes de estos eventos y las fotos del público se ven en el diario. Así la gente presume de cultura y de ir a sitios donde van los entendido en alguna materia.

Las amigas del chocolate respiraron tranquilas al ver que doña Matilde se tomaba el asunto con calma, dando explicaciones y argumentando con mucho sentido. Doña Candela que, a pesar de sus finas dotes de observación, no se había dado cuenta de la inquietud de sus compañeras, aceptó la explicación y la refrendó admitiendo que sin duda la gente en general sabe muy poco de casi todo. Ella consideraba un privilegio el poder escuchar a una experta y por eso quiso saber el día exacto, la hora y si la entrada era libre o mediante invitación, porque si se trataba de esto último, le rogaba a doña Matilde que le consiguiera una. Tras este aserto volvió la calma al grupo. Doña Matilde se sintió muy contenta de haber conseguido un auditor más para su sobrina política y la reunión del chocolate se disolvió poco después en paz y armonía.

Mientras regresaba a casa, doña Candela iba pensando que quizá se había precipitado un poco en mostrar tanto interés en oír a la tal Laura, pero como de veras le interesaba el arte y era curiosa y estaba interesada en aumentar su caudal de conocimientos, no receló nada e hizo a un lado sus dudas e inquietudes.

El día convenido, doña Candela se arregló con esmero, no porque le interesara salir en el periódico con buen aspecto entre el público, sino porque consideraba una cuestión de principios asistir a eventos culturales de la manera más digna posible, pues con un cuidado atuendo es como hay que presentarse en acontecimientos públicos, sobre todo en los relacionados con la cultura. Por eso le molestaba mucho la gente que aparecía desaliñada en conciertos o en el teatro. Ir en zapatillas deportivas, con unos vaqueros raídos y una camiseta con una de esas leyendas, las más de las veces inconvenientes, no son formas de estar en lugares donde lo que se pretende es elevar el espíritu. Lo mismo vale para ir a ver a alguna autoridad, aunque sea de un partido al que uno jamás votaría, o a la iglesia. Hay sitios donde se debe guardar la compostura.

En estos pensamientos andaba cuando llegó a la puerta del Museo. Se sorprendió de ver tantos corrillos de señoras y caballeros, eso sí, todos dignamente ataviados, que se saludaban y charlaban. Como no hacían ademán de entrar en el edificio pensó que a lo mejor no iban a asistir a la conferencia sino que estaban allí por alguna otra razón.

Sorteándolos, se introdujo en el recibidor, preguntó a una recepcionista dónde era la conferencia y se encaminó al Salón de Actos que estaba prácticamente vacío. Tomó asiento en un extremo de una de las primeras filas de butacas y aguardó pacientemente a que comenzara el acto.

La conferenciante, según supuso, era una muchacha de edad indefinida entre los treinta y los cincuenta años, vestida con ajustado traje de chaqueta rojo, debajo del cual aparecía una blusa llena de brillos. Doña Candela pensó, en lugar de ponerse como un árbol de Navidad debería haberse lavado el pelo. La chica aquella trajinaba en un ordenador portátil, mientras conversaba con un señor alto y gordo que a doña Candela le pareció conocido, pero al que no conseguía ubicar en ningún lugar. Sabía que lo había visto en algún sitio, pero en cuál. Mientras cavilaba acerca de ello, notó que la sala empezaba a llenarse. Miró su reloj y se dio cuenta de que pasaban algo más de cinco minutos de la hora prevista para el comienzo de la conferencia. La impuntualidad era uno de los vicios que doña Candela no toleraba y en el que jamás se permitía incurrir.

El rumor de las conversaciones subió tanto que parecía estar en medio del mercado. Doña Candela dirigía miradas severas a diestro y siniestro, pero nadie parecía notar su disgusto por la barahúnda que los que llegaban levantaba. Unos diez minutos largos después de la hora establecida, a duras penas el señor de la cara conocida consiguió imponerse a las voces de los asistentes y, con un discurso inconexo e improvisado, marcado por un fuerte acento local, presentó a la conferenciante, le dedicó unos elogios más bien vulgares y consabidos y le cedió la palabra.

Laura, la sobrina de doña Matilde y experta en arte medieval, inició su discurso con toses y titubeos, repitiendo la muletilla de ‘como ustedes saben’ cada dos frases y perdió otro cuarto de hora en hacer la relación de sus muchas obligaciones y de lo absurdo de comenzar el ciclo con un autor a caballo entre la época medieval y el Renacimiento. Cuando ya parecía que iba a tomar el hilo de lo que correspondía al tema encomendado, aún perdió unos minutos preciosos en saludar a todos los asistentes a los que al parecer conocía personalmente y desde antiguo. Les regañó por venir a la conferencia pues ya ellos sabían lo que podría llegar a decir, pues la habían escuchado muchas veces perorar acerca de uno de sus pintores favoritos. Tras una pérdida de media hora de tiempo y cuando ya doña Candela no sabía si levantarse y marcharse aprovechando su posición en el borde de la fila de butacas, Laura comenzó a trastear de

nuevo en el ordenador y en la pantalla se proyectó una diapositiva del célebre Jardín de las Delicias.

Cuando la conferenciante entró supuestamente en materia lo hizo con una introducción que venía a decir que aquello era lo que les explicaba a sus alumnos de bachillerato y para que lo entendieran se extendió en comparaciones banales e insulsas, concluyendo con lugares comunes de todos conocidos. Todo el aserto que vino a durar otra media hora, con lo que se cumplió el tiempo establecido para la conferencia, lo trufó de frases dirigidas al público, como si estuviera en su mesa camilla en una reunión vespertina de amigas de toda la vida. Algunas de estas frases fueron: Como ya sabéis pues esto también lo explicáis a vuestros alumnos en clase; o, esto se lo digo, como comprenderéis, para llamarles la atención y que no se duerman, porque el arte les interesa bien poco. Hizo un par de chistes y terminó diciendo que el Jardín de las Delicias es un cuadro complejo, difícil de comprender, pero hermosísimo y uno de sus favoritos.

Al final de sus palabras, siguió una cerrada salva de aplausos que más bien parecían premiar la brevedad que el contenido. En aquel momento, el señor alto y gordo de la cara conocida, que era sin lugar a dudas el Director del Museo, invitó a los asistentes a establecer un diálogo con la conferenciante. Doña Candela aún tuvo una leve esperanza de que alguna de las preguntas o los comentarios aportaran algo a aquella conferencia, deplorable en el tono, el modo y el contenido. Pero sus esperanzas se vieron pronto frustradas. Tras tres intervenciones que hicieron alusión a lo mucho que conocían a la conferenciante y su brillante trayectoria profesional, el señor de la cara conocida volvió a tomar la palabra para agradecer tan interesante y sugerente aportación, afirmó no querer robar ni un minuto más de su tiempo que tan generosamente había compartido con los asistentes y dio el acto por concluido, invitando a todos los asistentes para quince días después, en la siguiente intervención en el ciclo que versaría sobre las Meninas de Velázquez, a cargo de un eminente profesor de la Universidad local.

Doña Candela, se levantó de su asiento, se acercó a la mesa y tras presentarse como una amiga de su tía Matilde, le echó varias flores a la conferenciante. En ese preciso instante notó un flash con el rabillo del ojo, y se marchó de allí, mientras una avalancha de señoras y caballeros se volcaban sobre la conferenciante para darle sus parabienes.

Mientras salía observó doña Candela que la tía Matilde no había asistido a la conferencia de su muy sabia sobrina política y no se extrañó lo más mínimo. Ella de estar en su lugar ni siquiera habría sido capaz de confesar en público que aquella tal Laura era sobrina suya.

Al día siguiente, por la noche, ojeó con desdén el periódico de su marido y allí se encontró en la foto correspondiente, dirigiéndose a la conferenciante con una amplia sonrisa. Muy complacida de haber salido en el periódico, se lo comentó a don Andrés y este se felicitó con ella. Sin embargo, lo único que doña Candela había sacado de aquel acto, además de la foto, era una curiosidad imperiosa de saber de qué conocía al señor alto y gordo, Director del Museo. Por más que se devanó los sesos intentando situarlo en el espacio o en el tiempo, no fue capaz de saber de qué conocía a aquel buen hombre.

Unos días después, cuando hacía los recados por su barrio, acertó a pasar por el bar en donde su marido solía juntarse con sus amigos. Dicho bar, aunque de acceso público, pertenecía a una de las peñas que nutren, amenizan y le dan colorido a las fiestas anuales de la ciudad de Nicegante. Estas peñas suelen organizar a lo largo de todo el año múltiples actividades con el fin de recaudar fondos y mantener vivo el espíritu de las fiestas patronales. Su marido se encontraba cerca de la barra, tomando un cafelito con algunos de los habituales de la peña. Entre ellos estaba el señor alto y gordo de la cara conocida. Doña Candela no pudo evitar un impulso repentino y, contra su costumbre de visitar los bares de hombres, entró en el local y fue, aparentemente, a darle un recado a su marido. Este hizo las presentaciones y el señor gordo confesó que no sólo conocía ya a doña Candela porque se había fijado en ella en la conferencia de Laura, sino que dijo haberla visto en el periódico, con lo que todos se volvieron a mirarla con un reflejo de admiración y respeto en el brillo de sus ojos.

Por la noche, doña Candela le preguntó a su marido quién era exactamente el señor de la cara conocida. Don Andrés levantando la vista del periódico la informó de que era el Director del Museo Arqueológico, una eminencia en arte rupestre y precolombino, profesor de la Universidad y, de manera singular, el presidente de la Peña el Botijo que era la más numerosa y antigua de las peñas de las fiestas patronales. Además de ser el presidente, era miembro de la orquesta de pulso y púa de la misma y tocaba como nadie la pandereta y las castañuelas, cantaba jotas locales con voz desgarrada y desgarradora y era un tipo de lo más animado. Doña Candela no salía de su asombro. No obstante, preguntó y de qué me sonaba a mí su cara. Pues del barrio,

porque vive en la otra mitad de la casa del portón, donde el militar cultivador de mariguana. Son primos. La casa la heredaron de sus abuelos y la partieron por la mitad. El vive en la parte que da vuelta a la esquina. Lo tienes que haber visto en el barrio. Además va con mucha frecuencia al bar de la peña, donde voy a jugar y a tomarme el café. Todos son muy buena gente. Por cierto, él mismo nos ha invitado a la tribuna de la peña el día del desfile de carrozas, el mes que viene.

Acomodada en la tercera fila de la grada en la tribuna de la Peña el Botijo, doña Candela se sentía un poco, pensaba ella, como esos ingleses que van por primera vez a una corrida de toros; es decir, como gallina en corral ajeno. La simple idea de estar encaramada a aquel amasijo de hierros con medias lunas de plástico por asiento ya la hacía sentirse algo ridícula. A ello había que sumar que tanto en los laterales como en el frente de la tribuna aparecía el pendón de la peña, posiblemente bordado por alguna mano primorosa de las damas peñistas.

Entre coronas de laurel en forma de escudo nobiliario, aparecía un hermoso botijo de color dorado, rodeado de la leyenda del nombre de la peña en letras azules. Sólo de pensar que alguno de sus antiguos compañeros de profesión, y no digamos alguno de sus alumnos, la pudiera ver bajo aquella enseña, a doña Candela un color se le subía y otro se le bajaba. Para sus adentros maldecía el momento en que se había dejado arrastrar por la invitación del eminente profesor universitario y presidente de la Peña el Botijo. Se preguntaba horrorizada cómo era posible que todo un catedrático de universidad formase parte de aquel aquelarre festivo bajo una agrupación de nombre tan vulgar y que además se ufanasen de tocar la pandereta y las castañuelas. Si al menos tocara la bandurria, la cosa tendría un pase.

Doña Candela sentía ya calambres en las nalgas de estar tanto rato sentada sobre la media luna de plástico duro que constituía el asiento de las gradas, cuando su marido, que parecía entusiasmado con el privilegio de ocupar un lugar entre los peñistas más conspicuos, le señaló el lado izquierdo de la avenida, por cuyo fondo ya asomaba la primera de las carrozas. Al mismo tiempo, la señora que ocupaba el asiento contiguo le dijo ¡ya vienen! con gran entusiasmo. Doña Candela observó a la señora y vio que iba impecablemente vestida con un abrigo ligero que parecía muy caro y llevaba en la solapa izquierda un hermoso broche de brillantes. Así mismo se fijó en sus zapatos de cocodrilo y en un precioso bolso de la misma costosa materia. Consideró para sus adentros bastante impropio para el lugar y la ocasión un atuendo como aquel, y

prestando atención al resto de señoras que aquí y allá ocupaban la tribuna, pudo comprobar, en el colmo de la estupefacción, que todas iban con sus mejores galas y muy enjoyadas. Pero, no sólo las señoras parecían ir a la ópera, sino que los niños y los jóvenes iban como para ser pajes en una boda de postín. Se sintió un poco incómoda de haberse puesto un chaquetón más bien usado y sus zapatos de todos los días. Jamás se le hubiera ocurrido ponerse unos tacones finos para trepar por la escalerilla metálica de la grada. Pero allí estaban sus vecinas con zapatos de esos que uno se pone sólo si tiene la garantía de pasar la velada sentado y de volver a casa en coche.

Se hallaba aún bajo los efectos de la impresión que le había producido el aspecto de sus vecinos de tribuna, cuando una banda de música se detuvo al pie de la misma y evolucionó al compás de un estridente pasodoble. Tras los primeros cruces y cambios de filas los asistentes de las diversas tribunas aplaudieron hasta deshacerse las manos y tras la ovación, el director de la banda, gorra en mano, saludó al respetable que se agolpaba a derecha e izquierda de la calle. La banda, hecha su demostración, siguió su camino, repitiendo incansable el mismo sonsonete.

Unos pasos detrás de la banda apareció la carroza de la reina de las fiestas. Una jovencita de no más de unos dieciséis años estaba encaramada en un elevadísimo trono de purpurina dorada, rodeada de otras jovencitas. Todas ellas lucían diversas bandas cuyos letreros no alcanzaba a leer, pero supuso que debían tener escrito el barrio de procedencia de las diversas jóvenes. Así se lo confirmó su vecina, la de los zapatos de cocodrilo, y señalándole a una chica más bien pajiza que llevaba un abultado vestido verde de noche, lo que le daba el aspecto de una mata de acelgas invertida, la informó de que se trataba de su nieta. Doña Candela sonrió condescendiente y la vecina se quedó algo frustrada por su falta de entusiasmo. Las reinas de los barrios y su presidenta saludaban y arrojaban puñados de caramelos a diestro y siniestro. Los arrojaban con tanta fuerza que doña Candela temió por un momento que le atinaran y le sacaran un ojo. Gracias a Dios la carroza regia avanzó al poco y se libró del coscorrón.

Seguidamente apareció otra banda tocando otro pasodoble que se añadió a las notas del anterior que aún flotaban en el aire. Tanto ruido, sumado al de los cohetes que explotaban a cada instante, empezó a levantarle un fuerte dolor de cabeza. Era imposible con aquel estruendo hacer ningún comentario y aunque don Andrés se empeñaba en señalarle esto y aquello y hablarle, ella no entendía más que palabras sueltas, por lo que a intervalos breves le respondía sí, sí, o ya, ya.

Tras esta banda pasó otra carroza con las reinas infantiles, una banda más, otra carroza con unos caballeros disfrazados de piratas, otra banda, una carroza con odaliscas y sultanes, otra banda, otra carroza con una especie de caballeros medievales, acompañados de damiselas con cucuruchos en la cabeza, una banda más, un grupo de a pie que hacía volatines, unos sobre zancos y otra banda más, esta sólo de tambores que le atronaron el estómago. Cuando estaba ya en el colmo de la desesperación por tanto ruido, notó una especie de revuelo entre los miembros de la tribuna y, sobresaltada por el estruendo de los tambores y por los gritos de sus compañeros, dirigió la mirada hacia donde apuntaban todas las cabezas.

Sobre el fondo azul del cielo se destacaba en aquel momento un alto mástil que sobresalía de una bastante lograda nave vikinga. Los nuestros, gritó alborozada su vecina, la de los zapatos de cocodrilo y los brillantes en la solapa, al tiempo que perdía totalmente la compostura.

Todos los miembros de la tribuna se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir y lanzar vítores como posesos. Doña Candela no tuvo más remedio que levantarse, tironeada además por su marido que era uno de los que gritaba con más entusiasmo ¡Viva la Peña el Botijo! Los peñistas de la nave vikinga, ataviados como tales, con una especie de taparrabos de cuero y correaes con tachuelas que les cruzaban el pecho y la barriga, portaban un casco con hermosos cuernos a ambos lados y debajo unas pelucas de colores chillones divididas en dos trenzas.

Con horror, doña Candela descubrió entre los vikingos, con el casco de los cuernos más largos, al eminente profesor universitario y director del museo. Su taparrabos no era mayor que el de sus compañeros, ni tampoco tenían menos tachuelas sus correaes, pero en lo que superaba a sus compinches era en el tamaño de la barriga que desentonaba con sus muslos y piernas más bien flacos. Con un movimiento instintivo, doña Candela se dejó caer sobre su duro asiento de media luna, pero aunque los que estaban de pie delante de ella casi la ocultaban, precisamente su movimiento atrajo la atención del caballero vikingo de los largos cuernos, que inmediatamente agitó sus manos saludándola. Los que vieron las señas giraron la cabeza hacia doña Candela, como movidos por un resorte, y se quedaron mirándola fijamente, extrañados de que el presidente de su peña le hiciera visajes a una perfecta desconocida. Su marido volvió a tironearle de la manga, obligándola a levantarse de nuevo. El presidente se agachó un instante, sacó una bolsa llena de cachivaches y chucherías y se la arrojó a doña Candela

quien en un gesto mecánico la atrapó al vuelo. El presidente se deshacía en sonrisas, señalándola con el dedo y repitiendo el lanzamiento de otra bolsa aún mayor que, en este caso, pescó don Andrés que continuaba lanzando entusiastas vítores. Doña Candela, con la bolsa en la mano se encontró a sí misma, sonriéndole como una boba al presidente y agitando la bolsa como si estuviera encantada.

En ese momento, un flash la cegó y entre nubes de color oscuro que le impedían ver lo que tenía delante o a sus costados, escuchó la voz de su vecina que decía, así que es usted amiga de Antonio, pues yo soy su hermana y ahí delante está su mujer que es la que bordó la enseña de la peña. Desde luego se nota que le tiene mucho aprecio porque él sólo le tira cosas a los de la familia. Ay, ahora que me fijo, usted es la de la foto de la conferencia de Laurita, ya me dijo mi hermano que la conocía, que viven ustedes en el mismo barrio, ¡qué casualidad! Bueno mi nombre es Encarna, a ver si coincidimos en alguna de las cenas de la peña, me encantaría charlar con usted. Aquí es imposible con toda esta música y los cohetes. Pero es que estas fiestas son algo estupendo, mi padre, el pobre que en paz descanse, ya era de los vikingos y mi Antonio ha seguido con la tradición, incluso lleva el casco con los mismos cuernos que usaba mi padre. Todos mis sobrinos, sus hijos, son de la peña también y él y dos de sus hijos están en la banda y tocan la pandereta y las castañuelas y tendría que oírles cómo cantan. Doña Candela dijo que sí, que lo conocía y que había sido muy amable de invitarlos a estas fiestas tan lucidas. Esperaba integrarse más a partir de ese momento y participar en los actos de la peña. Mientras sus ojos se recuperaban y soltaba de manera automática estas frases, pensaba que aquel era un buen mes para hacer un viajecito por Europa con su marido, aprovechando que ya hacía buen tiempo, pero que no era todavía temporada alta.

Cuando se acabó el desfile, después de soportar a otras diez o doce bandas más, muchos más cohetes y una ristra de carrozas de los más variados motivos, pero en las que sus ocupantes seguían el mismo ritual de arrojar cosas a los que estaban mirando, conocieron a la esposa del eminente profesor, una tal Consuelo, que era igual de pajiza que la nieta de su cuñada y juraron tanto don Andrés como ella que se apuntarían a la peña y participarían más en todos los festejos.

Agotada después de tantas emociones, doña Candela se encaminó a su casa, en compañía de su marido. Mientras este no dejaba de hablar de lo divertido de las fiestas, de lo animado que era Antonio y de lo maja que era toda su familia, tan campechanos, ella iba pensando en qué argumentos aportaría para convencer a su marido de que lo de

la Peña el Botijo no estaba hecho para ella y de que lo que les convendría, en la futura celebración de las fiestas patronales, era estar lejos de allí. Pero ya se le ocurriría algo.

Capítulo 9

Cada vez que pasaba delante del edificio doble con el gran portón, se preguntaba cómo era posible que en una misma familia se dieran dos personajes tan diferentes como los dos primos, propietarios de aquella casona, que, en su día, había sido una única y gran casa familiar. Por una parte, el militar tramposo y, por otra, el ilustre catedrático, director de un Museo. Este último casado con una señora que procedía de una buena familia del lugar, el otro viudo y con una amante casi cuarenta años más joven que él. Ambos hijos de padres que eran hermanos y a su vez pertenecientes a una antigua familia.

Claro es que ambos, cada uno a su modo, eran un poco jueguistas; el militar todo el año y el director y experto en arte rupestre, de modo más ordenado y al amparo de la peña.

Una noche, interrumpiendo la lectura del diario y como no le interesaba mucho lo que daban por televisión, doña Candela le comentó estos extremos a su esposo. Don Andrés, a regañadientes, porque estaba muy entretenido haciendo el crucigrama, ya que se había atascado en ‘yunque de platero’ y no recordaba si era ‘tas’ o ‘zas’ y la palabra cruzada lo mismo podía empezar por t que por z, le dijo a su esposa que no comparase. Antonio era un caballero, que por su misma dedicación al arte más antiguo era también un enamorado de las tradiciones locales. Por eso tocaba la pandereta y las castañuelas y era capaz de salir disfrazado de vikingo, por darle auge y colorido a las fiestas patronales. Mientras que su primo era un fresco que lo único que quería era sacar dinero con la mariguana y colocarse de paso.

Doña Candela protestó en el sentido de que también Antonio se cocía como un piojo, subido a aquella absurda nave y con el casco de los cuernos, que sin duda le restaba bastante a su dignidad. Pero don Andrés, que estaba muy orgulloso de su amistad con el presidente de la peña, que había gozado con el espectáculo, que estaba decidido a afiliarse a la misma, que incluso estaba dispuesto a enseñar las piernas y la tripa, vestido de vikingo en la próxima ocasión, y hasta se había planteado seriamente

aprender a hacer la percusión con la botella de anís, se irritó sobremanera, como nunca lo había visto su mujer, zanjó la cuestión con un bufido y volvió al yunque de platero.

Su esposa consideró que quizá no era el momento de incidir en sus impresiones acerca de los dos primos y decidió que lo mejor sería enfocar su atención en la chica aquella que lavaba cabezas en la peluquería. Aunque había visitado la farmacia, no había hallado rastro de ella y eso que estaba segura de haberla visto entrar allí y no salir, después de dejar su bebé en la guardería.

Para su sorpresa, en el momento en que Gertrudis entraba en su casa para hacer sus faenas semanales, se marchó apresurada a la peluquería y allí se encontró a la joven, lavando cabezas e incluso poniendo tintes. En un aparte y discretamente, interrogó a la dueña de la peluquería acerca de la muchacha. Esta le contó que la chica había estado de permiso por matrimonio, que se había quedado embarazada y había tenido peligro de aborto, por lo que había guardado cama casi todo el embarazo. Después del parto de una niña preciosa que se llamaba Adelita, la madre reciente descubrió que su marido se la había estado pegando con una chica del barrio, por lo que se había separado y ahora criaba, con mucho esfuerzo y tesón, a su hija ella sola.

Su madre, que era muy chapada a la antigua, no había querido saber nada de ella porque lo de la separación le parecía una especie de baldón para la familia. Era de la opinión de que hemos venido a este mundo a sufrir y que si el marido te sale rana, pues te aguantas y sigues casada con él de por vida. Doña Candela, aunque era muy conservadora, en estos aspectos era una mujer liberal y consideró que la chica tenía mucho mérito y que su madre había resultado una bruja insoportable. Así se lo expresó a la dueña de la peluquería, pero esta con aire de estar dictando doctrina le explicó que la gente que padece malos tratos tiende a reproducir los patrones y que a la madre de la chica, su marido la había estado engañando a lo largo de treinta años. Como ella no se había atrevido a divorciarse, no quería tampoco que su hija lo hiciera. Así que la pobre chica, además de engañada, se había quedado más sola que la una. Tanto así, que tenía que vivir realquilada en un cuarto de una casa en la que vivían un montón de mujeres venidas de uno de esos países del este, no sabía si rumanas, serbias o ucranianas, y remató su discurso con un: ¡Fíjese qué panorama!

Una vez informada de las vicisitudes por las que atravesaba la mamá de Adelita, doña Candela comprendió que allí no había materia para seguir investigando ni para llegar a alguna otra conclusión que no fuera que la madre era una desnaturalizada, que

el marido infiel era un sinvergüenza y que la chica había hecho muy bien en ponerse el mundo por montera y no amilanarse. Claro que lo de vivir con tantos extranjeros podría traerle malas consecuencias, pero este punto era difícil de observar y viéndola bajarse del autobús con su bebida en brazos o dejando que le lavara la cabeza no podría llegar muy lejos en el asunto.

Doña Candela estimó que aquello no daba para mucho más y como tampoco podía extraer conclusiones acerca de don Antonio y su primo, salió un poco deprimida de la peluquería y sin saber a dónde enfocar su habilidad deductiva acerca de los defectos de los demás y sus vidas.

El jueves del chocolate, sacó el tema entre sus amigas, por supuesto el de la chica de la peluquería, no el de don Antonio y su primo, porque aquellas mujeres eran conocedoras de todos los entresijos de los parientes y además eran amigas de la pajiza mujer del primero. La cosa se enfocó de varias maneras, todas ellas muy instructivas, pues el caso llevó a considerar la conveniencia o no de las relaciones prematrimoniales; así mismo, derivó hacia el examen de la infidelidad y sus consecuencias; también incluyó diversas apreciaciones sobre el control de la natalidad, el empleo de anti-conceptivos, el uso de condones y la pertinencia de tener hijos o no, en determinadas circunstancias; por supuesto en el examen detallado del asunto no se dejó de lado la cuestión del divorcio y las separaciones legales.

Como todos ellos eran temas de hondo calado, hubo opiniones muy encontradas, que sería largo y difícil recoger aquí, por lo variado de los argumentos, ejemplos y soluciones que se propusieron, todos ellos con sus diversos matices y la casuística correspondiente, que cualquier moralista de fino espíritu habría admirado.

No obstante y para hacer justicia al rigor de los comentarios, no queda más remedio que intentar un resumen de lo dicho. De manera más o menos objetiva se podría decir, en primer lugar, que las posiciones eran dos: una más conservadora que, esencialmente, coincidía con la expresada por la abuela de Adelita, aunque con algunas reservas mayores, y la otra, mucho más liberal que iba incluso más lejos que las opiniones de doña Candela en el momento de conocer los hechos.

En segundo lugar, debe hacerse constar que respecto a las relaciones prematrimoniales, salvo una o dos de las tertulias, estaban todas de acuerdo de manera contundente en que aquello era inmoral. Sin embargo, reconocían su utilidad en

determinados casos, aunque no se podría decir que llegaran a formular con certeza los casos en que esto sería conveniente.

El uso de preservativos era más bien una cuestión de higiene, sólo recomendable en situaciones de promiscuidad extrema. Todas negaron haberlos usado jamás, ya que todas ellas habían tenido únicamente relaciones con sus maridos y estos eran personas irreprochables en cuanto a su aseo personal. En algunos casos, esta opinión se declaró poniendo los ojos en blanco y deseándole al aséptico difunto la gloria eterna.

Respecto a la cuestión del divorcio y las separaciones, ahí se tuvo muy en cuenta la existencia o no de los hijos. Esto llevó a debatir el asunto de los abortos, el control de la natalidad y otros aspectos como la inseminación artificial y las adopciones, lo que de alguna manera produjo una cierta pérdida de coherencia en el debate y un alejarse del foco principal que se discutía.

Entre picatoste y picatoste y sorbito al chocolate, que, como siempre, ardía, cabe reseñar que la charla, siempre dentro de los límites de la discreción y la pertinencia, se enredó en algún momento en una cierta acumulación de hechos reales, en donde se proporcionó, por parte de quien llevaba la voz cantante en el momento, una abrumadora sarta de datos que no enriquecían la cuestión examinada, pero sí proporcionaban mucha información acerca de diversas personas, poco conocidas por doña Candela, pero del dominio del resto de las participantes. No obstante, como ya algunos nombres le sonaban a nuestra protagonista, esta obtuvo una serie de informaciones que podrían llegar a serle útiles en el futuro para atar cabos, en la línea de sus intereses y curiosidades.

Sin que podamos fijar de modo claro y definido las conclusiones a que se llegó, lo cierto es que el tema dio para mucho y todas sacaron enseñanzas de ello. En particular doña Candela, siguiendo los sabios análisis psicológicos y sociológicos de su peluquera, llegó a la conclusión de que algunos de aquellos difuntos que ya se hallaban gozando de la gloria eterna, habían sido unos mujeriegos infieles a sus sacrificadas esposas que, aunque los echaban de menos en algunos aspectos, estaban muy contentas de no tenerlos ya a su lado. Así mismo, de ese hecho dedujo que más de una y más de dos se habrían divorciado, si en su momento la tal ley hubiera estado en vigor. Puesto que no se habían podido aprovechar de ella, doña Candela concluyó que más bien sentían cierta envidia hacia las que habían podido beneficiarse. Respecto a los hijos, sacó la impresión de que no todas estaban muy satisfechas con los que les habían tocado

y hubieran preferido poder utilizar algún medio anti-conceptivo, –eso, sí, nunca algo tan drástico como el aborto- caso de que en su época de fertilidad estos medios hubieran estado al alcance de todo el mundo, como hoy en día. Doña Candela tuvo la ligera sospecha de que las que más hablaban de las bondades de sus retoños eran aquellas que menos satisfechas estaban con ellos y sus modos de actuar o su posición en la vida.

En cualquier caso, mientras regresaba a casa, doña Candela consideró que si bien no podía investigar más en la vida de la mamá de Adelita, lo que, por otra parte, no merecía la pena, la charla de aquella tarde había resultado muy provechosa para adentrarse un poco más en la vida de sus amigas. Ya ella había considerado que, quizá con cierta imprudencia, había dado mucha confianza a aquellas señoras, sin saber bien con quién se jugaba los cuartos. Con temas como el suscitado por ella, se había abierto una brecha interesante para conocer mejor su personalidad. De manera que decidió que se calentaría los sesos para buscar cuestiones que ampliaran aquel resquicio y le proporcionarían una mejor información acerca de con quién pasaba las tardes del chocolate.

Satisfecha por haber aprovechado aquel tiempo de ocio de manera tan conveniente, llegó a casa de muy buen humor, pero se abstuvo de informar a su marido de las deducciones que había elaborado. Cenó su pavo y su lechuguita y se fue a dormir a una hora prudente con el ánimo sereno y el alma en paz.

Capítulo 10

Una mañana en que doña Candela asistía a su misa diaria, he aquí que entró en la capilla una señora muy alta que, sin que ella pudiera evitarlo, la distrajo de sus reflexiones espirituales.

La recién llegada saludó con una inclinación de cabeza a las que se hallaban en el primer banco y se acomodó al otro lado del pasillo, sentándose con cierta dificultad, pues se apoyaba en un bastón. Aún así, se mantuvo muy erguida hasta el comienzo de la celebración. Hasta ese momento, doña Candela tuvo la oportunidad de observarla con detenimiento. Lo primero que le había llamado la atención era el porte majestuoso de la mujer, su caminar pausado y aristocrático. Lo segundo fueron sus ropas. Vestía una larga falda de buen corte y de apariencia cara, pero no muy a la moda. Así mismo, llevaba sobre los hombros una chaqueta semejante a una levita que se remataba en unas mangas anchas como el kimono de un samurái. Esta prenda tampoco era de moda, pero no resultaba ni anticuada ni estafalaria en quien la portaba. Una vez que se sentó en el banco, pudo ver que en la parte superior de la espalda había un ramillete de flores bordadas sobre la tela de la chaqueta. En tercer lugar y último, le llamaron la atención las botas con hebillas y tacón plano que calzaba. Eran muy modernas, pero quizá más apropiadas para una chica joven. No obstante doña Candela consideró que aunque todo el atuendo era más bien raro o poco habitual, le quedaba bien y se la veía elegante. Posiblemente la extraña mezcla de ropas y el porte de la señora hacían que el aspecto general fuera no sólo aceptable sino incluso admirable.

Como si su vecina de banco le hubiera leído el interés que doña Candela sentía por aquella señora, en un susurro le dijo: La marquesita. Doña Candela se sintió contenta de haber sido tan perspicaz y haber adivinado el carácter noble del objeto de su interés. Sin embargo, decidió que ya averiguaría más tarde lo necesario y se dispuso a prestar atención a las oraciones.

Al volver de comulgar, doña Candela se dio cuenta de que la marquesa –ella no podía llamarla en diminutivo, al menos aún- la miraba fijamente y sintió como sus ojos

se clavaban en su espalda cuando regresó a su banco. En un rápido movimiento, doña Candela pudo llegar a constatar que la marquesa se había vuelto completamente a observarla. Esto en cierta medida la halagó. Que una aristócrata se fijara en ella le caldeaba el corazón, pues en el fondo de él y a pesar de sus tendencias republicanas, a doña Candela todo lo relativo a las monarquías y la aristocracia le encantaba. Posiblemente este gusto estaba relacionado con su afición por la Historia, afición que había sentido desde niña y que la había impulsado a estudiar Magisterio.

Al salir de la iglesia, pudo ver como casi todas las asistentes se dirigían hacia la aristocrática dama, saludándola con deferencia. Inés, su compañera del chocolate, hizo las presentaciones, pero no citó su título sino que la llamó por su nombre de pila; María Luisa. Este exceso de confianza la desconcertó, pero ya se sabe que en estos tiempos los nobles tienen muy poca influencia en la vida en general. Tan sólo son algo más conocidos aquellos que salen en las revistas del corazón, aunque la mayor parte de las veces sea por escándalos amorosos u otras frivolidades.

Hablaron un poco del tiempo, de si ya había comenzado el calor de manera inesperada, de si tal vez la semana siguiente llegaría a llover y algunas naderías más. La aristócrata no dijo gran cosa y se limitó a asentir a las afirmaciones de las demás del corrillo. Sin embargo, no apartaba la vista de doña Candela, mirándola como si quisiera adivinar quién era y a qué se dedicaba.

Unos instantes después, el corrillo se disolvió, cada cual se fue a sus tareas matutinas y doña Candela no pudo interrogar a su amiga Inés acerca de la señora. Se resignó a dejar el asunto para otro momento más apropiado y entró en la carnicería a comprar las costillitas de cordero que tanto le gustaban a don Andrés. Desde que se había permitido criticar al director del Museo, lo notaba distante y como enfurruñado, así que decidió que tocaban costillitas de lechal para suavizar la situación.

Tras sus compras, ordenar la casa, poner una lavadora, se acomodó en su mecedora y, al poco, vio que María Luisa, la marquesita, descendía por la calle frontera, con el bastón en una mano y una bolsa del supermercado en la otra. Le extrañó que una mujer de su rango social no tuviera servicio a quien encomendarle la compra de vituallas, aunque dedujo que quizá era más campechana de lo que su porte dejaba adivinar o, como todas las personas muy acomodadas, desconfiaba del servicio. Es sabido que cuando uno es rico, el servicio tiende a sisar. Posiblemente, María Luisa trataba de evitar este asunto.

Siguiéndola con la mirada vio que entraba en el portal frente a su edificio y eso le obligó a estirar el cuello y permanecer alerta, por si conseguía averiguar cuál era exactamente su vivienda. Unos quince minutos después, María Luisa, aún con sus ropas de calle, se asomó al balcón y empezó a trastear en unas jardineras, llenas de plantas secas, que colgaban de la barandilla. El tercero es su piso, registró en su mente doña Candela.

El balcón parecía sucio y descuidado. Las ventanas estaban polvorientas. Los restos de unas cajas de madera se apilaban en un rincón y doña Candela se acordó de que había mirado hacia aquel lugar varias veces, extrañada de que las persianas estuvieran bajadas siempre y el piso pareciera abandonado. Posiblemente la dueña no había estado en la ciudad, quizá tenía una finca o un chalet en las afueras y no vivía allí más que temporalmente.

El edificio en donde se encontraba el piso de María Luisa era más modesto que el suyo propio y estaba casi todo alquilado a inmigrantes y estudiantes. El hecho de que sus inquilinos no fueran propietarios, lo había hecho envejecer peor. La fachada estaba llena de viejos churretes de los que dejaba la lluvia polvorienta que solía caer en aquella ciudad. Así como en otros edificios, cada vecino pintaba y repintaba sus balcones cada año, en este la mayoría, incluido el de la aristócrata, estaba desconchado y oscurecido.

Mientras pensaba en estas cosas y trataba de buscarle una explicación a por qué aquella mujer noble vivía en un lugar con un aspecto tan descuidado, María Luisa, que había desaparecido de su balcón, regresaba de nuevo, esta vez en ropa de estar en casa, armada con una escoba, un recogedor y una fregona y se ponía a limpiar el balcón concienzudamente. Pase que no mande a la compra a la sirvienta, yo tampoco mando a Gertrudis, pero ponerse a barrer y fregar el balcón es demasiado, y se le pasó por las mientes que quizá no tenía servicio y esto le pareció algo aún más extraño.

Llegó don Andrés de su paseíto y de comprar el periódico y doña Candela abandonó su observatorio y se dispuso a echar en la plancha las costillitas, porque su marido venía hambriento. Se abstuvo de hacer un comentario en el sentido de si no había tenido bastante con la cañita y los calamares rebozados que sin duda se había zampado en el bar de la peña. No quería estropear el posible efecto benéfico que en unos instantes harían las costillitas.

Cuando regresó a su observatorio después de comer a echar una cabezadita, el balcón de enfrente, el del tercero, estaba reluciente. Unas florecillas de colores se

asomaban a las jardineras, los cristales brillaban y habían desaparecido las cajas del rincón, pero estaba cerrado y no se veía sombra de su dueña.

Al llegar la noche, mientras ella encendía una lámpara que tenía sobre un aparador y que daba luz al pasillo, pudo ver que en el tercero había dos habitaciones encendidas, la que tenía el balcón y otra lateral. Como las persianas estaban levantadas pudo observar que los visillos eran finos y con encajes y que tras ellos se adivinaban dos lámparas de araña. Mientras contemplaba, vio una mano que levantaba un visillo, corría la hoja de la ventana y permitía ver el interior de la habitación. Sin duda el calor había obligado a la dueña de la casa a dejar su vivienda a la vista de todos. Al fondo se adivinaba un gran armario ropero, de esos que tienen doble espejo de luna y que recordaba a los modelos de muebles que se llevaban en los años cuarenta. Sin duda ese es el dormitorio, pensó, y consideró que se trataba posiblemente de los muebles que compró al casarse, pues se parecían mucho a los de una hermana suya, la mayor, que se había casado en el cuarenta y dos.

En aquel instante, la luz del dormitorio se apagó y doña Candela pensó que hacía muy bien para evitar que con la luz entraran los mosquitos. La luz de la habitación del balcón se atenuó, porque la araña fue apagada y quedó sólo iluminada por lo que doña Candela supuso sería una lámpara de pie. Parada al inicio del pasillo y mirando fijamente al exterior la encontró don Andrés que, pasando junto a ella, meneó la cabeza pero no comentó nada. Doña Candela pensó para sus adentros que tal vez con las costillas no había sido suficiente y pensó que compraría una dorada para el día siguiente.

Tras comerse su fiambre de pavo y su lechuguita, se puso a ver la televisión, como cada noche. Sin embargo, aunque aquella serie de detectives le gustaba mucho, no pudo concentrarse en los detalles que conducían al descubrimiento del asesino y sus motivos, porque le intrigaba aquella señora aristocrática que vivía en un edificio mediocre, no tenía servicio y se hacía sus propias tareas de limpieza.

Durante algo más de una semana coincidió en misa con su vecina, pero salvo un buenos días y vaya, qué calor, no cruzó palabra con ella. Tampoco vio a Inés ni a alguna otra de sus conocidas para aclarar algo más acerca de ella. La aristócrata parecía seguir teniendo mucho interés en doña Candela, pero no hizo nada por acercarse y entablar una conversación más privada.

El jueves del chocolate, doña Candela, sin saber muy bien por qué, dejó de lado este asunto y, sin embargo, se interesó por otro que no había sido más que un pequeño episodio sin importancia.

Una noche, cuando don Andrés y ella volvían a eso de las once de una velada de teatro que había resultado muy entretenida, toparon junto a su puerta con una mujer aún joven, vestida de manera informal, pero correcta, que se les acercó y les preguntó dónde había una frutería. De manera automática, pese a lo raro de la pregunta a aquellas horas, ambos señalaron hacia un establecimiento que había en la esquina de su casa. Sin saber muy bien cómo, la desconocida entabló una conversación con ellos, les dijo donde vivía y sacó a relucir a un pintor conocido que, curiosamente, tenía una relación familiar con una vieja amiga de los dos. La desconocida ponderó la coincidencia y considerando que era una señal divina, les contó su vida. Su marido la había abandonado y se había fugado con su secretaria. Ella había tenido un grave problema de salud del que aún se estaba reponiendo y, tras el divorcio, había comprado un pequeño apartamento, no muy lejos de allí, pero que, como era de lujo, le salía carísimo. Ella, que era enfermera jubilada por razón de la enfermedad, casi no podía sostenerlo y le habían dicho que esa frutería, que no recordaba exactamente donde estaba, era muy económica. Había salido a dar un paseo, sin pensar en la hora, para ver si la localizaba, porque además al hacer tanto calor, en casa estaba muy sofocada.

Doña Candela, aunque se daba cuenta de que la mujer, muy educada, estaba un poco chiflada, le siguió la corriente e incluso llegó a intercambiar con ella los respectivos números de teléfono. Cuando al fin se despidieron, don Andrés le reprochó que le hubiera dado tantas confianzas a una desconocida, que parecía estar mal de la cabeza. Doña Candela se mostró más compasiva y menos suspicaz y le quitó importancia al incidente. No obstante, el comentario de su marido acerca de algún riesgo que pudieran estar corriendo con aquella mujer, se le quedó rondando por la cabeza y este fue el asunto que sacó en el siguiente chocolate, aunque se trataba de algo que no le interesaba mucho, dejando en cambio de lado el de la marquesita que le provocaba una mayor curiosidad.

Sus amigas, al darles una descripción detallada de la mujer desconocida, casi exclamaron al unísono: Esa es Magdalena. Está como una regadera. Sí que la abandonó el marido, pero de eso hace más de quince años y le dejó una pensión muy buena y un apartamento magnífico en un edificio lujoso que había al otro lado de la avenida.

Además ella es rica por casa. Su padre tenía un montón de fincas y un negocio de muebles que seguro que le rentan buenos dineros todos los meses. Son sólo ella y su hermana. La hermana es farmacéutica y el marido también, así que a ninguno les falta de nada. La pobre Magdalena entra y sale del psiquiátrico, pero por falta de posibles no será.

El asunto de la vida de Magdalena llevó la conversación hacia esos maridos que, al llegar a los cincuenta, se encandilan con una jovencita, haciendo el ridículo, y dejan a sus mujeres. Claro que alguna de las presentes comprendía al marido, porque Magdalena siempre había sido rarita y vivir con una mujer así, cansa muchísimo. Otras, no obstante, argumentaban que uno se casa para lo bueno y para lo malo y que sólo porque estés un poco chiflada, no deberían abandonarte. Precisamente en esos casos es en los que se nota la calidad de una persona y sacaron a relucir la historia de un médico cuya esposa se chaloó, pero del todo, y en cambio él siguió allí al pie del cañón, la cuidaba y la sacaba de paseo. Jamás iba solo a ninguna parte y la tenía mimada como si fuera una chiquilla. Luego, la cosa derivó hacia lo costoso de los divorcios y cómo a más de uno lo habían dejado en la indigencia, pues la mujer se había quedado con la casa, con una pensión para ella y otra para los hijos. Pero, argumentaron que no era el caso de Magdalena, porque si su padre era rico, su marido lo era más y no le dolían prendas de pasarle una jugosa pensión, que jamás le retiró aunque sus hijos ya eran mayores y vivían por su cuenta.

Con toda esta cháchara se pasaron más de cuatro horas, pues al tiempo había que mojar los picatostes y sorber con cuidado el chocolate, que ya se sabe arde. Así que la reunión se disolvió sin que pudieran tratar la cuestión de la marquesa. Inés y Soledad se fueron a encontrarse con sus maridos porque tenían una cena de compromiso y doña Candela, que había pensado interrogarlas de vuelta a casa, tuvo que regresar sola.

Se hizo el firme propósito de emprender sus averiguaciones por sí propia y no esperar más. Al día siguiente abordaría a la marquesa al salir de misa. Pero esta no acudió y aunque se dedicó a observar cuidadosamente el balcón de enfrente y las ventanas no percibió allá ningún movimiento. Así transcurrió completo el fin de semana y doña Candela estaba un poco alicaída, ni las costillas ni la dorada habían surtido el efecto deseado en su marido que continuaba huraño y gruñón y, para colmo, no tenía medio de averiguar nada más acerca de la aristócrata.

Cuando salía apresurada de casa, porque tenía cita en el dentista, doña Candela se dio de narices con la marquesa. Al parecer, esta tenía ganas de hablar. Doña Candela se debatía entre escucharla y aprovechar la ocasión de sacar algo en limpio acerca de ella o perder su cita con el dentista. Finalmente, cuando la marquesa se detuvo a respirar, le dio razón de su prisa y María Luisa le preguntó quién era su dentista. Una vez informada, exclamó, ¡qué casualidad! también es el mío y precisamente voy para allá. Así que ambas siguieron la misma dirección. Al cabo de unos instantes, la marquesa se agarró al brazo de doña Candela y esta consideró aquello como una señal para arriesgarse a iniciar un interrogatorio.

Para darle confianza a su interlocutora y que soltara la lengua, ella misma la informó de su vida y de por qué había ido a vivir a Nicegante. María Luisa, animada por el gesto, le comentó que ella llevaba viviendo muchos años en el barrio, prácticamente desde que se casó. Solía pasar el verano allí y en una finca que tenía en el campo, y el otoño y el invierno se marchaba a Estados Unidos a casa de su hijo, el ingeniero, que estaba allí trabajando en una multinacional. Doña Candela que en una ocasión había visitado Nueva York, le comentó lo magnífica que le había resultado aquella ciudad, aunque confesó que era demasiado grande para vivir allí. Aunque se había pasado media vida en Madrid, aquella otra ciudad tan inmensa, le resultaba poco atractiva para instalarse. María Luisa le dijo que no había estado más que una vez en Nueva York de visita, porque su hijo vivía en uno de los condados de Carolina del Norte, cerca de Springfield. Un lugar muy rural y tranquilo, en donde formaban una pequeña colonia de chalecitos, todos para los empleados de la empresa, y que casi no salían de allí porque había de todo; un mall lleno de tiendas y cines, piscinas y campos de juegos diversos e incluso un picadero donde ir a montar a caballo. Claro que ella no montaba, porque su cadera se lo impedía, pero pasear y salir de compras lo hacía con frecuencia. Tampoco iba allí a la iglesia porque las capillas eran todas de protestantes. Por eso iba a misa a diario cuando estaba aquí para compensar los domingos que no había podido asistir.

Charlando así, llegaron ambas a la consulta del dentista. Primero hicieron pasar a doña Candela y esta comunicó a María Luisa que si quería la esperaba, pero esta se lo agradeció y la informó de que había quedado con unas amigas para tomar el aperitivo. A doña Candela le pareció feo que no la invitara a esperarla y a tomar el vermut con ella y sus amigas. Sin embargo, se conformó pronto y pensó que no podía forzar las

circunstancias. Por otra parte, ella no iba adecuadamente vestida para hacer tertulia con unas señoras que, sin duda, también pertenecerían a la nobleza.

De regreso a su casa, aunque tenía la mandíbula dolorida, iba satisfecha porque había conseguido establecer un cierto vínculo con la aristócrata. El hecho de compartir dentista era, sin duda, un buen principio. La próxima vez podría preguntarle si la habían hecho esperar mucho rato o si le había resultado muy molesta la visita. Tal vez incluso le preguntaría si tenía que seguir yendo a la consulta. Este sería un buen modo de empezar una nueva conversación.

Al cabo de un par de días se encontró en la farmacia con sus amigas Sole e Inés y les comentó como de pasada que había coincidido en el dentista con María Luisa. Sus amigas la informaron de que este dentista, si era Juan Alberto, era sobrino de María Luisa, bueno, de su marido, que en gloria esté. Él tío le pagó la carrera que le costó un sinfín de años, aunque ahora ya estaba muy establecido y tenía buena fama, aunque era un poco carero. Claro que a su tía no le cobra. Doña Candela pensó para sus adentros que con lo que le cobraba a ella, bien podía atender a dos o tres pacientes gratis.

Como estaba informada de la existencia del hijo de América, quiso alardear de sus conocimientos. Pero, sus amigas conocían de sobras la historia y además sabían que se había casado con una americana y que posiblemente nunca regresaría de allá, por eso su madre, si quería verlo y disfrutar de sus nietos, no tenía más remedio que ir a aquel lugar perdido en medio del campo a aburrirse como una ostra. De ahí pasaron a comentar que María Luisa no había tenido mucha suerte en la vida. Su padre era un comerciante propietario de una conocida zapatería y ella era hija única. De vez en cuando, al salir del colegio, iba a ayudar a su padre y allí conoció a un dependiente que tenía, con el que luego se casó. Este aprovechado se quedó con el negocio del suegro y siempre vivió como un príncipe a cuenta del padre de María Luisa, a la que tuvo muy vigilada, porque era muy celoso. Cuando al final dio en morirse, ella todavía era joven, se quedó al frente de la zapatería y le sacó mucho provecho, hasta que la traspasó por un buen dinero. Cuando podía empezar a disfrutar de la vida porque su único hijo ya había terminado la carrera y trabajaba en una multinacional, le mandaron al chico a América y ella se rompió la cadera. Estuvo mucho tiempo en el hospital y salió con aquella cojera que le daba muy mala vida. Menos mal que con lo del traspaso se compró una casita en el campo que le gustaba mucho y allí lo pasaba muy bien.

Doña Candela, con un hilo de voz, preguntó y ¿por qué la llaman la marquesita? Pues, hija, porque ese era el nombre de la zapatería, no creerías que era de la nobleza. Y estallaron en carcajadas.

Cuando volvió a su casa, preparó la comida de su marido y, argumentando un fuerte dolor de cabeza, se tomó una aspirina y se fue a la cama sin comer. Algo más repuesta, al atardecer salió a su atalaya a regar las pilistras y vio cómo María Luisa, desde su balcón, agitaba la mano en un saludo, pero fingió estar muy atenta a las plantas y no se lo devolvió.

Capítulo 11

Por fin llegó de nuevo el verano, y los esposos, después de pasar unos días en la playa, se fueron a su casita del campo, cediéndoles el lugar a los inquilinos que les iban a costear el veraneo.

La sustitución del huerto por una piscina bastante espaciosa había sido un acierto. Doña Candela, mientras llegaban los hijos y nietos disfrutaba mucho de ella, dándose sus chapuzones de mañana y tarde. El albañil que les había hecho la obra resultó ser un personaje sumamente útil ya que, al ser del pueblo, conocía a todo el mundo y les proporcionó una asistenta que venía un día por semana y le evitaba los trabajos pesados de la casa. También los puso en contacto con el panadero, el carnicero y una tienda de ultramarinos en la que se vendía pescado fresco una vez por semana y sólo había que llamarles por teléfono y traían la compra a casa. Doña Candela estaba, pues, muy descansada y se dedicaba a leer novelas policíacas que su marido le traía de la papelería donde compraba el periódico.

Con los baños matinales y vespertinos, preparar una ligera comida y leer, aún le sobraban muchas horas y como no había nadie a quien vigilar, decidió que sería bueno hacer algo más de ejercicio. Así que, cada día, cuando bajaba el calor por la tarde, salía a dar un paseo por los alrededores. Raramente la acompañaba su marido, ya que este había encontrado un grupito de jubilados veraneantes que se reunía en el bar de la plaza de la iglesia y, dando una vueltita, se dejaba caer por allá y no regresaba hasta la cena.

Doña Candela elegía cada día uno de los cuatro rumbos y se adentraba por una senda diferente. Así descubrió que lo que en tiempos de sus suegros había sido una vega baja, poblada de pequeñas explotaciones agrícolas y ganaderas, se había ido convirtiendo en una zona residencial, más o menos. La mayoría de las casas eran modestas y conservaban buena parte de los plantíos y frutales originarios, lo que las hacía invisibles desde la carretera o desde los caminos. Sin embargo, aún descubrió alguna otra casa con más pretensiones.

Entre ellas, le llamó la atención una de dos plantas, con grandes balconadas de balaustradas románticas y una gran escalera doble que descendía hacia un cuidado jardín, en el que también había una piscina. Al principio le pareció que se trataba de un invernadero, pues tenía una cubierta de plástico rígido en forma de bóveda. Pero al fijarse vio los reflejos del agua que irisaban el material transparente. La bóveda tenía una puerta en cada extremo y una especie de alas que se levantaban a intervalos en los laterales, sin duda para dejar correr el aire.

Como estaba entretenida observando el lugar, no percibió que alguien llegaba por el lado contrario del sendero y se sobresaltó cuando la persona que se acercaba hizo crujir con sus pisadas unas ramas secas del suelo. Al volverse se topó nada más y nada menos que con su pretendida aristócrata. Allí estaba María Luisa con un vestido ligero y tocada con una gran pamelita, siempre apoyada en su bastón y con su leve cojera.

Pero, ¿qué haces tú por aquí – exclamó María Luisa-, a lo que azorada, doña Candela replicó; tenemos aquí cerca una finquita muy maja que heredó mi marido de su padre. Inmediatamente, lamentó haber dado tantas explicaciones y no haber respondido con un ¿y, tú?

Sin prestar mucha atención a la cara de doña Candela, su aristocrática amiga la invitó a pasar. La fue guiando por el jardín, le enseñó la casa, que, sin duda, aunque un poco ostentosa, era magnífica y estaba decorada con gusto y comodidad y, finalmente, le habló de su piscina cubierta. La había hecho así porque ella, por su cadera, no podía meterse en agua fría. Tenía un sistema que la caldeaba en invierno, y en verano, con los rayos del sol dando sobre la cubierta de plástico, se mantenía el agua a más de veintiséis grados.

Doña Candela se aventuró a preguntar para qué quería aquel sistema de calentar el agua en invierno si en esa época estaba en América con su hijo. A lo que esta replicó: No hija, eso es lo que le digo a todo el mundo, que me voy con mi hijo, pero yo me paso aquí todo el invierno. Sólo voy en otoño a América unos quince o veinte días. Mi nuera es bastante especial y en aquel lugar, además, no hay mucho que hacer. Eso sí, es muy sano y tranquilo para los niños. Pero para los mayores, la única diversión es ir al mall a ver una película o juntarse con los vecinos a beber y jugar al póker los viernes por la noche. Como comprenderás no estoy para esas cosas. Yo me vengo aquí, me doy mis baños de agua calentita que me sientan muy bien, paseo, arreglo el jardín, hago mis

comiditas y leo o pinto, que me gusta mucho, y estoy la mar de tranquila. En confianza te diré, y espero que me guardes el secreto, que tengo un amigo de invierno.

Doña Candela se quedó pasmada, pero, sin pensarlo dos veces, prometió solemnemente guardar el secreto. Aún así, quiso saber más de aquel amigo.

Pues verás, mi padre quería que yo mantuviera el negocio; la zapatería La Marquesita. Ya sabes que en el barrio me llaman así. Ellas creen que no lo sé, pero lo sé desde que tenía quince años y ya ha llovido. Bueno, lo que te decía, mi padre quería que continuara con el negocio y por eso, prácticamente, me arrojó en los brazos de mi difunto, que en paz descanse, que era su dependiente de confianza. El bueno de mi padre no estaba muy seguro de que yo fuera capaz de mantener lo que él con mucho esfuerzo había creado. La verdad es que el hombre se frustró mucho al saber que yo era una niña y que mi madre, después de un parto difícil, no podría tener más hijos. Así que decidió que lo mejor para todos era que me casara con el dependiente. A mí no me gustaba, pero no quise disgustarle. En aquella época, yo estaba encandilada con un muchacho que estudiaba donde los frailes. Ya sabes que el colegio de los frailes está frente por frente al de las monjitas al que yo fui. El muchacho me esperaba a la salida y me acompañaba a casa. Pero un día destinaron a su padre a Oviedo. Era militar y me quedé destrozada. Aún nos escribimos unos meses, pero ya se sabe que a esas edades es difícil mantener una relación. Así que aquello se fue apagando y, finalmente, acepté casarme con Anselmo, el dependiente. Muy pronto tuve a mi hijo. Mi marido era un pelmazo, sin gracia ninguna y sólo interesado en vivir bien y en estar en la zapatería. Unos años después, empezó con achaques al corazón y como no se cuidaba, aquello fue a más, hasta que cascó. Fue una liberación, siento decirlo así, pero es la verdad. El caso es que mi padre estaba muy mayor, con la cabeza perdida, y yo me hice con el negocio y lo hice florecer. Cuando mi hijo terminó la carrera; muy bien, porque era un buen estudiante, yo consideré que había trabajado ya más de la cuenta, traspasé el negocio y me compré este terrenito y me hice la casa que ves. Contraté a un arquitecto que me presentó un conocido un verano y que, aunque viene mucho por España es y vive en Alemania. Había tenido un amor loco de juventud y se quedó muy escarmentado. De manera que aunque es mayor que yo, un par de años, nunca se casó. Al conocernos y discutir cada detalle de la casa, intimamos, y de ahí a vivir un romance que aún dura hubo un par de pasos solamente. Como él sigue trabajando en Alemania, pero tiene un estudio muy reconocido, se marcha en invierno porque ya no soporta aquel frío. Se pasa

aquí conmigo dos o tres meses. Yo, cuando me voy a América, de regreso, me doy una vuelta por su casa. Tiene una casa preciosa en medio de un bosque. Paso allí otros dos meses. Luego, nos venimos juntos y estamos hasta que tiene que marcharse. Entonces suelo pasar unas cuantas semanas por el barrio y me vuelvo para acá. Quizá te preguntes por qué no nos casamos, pues tanto él como yo estamos libres. La verdad es que no lo sé y me lo he preguntado yo misma muchas veces. Pero esto de que sea algo clandestino le da mucho encanto a nuestra relación.

Además, me da una especie de risa interior el hecho de que las cotillas del barrio no sepan nada de mi vida, cuando creen que se la saben de memoria. Por eso te pido que no cuentes nada de esto. Será un secreto entre las dos. Es posible que te dieras cuenta de que, al conocernos, yo te miraba con mucho interés. Me pareció, nada más verte aquel día en misa, que eras una persona muy perspicaz y que, no sé, casi me dio la impresión de que podías leerme el pensamiento.

Aquella declaración hizo que doña Candela se relajara y pensara que María Luisa era una mujer especial, aunque no fuera de la nobleza. Sin duda era alguien fuera de lo común y su amistad podría ser muy agradable. María Luisa añadió; mira, me pareció que tienes un sexto sentido para calar a la gente y yo te puedo poner al día de la vida y milagros de nuestras vecinas del barrio. He sabido que te reúnes de vez en cuando con Doña Matilde y su pandilla. De esas sé cosas que te pondrán los pelos de punta. A mí me encanta observar, sin ser observada, y creo que a ti también. De manera que nos lo podemos pasar muy bien juntas.

Doña Candela no podía creer que de repente hubiera encontrado un alma gemela y se sintió obligada a revelarle que la había tomado por una aristócrata, por lo de la marquesita. No me digas, yo también pensé en cuanto te vi que eras una profesora de la Universidad y luego averigüé que eras maestra, pero no iba yo desencaminada. Ambas se echaron a reír y se prometieron amistad eterna.

Más tarde que de costumbre, doña Candela regresó a su casa y no comunicó más que muy vagamente y sin entrar en detalles el magnífico hallazgo que había hecho. Pero aquella noche se la pasó casi en vela tratando de imaginar qué aspecto tendría el arquitecto. En su paseo por la casa se había fijado en que no había fotografías por ninguna parte y eso le llamó la atención. Como habían quedado para dar su vueltecita juntas por el campo, finalmente se durmió tranquila porque se lo podría preguntar al día siguiente.

Estuvo impaciente y desasosegada todo el día, esperando el momento de salir con María Luisa a explorar los alrededores. Por fin, se encontraron junto a la verja de entrada al casón de María Luisa y escogieron caminar en dirección sur. La vereda por la que iban era ancha y despejada, algo más empinada que otras. A la vuelta de un recodo, se toparon con una casa bastante grande, toda pintada de amarillo yema de huevo y con los cercos de las ventanas de color añil. Candela le preguntó a su amiga si sabía de quién era la casa y esta la informó de que era de una antigua familia del pueblo. Había sido una casa de labor en tiempos, pero los hijos, al heredarla, vendieron las tierras y dedicaron la casa, no sin antes discutir y pelearse mucho entre ellos, a alojamiento rural. Una nieta llevaba el negocio y al parecer le iba muy bien. Tenían caballos y si se encontraba con algún jinete o varios por los caminos esos eran los veraneantes que aprovechaban para hacer excursiones.

Siguieron andando y Candela observó que un poco más arriba de la casa rural, al pasar por otra casa que tenía adosada una nave en la que se oía el revoloteo y cacareo de pollos o gallinas, María Luisa dentro de sus posibilidades, aceleró el paso. Candela, casi sin resuello, le pidió que fuera más despacio, pero María Luisa le hizo gesto de que avivara y se puso luego un dedo en la boca, mandándola guardar silencio.

Superada la granja de los pollos, María Luisa se paró sin aliento y le confesó con voz entrecortada que no quería por nada del mundo encontrarse con alguno de los habitantes de la casa. Entonces le contó la historia de aquella familia. Eran tres varones, hijos de un matrimonio de mediana edad, y los tres trabajaban con su padre en la granja. Comercializan los pollos y los huevos y tienen fama de buenos comerciantes. El segundo de los hijos, tiene una carrera universitaria, pero le gusta más la granja que mediar en pleitos. El caso es que estos muchachos, al ponerse a trabajar con el padre, han copado el negocio de los pollos y los huevos de la zona. Eso ha hundido en parte a otra explotación que está según se sale de mi casa a la derecha. Candela asintió, ya que conocía la granja aquella, pues vendían pollos también a quien pasara por allí, a muy buen precio. El granjero tiene tres hijas. Las tres solteras porque son bastante feúchas y adustas. Candela también confirmó este extremo. Una de ellas, la mediana, se ve que decidió que como sus vecinos les estaban hundiendo el negocio, lo mejor sería intentar pescar a alguno de los hermanos y, así, casándose, reunir las industrias. Convenció a sus hermanas y cada una de ellas se lanzó a la conquista de uno de los hermanos, por orden de edad. La mayor y la pequeña fracasaron en el intento. La mediana, un poco después,

también. Los muchachos, un día en el bar, contaron cómo los habían perseguido las de Pascual, que así se llama el padre, y se rieron de lo feas que eran y de lo antipáticas. Este comentario les llegó a oídos a las muchachas, ya sabes cómo son en los pueblos. La mediana, entonces, decidió ponerle una denuncia al mediano de los muchachos por intento de violación nada menos.

Como el chico no sabía nada del asunto, hacía su vida normal, y los guardias vinieron y lo sacaron de su casa casi a medianoche. Se montó un gran revuelo en Villa de los Caballeros, fue la comidilla durante un par de meses. El acusado de violador, como es abogado, ya en el primer interrogatorio ante el juez aportó las pruebas que demostraban lo imposible de la acusación. El día que la chica decía, había ido a la capital con el chófer de la camioneta frigorífica a entregar pollos en una fábrica de caldos, de manera que tenía coartada. La chica, además, cuando la interrogaron se confundió y dijo fechas y lugares distintos. En fin, que todos sospecharon que era una venganza. La cosa es que el muchacho está en libertad provisional, trabajando igual que antes y a la espera del juicio. En mi opinión lo tiene ganado y desde luego las feas, después de ver cómo se las gastan, no encontrarán marido en la zona ni aunque a su padre le salgan los millones por las orejas. La madre de los muchachos era compañera mía del colegio y cada vez que me ve, me llora y me vuelve a contar lo malas que son las mujeres y cómo han tratado a su pobre hijo. Ya he oído pacientemente esa historia unas seis veces y no estoy dispuesta a oírla una vez más. Cuando paso por allí, parece que me huele y sale a darme la lata con el asunto, que, por otra parte, no pasará de un disgusto y de una cosa fea, pero al muchacho seguro que no le pasa nada.

Ya ves que aquí, en mitad del campo, también pasan cosas dignas de interés. Otro día te cuento la historia de los de la casa rural, porque esa también es interesante. Así charlando, María Luisa depositó en su casa a Candela y siguió su camino a pesar de las protestas de esta de que entrara a conocer su casa. Con la promesa de que al día siguiente sería ella quien la recogería para dar su paseo y antes vería su casa y su piscina, se despidieron.

Candela había recuperado la confianza en la humanidad. María Luisa era una fuente de informaciones de lo más competente. Conocía a todo el mundo y con ella tenía la mitad del trabajo hecho. En cuanto se fijara en alguien, le iría a pedir datos a ella y ese, además, sería otro precioso secreto entre ambas.

Cuando llegaron los chiquillos y sus padres a pasar sus vacaciones, doña Candela consideró que con la piscina ya estaban todos suficientemente entretenidos y que ella podía seguir con su vida, sus paseos y sus averiguaciones.

El mes de agosto y parte de septiembre pasaron en un vuelo y doña Candela consideró que aquel había sido uno de los veranos en el campo más placenteros y lleno de satisfacciones. Además, sin contar el gasto de la piscina, que casi había salido gratis, habían ahorrado mucho. Se volvió pues, a la capital con el ánimo esponjado y dispuesta a preparar su estancia en el balneario.

Capítulo 12

Una tarde se sentaron La Marquesita y doña Candela en el mirador de esta última a rememorar sus andanzas del verano. De una cosa a otra, su atención recayó en un tipo que venía por la acera del hospital. Llevaba unos pantalones cortos, una camisa de corte sahariano, sandalias y calcetines. Ambas exclamaron casi al unísono: ¡Vaya facha! La Marquesita inició un comentario relativo a cómo puede haber mujeres que dejen salir a la calle a sus maridos de esa guisa, pero se interrumpió y deshizo la frase que estaba componiendo, cortándola con un ¡anda, si... es don Fulgencio! Doña Candela se ajustó las gafas sobre la nariz y, al tiempo que preguntaba ¿qué don Fulgencio?, afirmó también, ¡hala, el cura del pueblo!

Ambas se aproximaron al alféizar del balcón para mejor divisar al paseante y constataron sin lugar a dudas que se trataba de aquel hombre. Se miraron con un gesto de asombro y, sin que mediara palabra entre ellas, quedaron de acuerdo en que habría que averiguar más cosas de aquel ser humano tan peculiar. Decidida la misión a la que dedicarían su tiempo en los próximos días, y quién sabe si meses, tomaron su té de la tarde, charlaron de otras cosas, en particular de la vecina que se asomaba al tendedero de doña Candela y que se atrevía a saludarla luego por la calle y así dieron lugar a que el sol se pusiera y la reunión se disolviera.

El teléfono sonó y doña Candela, abandonando su refrito, se apresuró a descolgarlo. Al otro lado sonó la jovial voz de La Marquesita. Después de unas cuantas protestas afectuosas, tras un par de semanas de no verse, María Luisa informó a su amiga de que tenía noticias importantes que comunicarle acerca del estrafalario sacerdote del pueblo. Doña Candela que había pasado ese tiempo intentando averiguar sin éxito, a través de una prima de su marido que vivía en el pueblo, algo acerca de aquel singular individuo, pensó para sí; lo que esta no consiga, no lo consigue nadie, y rápidamente concertó una cita con ella, para ponerse al día de sus noticias.

Ambas amigas se encontraron en una concurrida cafetería a la que por las tardes solía acudir una pléyade de señoras, todas por encima de los sesenta años, que se

apoltronaban durante horas en los cómodos asientos, con un té, una manzanilla o un café descafeinado –para no perder el sueño.

Escogieron una mesa discreta del fondo del local, con el fin de tener las entradas y salidas controladas, y, al mismo tiempo, no ser vistas al primer ojeo. Una vez que el camarero les trajo ‘lo de siempre’, lo que las hizo sentirse como clientas importantes, doña Candela colocó un ‘bueno, qué’ que sirvió a su compañera para entrar en detalles del asunto que las había convocado.

Sin perdernos en los prolijos detalles que María Luisa introdujo en su relato, entre los que se encontraba un repaso exhaustivo a la vida de las fuentes que había consultado, informó a su amiga de que el tal don Fulgencio, procedente de un pueblo de la región, sólo llevaba en el lugar como coadjutor unos seis meses. Este hombre intentó en su momento estudiar para cura, pero sin que se supiera muy bien qué tipo de infracción cometió en sus días de seminarista, lo cierto es que lo habían expulsado del seminario sin concluir sus estudios eclesiásticos. Ahí no quedó la cosa. Consiguió por tres veces que lo readmitieran y otras tantas lo volvieron a expulsar. Con ello se le pasaron al buen hombre unos cuantos años, los propios de la formación y la búsqueda de empleo. De manera que, cuando salió definitivamente de la institución eclesial, estuvo un tiempo dando tumbos y trabajando en las cosas más variadas; fue ayudante de un ebanista, cajista en una imprenta, funcionario interino de un organismo público y, finalmente, profesor contratado en un instituto de enseñanza media, para impartir religión.

En este último empleo conoció a una joven viuda muy devota, a la sazón catequista de la parroquia, con la que se dedicó a organizar campamentos de verano para los niños y jóvenes que estaban recibiendo sus catequesis. En eso se pasó varios años y fue captando la atención de otros feligreses del lugar, en su mayoría señoras, a las que organizaba para hacer cenas benéficas, rifas o ventas de todo tipo, con el fin de allegar fondos para becar a los muchachos que no podían costearse los campamentos. Poco a poco aquel hombre, entonces algo más que un muchacho, se convirtió en imprescindible en todas las actividades de la parroquia. Un buen día, hablando con su amiga la viuda, esta le informó de que un primo suyo, obispo en una lejana diócesis de América latina, llegaría en unos días y le pidió el favor de que lo acompañara en sus diversas visitas. Fulgencio que sentía debilidad por los altos cargos eclesiásticos, aunque jamás se atreviera a confesarlo ni bajo tortura, pues más bien aparentaba cierto

desdén hacia ellos, accedió gustoso e incluso puso a disposición del obispo su destartalado vehículo.

Obispo y frustrado aspirante al presbiterado hicieron sus visitas y aprovecharon el tiempo libre para conocerse mejor y estrechar lazos. De aquella amistad surgió el compromiso de Fulgencio de marchar a la lejana diócesis de su amigo el obispo a colaborar con él durante las vacaciones escolares de verano. Transcurridos unos cuatro o cinco años del inicio de aquella relación y tras ver lo eficiente y trabajador que era Fulgencio, el obispo primo de la viuda le ofreció ordenarlo sacerdote. Así fue como, al cabo de un montón de años y ya pasada la cuarentena, Fulgencio se convirtió en sacerdote. El obispo le puso la condición de que si se ordenaba, debería servir a la diócesis. Fulgencio, que no tenía sino su modesto puesto de profesor de religión en un instituto, ni más ingresos o fortuna que los que se derivaban de ese cargo, aceptó el reto, máxime cuando el obispo le ofreció convertirlo en el rector de una escuela preparatoria para el seminario diocesano, a la que irían a parar los aspirantes de un territorio que abarcaba más o menos como media España.

Tras su ordenación y meteórico nombramiento, Fulgencio se vio dirigiendo a una cincuentena de muchachos indígenas, cuya ignorancia no ya cultural o de conocimientos, sino de las costumbres y modos de vida occidentales y avanzados, era nula. Él les enseñó a calzar zapatos, a usar las regaderas, que es como llaman por aquellas tierras a las duchas, a comer con cubiertos y a hacer sus necesidades en un lugar adecuado y diferente de la selva. Aprovechando sus conocimientos como aprendiz de ebanista construyó las mesas y bancas de las aulas, los armarios de las habitaciones, las estanterías de la pomposamente llamada biblioteca, en fin, hizo una gran labor y comenzó a adquirir una fiebre constructora muy notable. Impulsado por ella, creó un centro de reunión para mujeres y otro para ancianos. Un taller de mecánica del automóvil para los jóvenes, un taller de costura para las muchachas y una escuelita parroquial para reunir a los más pequeños por la tarde y enseñarles la Historia sagrada.

Desempeñando todas estas tareas pasó Fulgencio una decena larga de años. Conseguía fondos de los feligreses de la parroquia donde había colaborado y gracias a ellos pudo llevar adelante todas sus fundaciones y construcciones. Cuando ya se veía abocado al cargo de rector del seminario, hete aquí que su amigo el obispo enfermó gravemente y la conferencia episcopal decidió, en su ausencia, recolocar a todos los aspirantes al seminario en otra diócesis en donde ya funcionaba una casa de estudio.

Fulgencio, al conocer la noticia, vio que su cometido quedaba desbaratado, ni los talleres, ni las catequesis eran suficientes para sus aspiraciones y, de la noche a la mañana, decidió regresar a la patria, abandonando todo lo que había iniciado allá. Los edificios, los muebles y la mayoría de los fondos de la biblioteca se arruinaron o sirvieron para encender las estufas. Algunas de las construcciones fueron ocupadas por vecinos del lugar o por inmigrantes de otras zonas y usadas como viviendas. En fin, lo que había costado tanto dinero y esfuerzo desde la lejana parroquia se vino abajo y Fulgencio hizo las maletas y buscó acomodo en la diócesis de la que era originario. Aún así la suerte lo acompañó y fue a parar a la iglesia del pueblo como coadjutor de un cura anciano, de manera que se convirtió en el dueño y señor de la iglesia y del pueblo. De aquella manera logró, por fin, ser el jefe de algo.

Sin embargo, los años pasados en aquella lejana tierra, a la que la civilización occidental llegaba a duras penas y más en lo superfluo que en lo esencial, dejaron sus huellas en él, en sus costumbres, sus modos de vestir y, en particular, en su salud. Años de sufrir de la malaria, sin un tratamiento adecuado, le dejaron el hígado hecho polvo. Años de muelas cariadas, sin acudir a un dentista en condiciones, le hicieron estar mellado. Su vista, por la falta de fluido eléctrico y la costumbre de leer a la luz de una vela, se resintió y los esfuerzos de hacer muebles y acarrearlos le dejaron el recuerdo de un lumbago intermitente. Aunque aún no había cumplido los sesenta años, era una ruina en muchos aspectos y, sobre todo, estaba resentido con su suerte. Esto le hacía ser distante y desconfiado. La falta de seguridad en sus fuerzas y en particular la conciencia de que sus capacidades no eran suficientemente apreciadas por la jerarquía, lo volvieron huraño y solitario y le produjeron una especie de timidez que trataba de paliar vistiendo de manera poco común, como si con ello quisiera imponer su presencia y provocar a los que le rodeaban.

Estas deducciones sobre la personalidad peculiar de don Fulgencio las hicieron la Marquesita y doña Candela analizando cuidadosamente los datos que aportaba María Luisa y contrastándolos con las informaciones sueltas que había recibido. Llegaron a la conclusión de que en quienes lo trataban se producían reacciones encontradas; unos lo adoraban y casi lo consideraban un santo, mientras que otros, ciertamente la mayoría, pensaba que era un tipo engreído, de modales deplorables, y muy autoritario.

Más de tres horas se les pasaron en el debate del asunto y no llegaron a ninguna conclusión. Por eso se confabularon a prolongar el siguiente verano sus paseos hasta el

pueblo, asistir a la misa vespertina y observar al sujeto por sí mismas. Consideraron este punto cuidadosamente y finalmente hallaron una solución al inconveniente de tener que regresar a pie, ya tarde, si empleaban este método. Don Andrés, que no era muy amante de caminar, solía coger el coche para ir a reunirse en el bar con sus amigos de la partidita y ellas dos, tras la misa, podrían muy bien regresar con él, cómodamente en el vehículo. Resuelto este último punto de logística, quedaron emplazadas para una tarea importante que sin duda les llenaría el próximo verano.

No obstante doña Candela estaba un poco deprimida. El barrio se le quedaba cada vez más pequeño y sin estímulos suficientes para sus observaciones, ya que María Luisa la había ido poniendo en antecedentes de casi todas las historias interesantes que allí se daban. Además se acababa de marchar a casa de su hijo, para luego pasar unos días con su novio el arquitecto, de manera que esperar sola todo el invierno y la primavera sin un objetivo al que dedicar sus cualidades y dotes de observación se le hacía muy largo.

Hete aquí que, unas semanas después, cuando ella estaba preparándose mentalmente para ir a pasar las vacaciones de Navidad, repartiendo su tiempo entre las casas de sus hijos, le llegó la noticia de que estos se habían puesto de acuerdo para disfrutarlas con sus hijos en Disney World en París, en las fechas más señaladas. Aunque les insistieron mucho en que se sumaran, ellos, sospechando que la broma les saldría muy cara, decidieron que esos parques de atracciones son para la gente joven y que no estaban ya para esos trotes.

Doña Candela, en medio de su falta de ánimo, sacó fuerzas de flaqueza y pensó que quizá sería una novedad pasar las vacaciones de Navidad en el pueblo. Por otra parte, si averiguaba más cosas acerca de don Fulgencio, llevaría ventaja cuando regresara María Luisa y podría ponerla al día de detalles que ella sin duda ignorase. Convenció a su esposo de que sería bonito alejarse del bullicio de la ciudad en aquellos días y disfrutar de la paz del campo, calentitos en torno a la chimenea. Por otra parte, al no viajar ni tener que comprar regalos para los nietos, sino mandarles algún dinerito, ahorrarían bastante y descansarían.

Allá se fueron, cargando con mantas y la ropa de abrigo, cebaron la chimenea, pusieron unos radiadores en su dormitorio y en el cuarto de baño, y a los dos días la casa estaba suficientemente caliente como para no tener que ir vestidos de esquimales. Doña Candela esperaba con impaciencia la misa del gallo para observar al peculiar

curita. Allá fueron, pero quien ofició fue el anciano párroco. Otro día, pretextando unas compras, doña Candela se dirigió a la iglesia a la hora de la misa de la tarde, pero ni rastro de don Fulgencio. La cosa se repitió varios días y doña Candela pensaba que al cura se lo había tragado la tierra. Llegada a este punto, no tuvo más remedio que comentar el asunto con la prima de su marido. Esta, sorprendida de que no le hubiera llegado a oídos la historia, la informó de que el tal don Fulgencio, que en su expresión era más raro que un perro verde, había tenido que salir del pueblo porque se habían formado dos bandos irreconciliables que a punto estuvieron de arruinar las fiestas patronales.

Don Fulgencio había traído consigo de América a un muchachito de unos quince años, con pinta de indígena, que vivía con él en la casa parroquial. Unos decían que era hijo suyo y de una india, lo que era un muy mal ejemplo y causa de escándalo para muchos. Otros decían que no, que sabían cuando había ido para allá y que el muchacho era demasiado mayor para ser hijo suyo. Finalmente, un tercer grupo consideraba que si no era su hijo, lo que habría sido bastante malo, mucho peor era que un hombre mayor viviera con un mozalbete y que a saber qué relación había entre ellos.

Esta historia parece que llegó a oídos del obispo y llamó a don Fulgencio a una entrevista, pero este parece que no acudió a esclarecer cuál era su situación con el muchacho, sino que desapareció del pueblo una noche y no se ha sabido más de él. Doña Candela, repasando mentalmente sus datos, comprendió que acababan de suceder estos hechos cuando lo vieron pasar bajo su balcón y se preguntaba si no estaría buscándolo en el lugar equivocado. ¡Mira que si vive en el barrio! Se dijo y le entraron muchas ganas de volver a casa.

Terminadas las fiestas, pues no había excusa para regresar antes, el matrimonio volvió a la capital. Doña Candela tuvo que salir apresuradamente a reponer su despensa. Acababan de inaugurar un nuevo supermercado, con grandes ofertas, muy cerca de su casa, de manera que allá se encaminó con su lista de la compra.

Mientras estaba calibrando qué clase de manzanas y cuántas se llevaría, una voz conocida a sus espaldas la hizo volverse. Allí estaba don Fulgencio, ataviado con un pantalón rojo, una chaquetilla blanca como de camarero y un gorrito ridículo en la cabeza, con el emblema de una conocida marca de quesos, ofreciéndole una degustación de trocitos de un tipo especial que estaba en lanzamiento. Mecánicamente doña Candela

cogió el trocito que le ofrecía y se lo llevó a la boca. No tuvo que abrirla, porque de la sorpresa se le había caído la mandíbula.

Capítulo 13

Los meses del invierno pasaron lentos y cargados con una cierta nostalgia. Doña Candela estaba desganada, apática y con una sombra de hastío. El vendedor de quesos seguía en su puesto, aunque a ratos prestaba sus servicios en la frutería o reponía artículos en los anaqueles. Pero había dejado de ser objeto de su interés. María Luisa seguía en Alemania y no se preveía que regresara en algo más de dos meses. El barrio era tan tranquilo y sus habitantes tan normales que, salvo algún comentario sobre embarazos, partos con cesárea o alumbramientos de mellizos deslizado en los ratos que pasaba en la peluquería, nada más atraía su atención. Por otra parte, desde que había iniciado su intimidad con María Luisa había perdido parte del contacto con sus amigas de los jueves y estas, engolfadas en sus propios intereses, tampoco habían hecho nada por recuperar las relaciones. Sus tertulias, además, ya casi no le aportaban a doña Candela ninguna información digna de interés.

Con el frío, las personas que pasaban por la calle, enfundadas en sus abrigos y bufandas, con la cabeza gacha y a paso rápido, apenas le proporcionaban algún indicio que moviera su curiosidad. Por esta razón doña Candela, aunque seguía con su ritual de sentarse en su cierro a contemplar la confluencia de calles, no hallaba en aquel espacio ningún estímulo para salir de aquel estado de ánimo deprimido. Don Andrés no se percataba del mutismo de su esposa ni tampoco de cómo en ocasiones, cada vez más frecuentes, se paseaba por el pasillo sin una intención aparente, lo que le daba la apariencia de un oso polar perdido en su pequeño territorio del zoológico.

En cualquier caso, si por azar don Andrés se hubiera dado cuenta del estado de ánimo de su esposa, ella no hubiera podido justificarlo, confesándole que no tenía a ninguna víctima a la que espiar. Jamás hubiera podido reconocer que una de sus razones de vivir, quizá la más importante, era la de fisgar en las vidas ajenas, aunque ella lo llamara su poder de observación.

En este mundo, como saben muy bien los filósofos de todos los tiempos, nada es eterno; todo es perecedero. Esta realidad universal e incontestable fue la que vino a

salvar a doña Candela; no hay aburrimiento que cien años dure. Una tarde, al salir de misa se tropezó con una conocida del pueblo de su marido, de nombre Ana. Esta era una mujer de mediana edad, con una cara vulgar, a no ser por un cierto halo de tristeza permanente que se acompañaba con un toque de ensimismamiento. Aunque doña Candela dijo un hola que era más bien un adiós, la tal Ana la detuvo y saliendo de su característico aire de ausencia y mostrando un ardor que resultaba hasta extraño y sin duda sorprendente, entabló con ella una conversación que puede resumirse como sigue: Se alegraba mucho de encontrar a doña Candela y estimaba que era un encuentro providencial, ya que en poco tiempo esta podría hacerle un gran servicio que sin duda no se negaría a prestarle.

Como doña Candela pusiera cara de interrogación, mientras trataba de imaginar qué clase de servicio podría prestarle a aquella mujer triste, con la que jamás había cruzado más palabras que buenos días o buenas tardes de cortesía, esa expresión debió invitar a Ana a exponer sus propósitos y el asunto para el cual requería el apoyo de su interlocutora. Para comprender cuál era la naturaleza del servicio, sin embargo, debemos remontarnos a algo más de cuarenta años atrás.

Al comienzo de su matrimonio, don Andrés estuvo destinado en su pueblo y doña Candela fue maestra en la escuela del lugar. En aquella época, tenían poco dinero y consideraron que sería un gran ahorro vivir en el pueblo en una pequeña casa que había sido la de la abuela y en la que aún vivía la madre de don Andrés. La casa tenía dos plantas. El matrimonio y la suegra vivían en el bajo y un primo de don Andrés, llamado Eufrasio, vivía en la planta superior. Este Eufrasio era agricultor, bastante bruto y feo. Lo de feo no es una afirmación sin más. Era algo en lo que coincidía todo el mundo; cómo era posible que siendo don Andrés y Eufrasio hijos de dos hermanas fueran tan distintos. El uno era bien plantado, de rostro regular, con abundante cabellera y unos hermosos ojos negros. Mientras que su primo era bajito, de piernas cortas y un tronco desproporcionado a lo ancho y a lo alto, con una gran cabeza de pelo ralo, la nariz como si se la hubiera roto un boxeador y los ojos claros y aguados.

Si físicamente eran muy distintos, no lo eran menos de carácter, aficiones y dedicaciones. Eufrasio nunca fue capaz de estudiar, hablaba mal, empleando expresiones incorrectas que era incapaz de corregir, era un solitario y andaba siempre ensimismado. Mientras que don Andrés, además de tener un físico agradable, era un hombre cordial, con labia, y, si no un intelectual, al menos un hombre ilustrado. Este

hizo su carrera y fue ascendiendo en el escalafón. Aquel no fue capaz de acabar la escuela y se dedicó a la agricultura.

Pero la vida da muchas vueltas. No se sabe cómo a Eufrasio le dio una temporada por irse a la capital, antes incluso de que don Andrés consiguiera alcanzar los suficientes puntos para tener allá un destino. Allí pasó varios años, cuando don Andrés se marchó por fin a Madrid, Eufrasio regresó al pueblo, vendió la casa, incluida la parte de su primo, mediante una pequeña trampa en el registro, y con el dinero montó una serie de invernaderos en un pueblo cercano, con lo que se hizo de oro, exportando flores a toda Europa. Se casó con una chica de aquel otro pueblo que murió de parto al dar a luz a su segundo hijo y vivió como un príncipe hasta que un infarto se lo llevó por delante, cuando apenas tenía sesenta años. Tras de sí dejó una gran fortuna y a un chico y una chica bien casados con gente de postín.

Como es de comprender doña Candela no guardaba muy buen recuerdo de aquel primo de su marido que los había despojado de parte de su herencia, por eso quizá ella había insistido en transformar la vieja casita de su suegro en una finca, como modo de demostrar a los ojos de los del pueblo que ellos no eran unos muertos de hambre.

Ana, poseída de una vehemencia poco habitual en ella, dejando de lado su aire ausente y desvaído, le informó a doña Candela, sin coger aliento, de que acababa de interponer una demanda de reconocimiento de paternidad en contra de Eufrasio. Doña Candela, en un primer momento, pensó que Eufrasio había tenido una aventura con ella y la había dejado embarazada. Pronto salió de su error. Lo que Ana reclamaba era que se reconociera que su padre era Eufrasio. Doña Candela se quedó aún más sorprendida de lo que se hubiera quedado, si el hecho fuera que la tal Ana había tenido un hijo con él.

Ana no era del pueblo. Había nacido en Madrid, donde su abuela materna, viuda de guerra, tenía una pensión que llevaban entre ella y su hija, la madre de Ana. Una vez fallecidas la abuela y la madre y algún tiempo después de que Eufrasio se trasladara al otro pueblo y se casara, Ana se vino al pueblo y puso una mercería que aún regentaba y en la que daba clases de labores y manualidades. Su intención al instalarse allí era, sin duda, acercarse a su padre y conseguir que la reconociera como hija, pero, Eufrasio se negó en redondo a verla y a prestarle la menor atención. En aquella época ni las leyes ni la ciencia facilitaban estos reconocimientos a no ser que el padre irresponsable confesara por propia voluntad.

Durante años, Ana soportó el hecho de que su padre no la reconociera y, en cuanto supo que había muerto, se empezó a plantear que había llegado el momento de poner en marcha su reivindicación. Mientras la escuchaba, doña Candela se debatía entre sentimientos de alegría por conocer tan escabrosa historia que tocaba a su marido y la duda acerca de qué sería lo que aquella desvaída muchacha, ahora toda pasión, podría pedirle. Salió del segundo de estos sentimientos de golpe y con gran estupor, cuando Ana le dijo que la presentaría como testigo a favor de su causa.

En vano doña Candela le juró a Ana que era la primera noticia que tenía de esos hechos. Como la otra insistiera y no le proporcionara salidas, consideró que podría esquivar su participación diciéndole a Ana que le preguntaría a su marido si sabía algo de aquella historia. Esto que le pareció una forma elegante de acabar con la conversación y deshacerse de aquella importuna, fue un error craso. Ana lo entendió como aquiescencia y como que la futura testigo iba a recabar más datos de otra fuente fiable.

Envuelta en su apasionado alegato, Ana se despidió bruscamente de doña Candela y le advirtió que pronto recibiría la citación judicial correspondiente. Por supuesto doña Candela hubiera seguido feliz en su apatía y deprimido ánimo, antes que tener una razón como aquella para salir del aburrimiento.

En cuanto regresó don Andrés de su ratito en la Peña El Botijo, le asaltó preguntándole si sabía que su primo Eufrasio tenía una hija sin reconocer. Don Andrés, mirándola como si hubiera visto a un extraterrestre en su propio salón, se irritó, empezó a soltar frases inconexas y le repitió una vez más que de ese cerdo no había que hablar en ningún caso, que era un ladrón y que en su casa no se le podía nombrar.

Doña Candela se mordió la lengua por un instante y finalmente le dijo lo que había pasado, utilizando su tono más neutro y suave. Aún así, le costó que don Andrés siguiera el relato de los acontecimientos con atención y no hiciera comentarios enfurecidos y que poco tenían que ver con lo que su esposa le estaba informando.

Poco a poco don Andrés fue entrando en razón y comenzó a retorcerse las manos angustiado; aquello era demasiado. No sólo los había despojado de parte de su herencia materna, sino que pareciera que Eufrasio regresara de la tumba por medio de aquella desvaída Ana para seguir entrometiéndose en sus vidas. Por supuesto, don Andrés no había tenido ninguna relación con los hijos de su primo e ignoraba que le uniera un lazo de sangre con la mercera. Pero lo que más le irritaba era que hubiera escogido a su

esposa, que no tenía ningún vínculo con aquel desgraciado para demostrar que la tal Ana era una hija no reconocida. Doña Candela, por su parte, esperaba que su marido le diera pistas o le manifestara alguna sospecha acerca del asunto. Podía más en ella la curiosidad por los detalles escabrosos que sin duda la cuestión tendría que la prudencia de seguir ignorante y, por tanto, salir del trance diciendo que no sabía nada.

Unos días después y mientras la paternidad reclamada se colaba intermitentemente en las conversaciones del matrimonio, sonó el teléfono y la voz de Ana avisó a doña Candela de que estaba citada en el juzgado para el mes siguiente. Pronto le llegaría la citación correspondiente, indicándole a dónde tenía que acudir y a qué hora. Doña Candela, sorprendida por la intempestiva llamada, no pudo más que articular unos pocos monosílabos y cortar la comunicación.

Si aventuramos que pasó un mes de zozobra y desasosiego no exageramos lo más mínimo. Su marido, tras comentar el asunto a ratos, entró finalmente en un mutismo voluntario e irrevocable. Ella no podía comentarlo con nadie más y su amiga María Luisa seguía en paradero desconocido. Para colmo de males ignoraba cualquier retazo de historia que contuviera alguna sabrosa información sobre la que construir sus conjeturas y elaborar alguna de sus preciadas teorías sobre la condición humana.

Al hacer sus compras cotidianas, coincidía con Fulgencio, el antiguo cura del pueblo ahora reconvertido en tendero. Para sí lamentaba no haber intentado un acercamiento con aquel hombre y haberse mostrado propicia a recibir alguna confianza. Sin duda las tribulaciones de aquel tipo la hubieran distraído del asunto de Ana. Es más, si aquel día en vez de ir a misa por la tarde, hubiera ido por la mañana y luego se hubiera dedicado a sus recados, no habría tropezado con la insidiosa mujer. Claro es que esta la habría localizado por teléfono tal como hizo unos días después. El asunto empezaba a convertirse en una obsesión y doña Candela sentía que su aparato digestivo se resentía de ello.

Finalmente, llegó la citación. El día establecido, temprano, doña Candela cogió un taxi y se fue a los juzgados a prestar su declaración. Preguntó a un ujier a dónde tenía que dirigirse y este la acompañó solícito por un largo pasillo que se cruzaba con otro a medio camino. Una vez en la confluencia de ambos pasillos le señaló una puerta que se encontraba hacia la mitad y le dijo que esperara allí hasta que el oficial la llamara.

Delante de la puerta estaba Ana con otra mujer algo mayor y apoyados en la pared frontera estaba un grupo de tres hombres jóvenes. Uno de ellos era un calco de

Eufrasio, aunque mejor trajeado y algo más alto. Doña Candela dedujo que debía ser su hijo y se preguntó quiénes serían los otros dos. No bien la vieron asomar por el pasillo, los tres hombres se fijaron en ella, cuchichearon entre sí y le dirigieron aviesas miradas. Doña Candela se hizo la despistada y tomó asiento en un banco cercano a la puerta. Ana y la otra mujer se dirigieron hacia ella, pero, en medio de su gesto y lanzando miradas de soslayo hacia el grupo de hombres, se detuvieron y no se le aproximaron.

Con el bolso apoyado en las rodillas, sin saber qué cara poner, doña Candela permaneció allí unos minutos que le parecieron eternos. Cuando ya desesperaba de que alguien la sacara de la situación, hete aquí que una cabeza asomó por la puerta y pronunció en voz alta su nombre. Se levantó y procurando no mirar a derecha ni izquierda, se dirigió hacia la puerta. El tipo que la había nombrado le pidió que se identificara y la introdujo en la sala. Esta era un despacho lleno de estanterías de las que rebosaban carpetas y documentos en un desorden aparente. Junto a la ventana, había un escritorio y detrás de él una señora de mediana edad con cara de aburrimiento y con la mesa cubierta también de papeles en revoltijo. Delante de la mesa había dos sillas; una la ocupaba un muchacho de tez descolorida y la otra estaba vacía. La señora le hizo un leve gesto con la mano y la invitó a sentarse en la silla libre que quedaba dando la espalda a la puerta. En cuanto se sentó, la señora le pidió que volviera a identificarse y anotó algo en uno de los cientos de papeles que poblaban la mesa. Hecho esto y mirando por encima de su cabeza, ordenó que llamaran a la demandante y los demandados. Oyó un rumor a sus espaldas, pero le pareció poco cortés volverse a mirar.

La señora que acompañaba a Ana y uno de los tipos que estaba con la copia de Eufrasio se adelantaron y se pusieron de espaldas a la pared frontera, quedando de frente a doña Candela. La mujer, a un gesto de la señora que estaba tras el escritorio, se dirigió a doña Candela, dijo que representaba a doña Ana y doña Candela tuvo un momento de vacilación interior pues no sabía a quién se refería con ese nombre, pero casi al instante cayó en la cuenta de que se trataba de la descolorida Ana. A continuación la mujer le expuso para qué estaban allí reunidos y que debía contestar con la verdad a lo que le preguntaran. Esta advertencia la hizo en un tono amenazador y doña Candela estuvo a punto de saltar diciendo que ella jamás había dicho una mentira en su vida, pero se detuvo a tiempo. En aquel momento, el otro individuo que apoyaba la espalda en la pared se dirigió a ella, le pidió una vez más que se identificara y le informó que estaba allí representando a los herederos de don Eufrasio. El sentimiento

interior de desconcierto de doña Candela se volvió a repetir, pero duró menos que la vez anterior, aunque tuvo la misma intensidad. Este individuo también la miró amenazador cuando la conminó a decir la verdad.

La señora que estaba tras el escritorio hizo un breve resumen de la situación que los había reunido allí, dirigiéndose a doña Candela con tono imperativo le preguntó qué le unía a don Eufrasio y su familia. Doña Candela, de manera automática respondió: nada. A esta afirmación, la señora del escritorio lanzó una mirada acusatoria a los dos que estaban de pie, quienes respondieron con una muda mirada de excusa. En ese momento, doña Candela, guiada por su fina percepción y sus dotes de buena observadora, se empezó a relajar y por la mente le cruzó como un rayo la idea de que aquellos estaban haciéndolo fatal, que ellos eran los acusados, que ella era la inocente y lanzó un imperceptible suspiro. La señora del escritorio se dirigió a ella de nuevo como si estuviera hablando con un niño de corta edad, silabeó muy despacio, preguntando si Eufrasio no era primo hermano de su marido. A esta pregunta, doña Candela contestó un sí casi inaudible, muy semejante al de un niño pillado en falta y conminado a confesar su fechoría. La señora del escritorio, dirigiéndose a los dos que estaban de pie, les ordenó que procedieran. Primero la interrogó el hombre que estaba con la espalda apoyada en la pared. Las preguntas iban en la dirección de si ella tenía algún conocimiento acerca de que Eufrasio podía ser el padre de Ana. A lo que doña Candela replicó que había sido informada por la propia Ana de ese asunto, empezó a extenderse en la explicación de que se la encontró a la salida de misa una tarde, pero la señora del escritorio la interrumpió y le dijo que contestara lo más brevemente posible. Esa respuesta y el comentario de la del escritorio dejaron muy satisfecho al tipo, pero la intervención aclaratoria acerca de la conveniencia de ser breve frustró a doña Candela, quien gustaba de ser prolija en sus narraciones de los hechos, pues consideraba que los detalles eran importantes y ponían en situación. El tipo insistió en saber si ella conocía el asunto de antemano. Doña Candela dijo que no. Cuando iba a citar a su marido como fuente más fiable, le llegó la mirada de soslayo de la señora del escritorio y cerró la boca sin emitir ningún sonido más. El tipo se puso aún más contento. En el colmo de la alegría lo dejó doña Candela cuando le dijo que hacía más de cuarenta años que no tenían relación con ese pariente y que lo que sabían de su vida era más bien de oídas.

La señora que estaba de pie, junto al interrogador feliz, tomó la palabra y repitió las mismas preguntas que su compañero, pero con expresión adusta. Doña Candela

pensó que aquella mujer era tonta y que no había escuchado a su colega. Le recordó a esos entrevistadores de la televisión o de la radio que no escuchan al entrevistado y siguen haciendo las preguntas que llevan preparadas y que no encajan con las respuestas que les proporcionan. Casi estuvo a punto de decirle que por qué no la escuchaba cuando ella hablaba, pero se contuvo porque no quería recibir más miradas reprobatorias de la señora del escritorio. La cosa siguió aún unos minutos más, repitiéndose las preguntas y reproduciéndose las respuestas. La que la interrogaba tenía cada vez peor cara. La señora del escritorio se removió inquieta en su silla, les preguntó si habían concluido y, dirigiéndose a doña Candela, sin esperar la respuesta, le agradeció su comparecencia y la invitó a salir de la sala. Mientras se levantaba un poco sorprendida y sin saber qué había ocurrido allí, oyó que la señora les decía a los que estaban de pie que por qué le hacían perder el tiempo con testigos que no saben nada.

Doña Candela salió y el tipo que la había convocado la dirigió hacia la salida del edificio. Ella se atrevió a preguntarle si tenía que hacer algo más y este le dijo que ya había hecho bastante, con lo que doña Candela se volvió a su casa sin saber muy bien qué significaba todo aquello.

Unos días más tarde, Ana la llamó de nuevo. Doña Candela estuvo a punto de colgarle el teléfono, pero la curiosidad pudo más que su primera intención. Ana la informó de que las pruebas biológicas habían dado positivo y que se la reconocía como hija de Eufrasio, que ahora tenía que empezar con los papeleos de pedir que le dieran su parte correspondiente de la herencia de su padre. En este momento el cerebro de doña Candela se iluminó y cuando Ana la empezó a llamar tía, doña Candela la cortó tajante. Si era lo que querías ya lo tienes y disfruta de tu herencia, pero eso no te convierte en pariente mía y menos en amiga y le colgó el teléfono.

Consciente de que el comentario de la señora del escritorio la dejaba a ella como una testigo inútil, sin embargo, pensó que de alguna manera, en aquel episodio absurdo, se había hecho justicia y que ella había contribuido a ello. Los hijos de Eufrasio deberían partir con una persona para ellos desconocida una herencia que tenía su origen en lo que su padre le había robado a su primo. Por otra parte, ella que no sabía nada del asunto, como había quedado patente, al menos tenía una bonita historia para contarle a María Luisa cuando esta regresara.

Unas semanas después, María Luisa ya estaba de nuevo en su casita del barrio y las amigas se encontraron en su cafetería habitual. Doña Candela, apenas se quitaron los

abrigos y se sentaron, empezó a contarle el asunto. María Luisa, al principio, no caía en quién era la mercera, pero cuando al fin la localizó, estalló en una sonora carcajada. Bueno está bien, dijo cuando recobró el aliento, así a los parientes de tu marido les ha robado otro tan marrullero como tu primo Eufrasio. Ana no es hija de Eufrasio, sino del Primitivo, el que era sacristán y uña y carne de tu pariente. Los dos se fueron juntos a Madrid y se hospedaron en la misma pensión. Primitivo era igual de bruto que tu pariente, pero mejor parecido, aunque el pobre tuvo un mal fin; lo atropelló un tranvía y se ve que la madre de la chica debió escoger al otro de los amigos que quedaba vivo para cargarle con el mochuelo, por si aquello beneficiaba en algún momento a su hija. Todo esto me lo contó una amiga de mi madre a la que yo siempre llamé tía que se conocía todas las vidas del pueblo y que era pariente lejana del sacristán. Ella creía que si el Primitivo hubiera vivido se habría casado con la de la pensión y la chiquilla habría tenido padre. Mira por dónde ahora tiene dos padres y una herencia.

Doña Candela, a partir de aquel momento, cada vez que oía lo del ADN, rezongaba por lo bajo; sí, ADN te iba a dar yo a ti. Pero no informó de esta cuestión a don Andrés, para no perder la parte de mérito que le correspondía en aquel embrollo.

Capítulo 14

El mal tiempo parecía remitir y doña Candela no deseaba sino marcharse a la playa, alejándose del barrio. Se acercaban las fiestas de primavera, con su cortejo de carrozas y vikingos y se estremecía de pensar que pudiera tener que participar en ellas. El invierno había sido duro, primero por tedioso y después por excesivamente animado, a causa de su paso por aquel maldito juzgado. Sólo deseaba encontrar un poco de paz y descanso. Casi había perdido el interés por fisgar en las vidas ajenas. Sus amigas del chocolate ya poco podían aportarle y María Luisa seguía en su escondite de amor y no había aparecido por Nicegante. No sabía muy bien cómo plantearle a don Andrés una escapada a cualquier parte o a su apartamento en la playa. Lo primero se le presentaba como muy difícil y lo segundo, contando con la ilusión que su marido tenía en participar en la rondalla de la Peña El Botijo, pues no en vano llevaba ensayando con ellos y con su botella de anís en los últimos tres meses, prácticamente como imposible.

Se sentaba en su cierra, pero no podía dejar de cavilar acerca de las dificultades que se le presentaban. Enredada en la madeja de sus pensamientos cada vez más lúgubres y reiterativos, no hallaba una solución satisfactoria.

Una mañana de miércoles sonó inesperadamente el teléfono y la sacó de sus reflexiones. Al otro lado del hilo, una voz desconocida para ella la informó de que Gertrudis estaba en el hospital. La habían tenido que operar de urgencia de una apendicitis. Como un rayo, pasó por la mente de Doña Candela, la imagen de Gertrudis, tumbada de espaldas en una camilla, abierta en canal y con todas sus grasas abdominales a la vista. Desechó rápidamente aquella visión de su portentosa imaginación y le quedó claro que al día siguiente la asistenta no podría hacerse cargo de la limpieza. Los médicos auguraban al menos un mes de convalecencia, si no había complicaciones, pues, como la informó la voz que resultó ser la de la nuera de Gertrudis, como usted ya sabe, está muy gorda y todo cicatriza peor, además tiene la tensión por los suelos y ha tenido una infección muy grande. Doña Candela se hizo cargo de la situación y deseó un pronto restablecimiento, incluso se ofreció por si

necesitaban algo. La voz le confirmó que todo estaba bajo control y que ya la avisarían de cuándo podría reincorporarse.

Doña Candela pensó, sólo me faltaba esto para mis ganas de salir corriendo de aquí y ahora, ¿qué hago? Empezó a darle vueltas al asunto y pensó que sus amigas del chocolate quizá pudieran echarle una mano. Tras dos o tres consultas, por fin, Sole le dio el teléfono de una asistente que se llamaba Nani. Doña Candela, sorprendida porque aquel no era un nombre apropiado para una asistente, repitió 'Mari' y le confirmaron que era Nani, tal como había entendido de primeras. A pesar del nombre impropio, doña Candela llamó a Nani y acordó con ella que iría como Gertrudis el mismo día y las mismas horas por el mismo precio.

Al día siguiente, tan puntual como Gertrudis, Nani se presentó en el hogar de doña Candela. Sin embargo, no venía sola. Traía con ella a otra compañera. Al principio doña Candela las miró sin decir nada, pero con su expresiva cara de interrogación. Nani hizo las presentaciones. Mi compañera se llama Ludmila y es de Ucrania. Yo tengo muchas casas y me la llevo a ella para que me ayude, así, en vez de una sola casa, puedo atender cada día dos o tres. Así mismo traigo mi propio aparato, y la interrogación se acentuó en el rostro de doña Candela.

Como arrebatadas por un viento huracanado, Ludmila y Nani se dispersaron por la casa, quitándose el aparato la una a la otra y en una hora y media dejaron todo reluciente y perfumado. Doña Candela pagó sus tres horas y, aunque la cosa le resultaba un tanto extraña, no tuvo más remedio que reconocer que todo estaba limpio, que la casa olía bien y que, cosa extraña, todo estaba en el lugar que le correspondía. Las despidió con un gracias y un 'espasiva', pero esto último no pareció ser bien recibido por Ludmila quien le dirigió en principio una mirada torva, pero instantáneamente la cambió por otra expresión más dulce y le aclaró que no era rusa, sino de Ucrania.

Doña Candela, que a pesar de ser una persona culta, no sabía muy bien dónde caía todo aquello y si había alguna diferencia de lengua o de otra índole, se quedó un poco perpleja. En su descargo hay que señalar que cuando doña Candela estudió geografía, muchos países, que ahora tenían nombre propio y que debían tener hasta una lengua propia y sus propias costumbres, formaban parte de un conglomerado mayor que se denominaba Unión de Republicas Socialistas Soviéticas, al igual que sucedía con grandes extensiones de África, que quedaban agrupadas bajo denominaciones como

Congo belga o similares. Las posteriores divisiones, muchas veces cambiantes, de estos territorios le resultaban ya imposibles de retener.

Cuando llegó su marido a la hora de la comida, le informó de los cambios producidos en la limpieza doméstica y de que, a partir de aquel momento, como se trataba de una situación temporal, ella personalmente se haría cargo de dar las órdenes, por lo que lo relevaba de aquella obligación.

Sin embargo, no pudo resistirse a comentar el hecho de que en vez de una serían dos las asistentes, que traían su propio aparato, que resultó ser una especie de aspiradora sofisticada que además arrojaba abundante vapor y dejaba todo muy limpio. Hasta este punto, don Andrés no prestó mucha atención a las palabras de su esposa y se concentró en la menestra que, con sus trocitos de jamón, estaba muy rica. Viendo que la escuchaba sólo a medias, doña Candela le comentó lo de su alarde de ruso, por aquello de hacerle una gracia a la ayudante. En este momento, don Andrés levantó la cara de la menestra y le soltó una parrafada recriminatoria, afeándole su ignorancia e informándola de que precisamente los rusos habían invadido Ucrania, con el fin de hacerse con el control de bases militares del Mar Negro y con el tráfico marítimo de la zona. Muchos ucranios estaban a favor del asunto, pero otros muchos, especialmente los que habían tenido que emigrar por causa de las dificultades económicas de aquel país, que no levantaba cabeza, tras años de opresión soviética, estaban totalmente en contra de volver a caer en manos de los rusos.

Doña Candela no sabía si admirar la sabiduría de su marido o si soltarle un par de frescas por regañarla de aquella manera y además por llamarla ignorante. Pero dejó pasar la ocasión de iniciar una trifulca porque todavía estaba dándole vueltas a cómo convencerlo de que debían marcharse a la playa o a alguna otra parte.

Guardó un prudente silencio y se concentró en las noticias de la televisión que, en aquel momento, hablaban de disturbios precisamente en Kiev, incluso no comentó nada cuando don Andrés, insistió señalando a la pantalla, ¿has visto?

Una semana después Nani y Ludmila volvieron, armadas del aparato. Se dispersaron por las habitaciones, mientras doña Candela buscaba refugio ya en la cocina, ya en su dormitorio, huyendo de aquel vendaval. A pesar de sus intentos de aislarse no pudo dejar de escuchar como Nani daba órdenes constantemente a Ludmila, conminándola con tono autoritario a que no se olvidara de las patas de las sillas, de los travesaños de la mesa o de airear la habitación. Con una precisión casi cronométrica,

cada cinco minutos le recordaba a Ludmila que debía sacudir las alfombrillas de los lados de las camas, que no debía dejar la cortina del baño sin secar o que debía reponer los diversos cachivaches a sus lugares correspondientes.

Cuando doña Candela le dejó los euros correspondientes a las tres horas, que eran una y media, pudo observar la rapidez con la que Nani recogía los billetes y se los guardaba cuidadosamente en su propio bolso, antes de que Ludmila pudiera siquiera atisbar de cuánto dinero se trataba. Este gesto le llamó la atención, pero no sacó ninguna de sus brillantes conclusiones, de momento.

La volcánica explosión de limpieza se repitió las semanas siguientes, así como las órdenes conminatorias de Nani a Ludmila y también el arrebato con que la primera cogía el dinero, antes de que la ucraniana consiguiera verlo. En todo este trajín, doña Candela apreció una gran ventaja. La tortura de las asistentes duraba la mitad de tiempo y no tenía que oír los bufidos de Gertrudis. Incluso llegó a plantearse la posibilidad de que aquella extraña pareja sustituyera definitivamente a su asistente. No obstante, su buen corazón protestó de aquella idea y la empujó a readmitir a Gertrudis en cuanto estuviera lista para servirla. Gertrudis era de confianza, podía dejarle las llaves de la casa cuando se iban a la playa o al campo y encargarle que recogiera el correo, así como que regara las plantas. Esa seguridad en la honradez de Gertrudis ganó la partida y en cuanto esta la avisó de que iría el próximo día, pues ya se encontraba mejor, doña Candela llamó a la jefa de la pareja y prescindió de sus servicios, tras muchos agradecimientos, dejando constancia de que estaba muy satisfecha de su labor y haciendo hincapié en que si prescindía de ellas no era más que porque tenía un deber moral para con su anterior asistente, que tenía a su cargo a toda su familia.

Regresaron pues los bufidos a la casa y doña Candela volvió a su costumbre de hacer mutis en cuanto sentía las llaves en la puerta. Sin embargo, antes de desaparecer, intentó en vano convencer a Gertrudis de que dejara las cosas en su lugar y de que le avisara cada vez que rompía algo, pero con poco éxito. Ante estas recomendaciones, Gertrudis miró a su ama como si esta le estuviera hablando en sueco, bufó levemente y se dirigió al salón a sacudir el polvo de las ventanas.

Esta circunstancia tuvo algunas consecuencias desagradables para ella. El cambio de asistente había provocado inevitablemente un retraso en sus planes de huir de Nicegante antes de las fiestas de primavera. De manera que estas la pillaron de lleno, sin haber encontrado una buena excusa para arrastrar a su marido hacia cualquier otro lugar.

Pasó por los desfiles de carrozas con gran resignación y soportó estoicamente las demostraciones musicales de la rondalla de la Peña el Botijo. Eso sí, previamente se había asesorado con su peluquera, que era también esteticista, y se había comprado un espeso maquillaje que se aplicaba concienzudamente cada vez que tenía que asistir a una de las veladas musicales, contemplando como don Andrés rascaba su botella de anís con gran maestría y concentración. Gracias a la espesa capa de maquillaje podía ocultar el sonrojo que aquellas demostraciones melódicas le producían, así como los comentarios elogiosos de otras esposas de peñistas que aún la hacían enrojecer más si cabe.

Lo peor era cuando alguien le decía que su marido parecía haber recuperado las esencias de su tierra de origen, a pesar de haber tantos años fuera de allí, y que tocaba la botella de anís como si nunca hubiera hecho otra cosa en su vida, con un gran sentido del ritmo y la oportunidad. Doña Candela ante afirmaciones de ese tipo era incapaz, pese a su gran perspicacia, de dilucidar si en aquellos elogios flotaba un cierto aire de sorna.

Como todo en esta vida es efímero y transitorio, gracias a Dios, también las fiestas de primavera concluyeron, no sin que antes don Andrés tuviera un par de vomitonas nocturnas y amaneciera con la cara amarilla como un antiguo pergamino. Pero doña Candela no se molestó en reconvenirle, ya que pensó que merecía el castigo por su glotonería y, sobre todo, por hacerle pasar a ella aquellos malos ratos y que los poros se le taponaran con los excesos de maquillaje, perdiendo la lozanía que había recobrado después de caros tratamientos de belleza y de su paso por el balneario. Tomó la decisión de que al final del verano, su marido recibiría la segunda parte de castigo porque pensaba ir de nuevo a tomar las aguas y contrataría no sólo los masajes, sino un tratamiento con algas japonesas que le habían dicho que eran milagrosas y que costaba bastante caro.

Reconfortada con estos pensamientos, consideró que era el momento de plantear seriamente que debían ir a la playa a disfrutar del sol y de los baños de mar. Aquí no perdió la ocasión de decir que el descanso a la orilla del Mediterráneo le serviría a él para recuperarse de tantos excesos. Sin embargo, esto último lo dijo en un tono menor y sin ensañarse, no fuera a ser que en las próximas fiestas, su marido se decidiera, además de a tocar la botella de anís, a vestirse de vikingo y subirse a una carroza.

Capítulo 15

Llegaron al apartamento de la playa casi mediado el mes de junio. Ya hacía calor y el mar estaba sereno y azul como en una postal. Doña Candela se dijo que por fin podría descansar y olvidar los meses pasados que tan malos ratos le habían deparado.

El edificio donde estaba su apartamento formaba un conjunto con otros dos a derecha e izquierda, dejando un amplio patio en el centro que se abría al paseo marítimo. En tiempos, no había existido tal paseo y apenas un camino de tierra bordeaba los edificios, para luego despeñarse en una abrupta y rojiza bajada hacia una playa de arenas oscuras, flanqueada por dos breves promontorios rocosos que se adentraban unos pocos metros en el mar.

Los habitantes de estos apartamentos, de tres dormitorios la mayoría, con una pequeña cocina, un saloncito, un cuarto de baño y un balcón, eran familias de pasado modesto que vivían en los alrededores, en pequeños pueblos de origen agrícola. Todos ellos tenían la costumbre de trasladarse allí en cuanto a los niños les daban las vacaciones escolares y no regresaban a sus respectivas residencias hasta el mes de septiembre. Cuando doña Candela y su marido se hicieron con el apartamento ya habían pasado casi esos tiempos. El paseo marítimo mecía sus palmeras a la brisa de levante, había una calzada asfaltada y la playa se había reducido aún más, gracias a la perturbación que un pequeño puerto deportivo había producido en las mareas. Sus hijos eran casi adolescentes y los del resto de los vecinos algo más mayores, por lo que pronto las casas empezaron a estar atiborradas con nueras y yernos y con uno o dos críos por pareja.

En este complejo de viviendas se hacía mucha vida exterior. Era común que te pillaran cenando o comiendo en el balcón o que las conversaciones de las diversas familias se entremezclaran a poco que se levantara la voz.

A pesar de todo, siempre llegaban vecinos nuevos o bien porque alquilaban el apartamento por quincenas o meses o bien porque ya eran tantos de familia que se

decidían a venderlo para empeñarse otros años más en pagar la hipoteca de otro más grande.

Doña Candela conocía a todos los vecinos que llevaban más años allá y mantenía unas cordiales relaciones con ellos. Sus vidas, al menos en lo esencial, le eran perfectamente conocidas. Sabía si los hijos habían nacido por cesárea o en un parto normal, si uno había medrado o, en cambio, había perdido su empleo; en los últimos años esto era lo más frecuente. Por lo tanto, se guardaba la mayor parte de sus aptitudes para el chismorreo y la vigilancia para el pueblo, donde posiblemente habría más novedades y también más vidas ajenas que observar, con la inestimable colaboración de La Marquesita.

Siguiendo su costumbre, tomó un ligero desayuno, se vistió sus ropas de bajar a la playa y tocada con una gorra de visera con un coqueto lazo en la nuca, se dispuso a pasar su primer día de baños de mar y de sol. Le gustaba bajar temprano y estar un rato sola en la playa, imaginando que era su playa privada y que todo el Mediterráneo, hasta allá enfrente Estambul, era de su dominio particular. Al entrar en el agua, deslumbrada por el reflejo del sol de la mañana que incidía en el mar con sus rayos brillantes y aún inclinados, se sentía como nadando sobre la Vía Láctea. Aquello prestaba una mayor ligereza a sus brazadas y, al flotar de espaldas, haciendo el muerto, notaba como todos los destellos le hacían cosquillas en la piel, lo que le proporcionaba un placer inmenso y despertaba en ella una oculta vena poética de la que hubiera renegado ante cualquiera, caso de que alguien llegara a sospechar cuáles eran sus sensaciones, pues contradecían su espíritu marcadamente práctico. Por supuesto jamás confesó ante su marido haber tenido aquellos pensamientos, para no verse sometida a sus hirientes sarcasmos, ya que el espíritu de don Andrés era aún si cabe menos amante de las fantasías y los arrebatos líricos.

Luego, se tumbaba en la arena a dejarse acariciar por el sol, eso sí, siempre protegida por su gorra de visera y una crema protectora. Cuando empezaba a dolerle la espalda, abandonaba la postura, se sentaba en una silla de plástico y aprovechaba para leer un libro. Generalmente novelas de intriga policíaca, que eran las que más le gustaban, o bien historias de amores cruzados que terminaran en feliz boda.

Podía aislarse de su entorno, sumida en la lectura, aunque no tanto que no le llegaran finalmente las conversaciones de las personas que poco a poco iban ocupando la playa con el paso de la mañana.

En este punto, es necesario señalar que existe un fenómeno universal que consiste en que, aun estando la playa absolutamente vacía, cualquiera que llegue inmediatamente después del primero en ocupar la arena, planta su sombrilla justo al lado de la anterior. Los siguientes visitantes de la playa hacen lo propio y al cabo de una hora y media, aproximadamente, ha quedado constituida una primera línea de playa de sombrillas todas apiñadas unas junto a las otras en perfecta formación, sin dejar entre ellas más que el imprescindible espacio para transitar y no sacarse un ojo con las varillas de la sombrilla de al lado. Una vez consolidada esta línea fortificada, se establece otra unos pasos más atrás por el mismo procedimiento. Pocos son los que, de pronto, deciden quedarse al puro borde de las olas o metidos tierra adentro.

Los que optan por la solución de ponerse en el rompiente son normalmente padres o madres de niños pequeños, que siembran la orilla de cubitos, palas y hoyos que hay que sortear cuidadosamente para no torcerse un tobillo. Los espacios restantes son ocupados por mozalbetes y jovencitas que juegan a las palas, con unas pequeñas pelotitas que amenazaban constantemente con darte en un ojo, dada la poca habilidad de los jugadores. Los que se aposentan en la zona interior de la playa son por lo general niños entre siete y doce años, que aprovechan para ponerse hasta las cejas de arena y luego pasar corriendo entre las apiñadas sombrillas, camino del mar, rociando con la arena que desprenden a todos los que encuentran a su paso y dejando su huella arenosa en las toallas o en las esterillas, estén estas ocupadas o no.

Esta disposición de los veraneantes en la playa no sólo tenía lugar en la que doña Candela frecuentaba, sino que, como se ha dicho, constituye una ley que se cumple con mayor regularidad que muchas leyes de la física y es un fenómeno conocido por todos aquellos que, en algún momento de sus vidas, han decidido pasar unos días en cualquier playa, sea esta nacional o del extranjero. Así mismo se debe dejar constancia de que no sólo no se ve alterada por el continente en que se halle la playa, sino que tampoco modifica la estabilidad de esta ley si los que ocupan la arena son aborígenes o no.

Cuando la playa ha alcanzado el orden correspondiente en diversas líneas de sombrillas resulta del todo imposible, por muy intrigante que sea lo que se lee, sustraerse a las conversaciones de los circundantes. Estas en todo caso carecen de mayor interés, salvo excepciones. La mayor parte de las personas que intervienen en esos diálogos o tertulias se dedica a contar lo que ha comido en un restaurante o chiringuito de la zona, lo que le ha costado, si el servicio era bueno o malo o si las gambas eran

frescas o no. Estas conversaciones se mezclan con otras sobre fútbol que normalmente hacen referencia a esos torneos veraniegos que los equipos disputan como preparación para la nueva temporada de liga que, dicho sea de paso, cada vez empieza antes y termina más tarde. Otro de los temas obligados de estas charlas intrascendentes consiste en la preocupación de algunas amas de casa por ofrecer a sus comensales comidas nutritivas, de bajo coste y que no sean engorrosas de preparar. La dificultad que más se contempla al examinar este asunto es la de confeccionar menús variados. Por supuesto es cuestión muy extendida la que se refiere a los modelos de bañador o a los cuerpos de los circundantes, pero estas conversaciones se producen en un tono algo más bajo de voz, con lo que resulta difícil seguirlas.

En los últimos años, doña Candela había observado que se introducían, no obstante, nuevos temas de debate que no dejaban de tener su interés sociológico. Por ejemplo, era cada vez más habitual oír quejarse a una persona de cierta edad, entre sesenta y setenta años, de que su hijo -especialmente se refería a varones el asunto- se acababa de separar y dejaba con los abuelos, durante los quince días que tenía para convivir con sus hijos en el verano, a los dos o tres niños, mientras él se iba a descansar a algún hotel con una novia más joven que se había echado.

No siempre la cosa era así, pues tenía sus matices. En ocasiones el padre de las criaturas no había conseguido en su trabajo que le cambiaran el turno de vacaciones, se había tenido que amoldar al de su ex mujer, y no había tenido más remedio que dejar a los niños con los abuelos. Estos se las veían y se las deseaban para entretenerlos y sobre todo para lograr que hicieran siesta y los dejaran a ellos dormir la suya.

Otra consecuencia desagradable de estas situaciones y muy comentada era que con su pensión tenían que alimentar a muchas bocas, mientras que el padre no soltaba un duro y encima venía los fines de semana a pasarlos allí, porque como era un buen padre, quería disfrutar de los pequeños.

Una variante común de esta cuestión era la de aquellos abuelos que estaban al cargo de los nietos invierno y verano, pues los padres; padre y madre, trabajaban de sol a sol y casi no podían estar con ellos. En cualquier caso, sus sueldos no daban, al parecer, para contratar a nadie que se hiciera cargo de los niños antes y después de las horas escolares y mucho menos durante las vacaciones. En muchos casos los propios abuelos, después de quejarse amargamente de que estaban cansadísimos y deseando que

los padres recogieran a los niños para pasar con ellos sus propias vacaciones, apostillaban que pobrecitos al menos en la playa hacían salud.

Una vez que doña Candela había recibido todas estas informaciones y había hecho su propia inspección ocular para situar las voces en los respectivos cuerpos, sólo le restaba averiguar dónde vivía cada una de aquellas personas y apuntar cuántas de ellas asistían a la misa dominical, bien el sábado por la tarde, bien el propio domingo. Esta tarea era sin embargo dificultosa y exigía una gran perspicacia y dotes de observación.

Es conveniente tener en cuenta que el aspecto de las personas cambia notablemente, según vayan vestidas o estén en bañador, de manera que podía llevarle más de una semana completar los datos esenciales.

En este asunto, solían ser de gran ayuda sus vecinos del edificio a los que hábilmente interrogaba como de pasada, para recabar algún cabo suelto y rellenar las lagunas. Así, al cabo de quince o veinte días de baños de mar y de sol, tenía un mapa de las personas que la sitiaban en la playa; sabía quién era el marido de quién, quién era el padre o la madre separados, cuántos niños eran de uno o de otro, dónde vivían o lo que habían comido durante aquella semana.

En estas plácidas actividades discurrían los serenos días de playa. Tras la comida y la siesta, ella y su marido solían salir a dar una vuelta por el paseo marítimo o se comían un rico helado en su cucurucho de barquillo.

Una tarde, cuando los niños pequeños del conjunto de edificios estaban dando ya la lata con sus triciclos y patinetes en el patio, como era habitual, unos gritos desaforados que lanzaba una garganta varonil se sobrepusieron al estruendo de las ruedas de aquellos artefactos. Doña Candela que estaba arreglándose para su habitual vueltecita vespertina, interrumpió el proceso y aplicó el oído. No necesitó gran esfuerzo para saber que se hablaba de dinero. El varón furioso reclamaba por unos gastos desorbitados que, en su criterio, se habían realizado sin su consentimiento y utilizando su dinero. Un silencio sepulcral respondía a sus quejas económicas, tanto que daba la sensación de que gritaba estando solo en la casa, como un modo simple de quitarse el enfado que lo embargaba.

El furibundo vociferante continuó con su discurso, salpicado de improperios y palabrotas, por espacio de unos tres cuartos de hora. Como sin duda se movía arriba y abajo de su apartamento, doña Candela perdía parte de la argumentación, pero no dejaba

de oír las voces destempladas de aquel buen hombre, ya que tanto las exclamaciones como los tacos cada vez subían más de tono y, entreverados de frases relativas a hechos del presente y del pasado, no permitían saber muy bien cuál era el fondo del conflicto. Sin embargo, atendiendo al *crescendo* de la voz hubo algún momento en que temió que se llegara a la violencia física, caso de que allí hubiera alguien más, silencioso y aguantando el chaparrón. En un determinado momento, oyó a la esposa del energúmeno que con voz destemplada y lejana, más bien un grito, farfullaba algunas inconveniencias, a lo que el marido que era quien había comenzado la trifulca respondía: Tú cállate, que la culpa es de tu madre.

Entonces, doña Candela abandonó su habitación y salió al balcón donde había dejado las toallas de la playa a secar. Gracias a este hábil movimiento pudo fijar con precisión que las voces provenían del primer piso del edificio izquierdo. En ese apartamento estaban pasando la temporada veraniega un matrimonio joven y sus dos hijos. Los fines de semana venían los padres de ella que eran los propietarios del piso y el episodio tenía lugar un sábado por la tarde en que estaban los seis en la casa. Por lo tanto le asombró el silencio sepulcral que guardaban tanto los suegros del gritón, como los hijos y la esposa.

De repente los gritos cesaron. Hubo un largo silencio que dio lugar a que anocheciera. Mientras ponía la cena para su marido y para ella, vio a través de las cortinas de su balcón cómo los padres de la chica, con unas bolsas en la mano y un transportín para un monstruoso gato que tenían, salían del edificio casi de puntillas y se perdían en la oscuridad del paseo marítimo.

Poco después, salió con su marido a comerse el heladito nocturno y pudo constatar que el coche de los vecinos ya no estaba aparcado frente a la casa. Así pues, después de la trifulca, los padres se habían marchado sin esperar al domingo. Su mente inquisitiva empezó a elaborar las más diversas teorías y por poco no duerme esa noche.

Amaneció un día de sol radiante y doña Candela, aún con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados por el insomnio al que la habían sometido sus cavilaciones, se dispuso a bajar a la playa. Esperaba encontrar a algún vecino que pudiera darle alguna información adicional acerca de los gritos y sus causas, pero todas las persianas estaban echadas, las puertas cerradas y no se veía un alma.

Tras sus baños de mar y sol, regresó a la casa desesperando de encontrar a alguien que le facilitara las informaciones que anhelaba. Por el procedimiento antes

descrito, la playa se había llenado de sombrillas aún más numerosas y en filas más prietas, ya que los domingos los que aún tenían trabajo o no tenían posibles para pasar unas vacaciones se tomaban ese día de asueto junto al mar. No obstante la fortuna la favoreció, pues a la entrada del patio se topó con una de las vecinas más antiguas del lugar. Esta, apenas se detuvo en los convencionales saludos y comentarios acerca de la temperatura del agua, abordó a iniciativa propia el asunto directamente.

Me perdí la trifulca de ayer, dijo, pero tú estabas aquí y me podrás decir qué era lo que pasaba. Doña Candela comentó lo que había podido comprender; al parecer se trataba de una disputa económica. En ese momento se les sumó otra vecina que, al punto, captó de qué se estaba hablando y facilitó una serie de pormenores sabrosos, ya que ella vivía justo encima de los querellantes.

En resumen, la disputa consistía en que el yerno era quien mantenía a los suegros y pagaba todos los gastos de la casa, pues estos eran –al parecer mayormente la madre- muy ligeros a la hora de pedir créditos y anticipos de sus sueldos y se los fundían inmediatamente en viajes que eran su mayor pasión. Con este sistema económico, siempre andaban endeudados y a la cuarta pregunta. Al parecer, en esta ocasión, se habían permitido un par de lujos gastronómicos que habían salido por un pico y que había costado el yerno, una vez más, muy a su pesar. El muchacho se acababa de tomar unas cuantas cervezas con unos amigos y, al regresar, supo del dispendio. Animado por el alcohol y el calor, soltó la lengua y sacó a relucir todo lo que llevaba pagado en los últimos años y mostró su descontento con frases más bien fuertes.

Las vecinas veteranas afirmaron que no era la primera vez que ocurría y que ellas ya conocían la situación, porque el muy bocazas del suegro incluso alardeaba de vivir por encima de sus posibilidades y de ser mal pagador. Doña Candela anotó esta curiosa variante entre sus observaciones sociológicas, pues le pareció del mayor interés y, con la conciencia en paz, aquella tarde se repuso del insomnio con una gran siesta.

Capítulo 16

El mes de julio comenzó y doña Candela estaba algo disgustada porque sólo había conseguido un inquilino para la segunda quincena del mes, aunque los que habían ocupado el apartamento el año anterior se habían comprometido definitivamente para el mes de agosto.

Ya le quedaba sólo una semanita de estancia en la playa y quería aprovecharla al máximo. De manera que se esforzó por madrugar y ser la primera en pisar la playa. Una de aquellas escasas mañanas playeras, vio que en el lugar en que habitualmente ella extendía su esterilla y colocaba su silla se había situado una señora con dos niños pequeños y un caballero. Se veía claramente que se trataba de los abuelos correspondientes. Ella, contraviniendo la ley universal de la disposición de las cerradas filas de veraneantes, apostó sus bártulos a una cierta distancia.

Mientras se colocaba, pudo apreciar que los dos niños estaban bastante mal educados, que el caballero era quien, a pesar de caminar con cierta dificultad, posiblemente a causa de la curvatura anormal de su espalda, era quien corría tras ellos, mientras la abuela se dedicaba a dar órdenes repantingada en su silla.

Doña Candela se felicitó a sí misma por no seguir la costumbre de apiñarse junto a los que ya estaban allí, pues gracias a la pequeña distancia que había establecido, podía ignorar, al menos en parte, los chillidos de los dos infantes. Se sentó en su silla y abrió su novela policíaca que estaba en el momento mejor, pues el detective aficionado estaba empezando a informar al despistado comisario de policía cómo había llegado a descubrir quién era el asesino, sus motivos y su *modus operandi*. La cuestión era compleja y de vez en cuando debía releer alguno de los párrafos. De pronto, cuando más enfrascada estaba, percibió con el rabillo del ojo una sombra que se aproximaba a sus pies. Levantó la vista y se topó con la abuelita de los niños chillones quien, mirándola fijamente, le preguntaba si no era ella la esposa de don Andrés, el de la Asunción.

Pese a su perplejidad, doña Candela, dedujo que aquella señora debía proceder de Villa de los Caballeros, el pueblo de su marido, pues nadie más en el mundo hubiera denominado así a su esposo.

Antes de que pudiera articular palabra y al tiempo que se derramaba por su rostro una expresión de aquiescencia, la visitante importuna se presentó a sí misma de manera indirecta, comunicándole que era la mujer de Ginés, el hijo de don Francisco, el médico del pueblo, y sólo al final dio su nombre propio: Inmaculada, pero todos me llaman Macu.

Doña Candela tenía un conocimiento indirecto acerca de la tal Macu, pero jamás la había visto en persona. Sabía de ella por las primas de su marido que vivían en el pueblo y también por una compañera del último colegio en donde había estado desempeñando su tarea de maestra.

Según sus primas políticas, Macu era tonta de remate y se creía la reina de Saba. Según su compañera, era su prima carnal, hija de un hermano de su madre, pero ese parentesco no llevaba aparejado ni el aprecio normal entre familiares, ni una mejor calificación respecto a la capacidad intelectual de la misma.

Los padres de su compañera procedían de una pequeña aldea rural en la que, sumados los bienes de ambos cónyuges, se podía decir que eran de los más ricos del lugar. Vivían en una casa de dos plantas, con un gran patio, corrales para los animales y un espacio de mampostería para la matanza de los cerdos. La casa tenía hasta cuarto de baño y estaba amueblada con gusto y enseres traídos desde la capital de la región. Los padres de la compañera, Pilar era su nombre, se habían trasladado a la capital, cuando sus hijos terminaron la escuela primaria y debían ir al instituto, dejando en arriendo las fincas de labor a los padres de Macu.

Con el paso del tiempo, los padres de Macu, haciendo suya la máxima de ‘la tierra para quien la trabaja’, prepararon una jugarreta legal por la que intentaron poner a su nombre no sólo las tierras de la madre de Pilar, sino también las de su marido. Los padres de Pilar consiguieron deshacer el entuerto, vendieron las fincas y, consecuentemente, partieron peras con los padres de Macu. Esta desavenencia familiar provocó un claro distanciamiento entre Macu y Pilar y esta última cuando hablaba de su prima solía calificarla, como a sus padres, de zorritontos.

Por esos azares de la vida, Macu llegó a casarse con el hijo del médico del pueblo de don Andrés, cuando aún en el pueblo no había más fuerzas vivas que el

propio médico, el farmacéutico, el cura y el comandante del puesto de la Guardia Civil. Este hecho, convenientemente tratado, adornado y enriquecido, supuso el ascenso social de Macu que, a partir de su boda, ya no se trataba con simples mortales, sino con aquellos que en su opinión ocupaban puestos de relevancia en la sociedad provinciana de Nicegante. Ella, por su parte y para estar a la altura del círculo en el que se movía, constituido por funcionarios que no bajaban de jefe de sección, notarios, catedráticos o arquitectos, hablaba de su aldea de origen como si fuera el centro del universo, del pueblo de su marido como si fuera enteramente de su propiedad y de su piso de la ciudad como si se tratara del mismísimo Palacio Real.

Por si eso fuera poco, su marido había heredado una casa en un pueblo de La Mancha y una de las más duras actividades de Macu a lo largo del año consistía en abrir y cerrar sus múltiples casas, según tocara pasar unos días aquí o allá, visitando a los parientes y luciéndose ante ellos. Este agotador trasiego suponía abrir el piso de Nicegante para pasar el invierno, que se encontraba en la sexta planta de una torre céntrica de la ciudad, más o menos de la antigüedad y características del de doña Candela, pero que en boca de Macu cualquiera hubiera dicho que tenía más de doscientos metros cuadrados. Llegada la Navidad, se trasladaban a la aldea, en donde habían cambiado la pequeña casa de sus padres por uno de esos nuevos adosados que han crecido con factura semejante en todas las regiones. En el verano, abría un apartamento del tamaño del de doña Candela, se reunía con sus hijos y nietos, y mediante el hábil procedimiento de dormir en colchones dispuestos en el suelo del saloncito conseguían entrar todos, pero según ella poseía la mejor terraza de Las Arenas y las más espléndidas vistas del mar. Cuando concluía la temporada de baños, pues también lo alquilaba en agosto, aunque esto no lo decía, se iba a su casa de La Mancha que compartía con los siete hermanos de su marido y sus respectivas familias. En septiembre le tocaba cerrar esta casa manchega y volver a empezar con la sucesiva apertura y cierre de las demás.

Una vez que ambas se pusieron al día de cuáles eran las circunstancias actuales de cada una, Macu informó a doña Candela de cuántas personas había tenido invitadas en casa, entre ellas un general y un arquitecto, además de un médico y su esposa. De dónde estaban sus hijos que tenían unos empleos buenísimos, aunque por algunos datos inconexos, doña Candela dedujo que la hija soltera que le quedaba no tenía un oficio muy preciso y no se había independizado, aunque ya rondaba la cuarentena. Finalmente,

doña Candela que hábilmente no había dado excesivos datos acerca de sí misma ni de su familia y sus circunstancias, desistió de seguir con su novela, dijo que tenía que preparar la comida y se subió a casa como una exhalación a llamar a su amiga Pilar y ponerla al corriente de su encuentro. Esta, una vez más, le confirmó que Macu era zorrizonta y doña Candela comprobó que su amiga era totalmente de fiar en sus apreciaciones sobre los demás.

Los días volaban y se acercaba el día quince del mes, en que debían dejar el apartamento a los inquilinos. Lo único que consolaba a doña Candela de tener que dejar el mar era que tenía un par de historias buenas que contarle a María Luisa cuando se encontraran en el pueblo; la de Macu y la del yerno explotado por su suegro. Como siempre, hicieron un alto en Nicegante, por darle una vuelta a la casa, poner algunas lavadoras y cambiar algunas de las cosas que llevaban en la maleta porque, como todo el mundo sabe, no se viste igual en la playa que en el campo y no se pasea uno para comerse un helado ataviado del mismo modo que si fuera a la iglesia en el pueblo. En este último lugar, por otra parte, mucha gente conocía a la familia y, consecuentemente, debía llevar sus mejores collares y algún que otro broche vistoso.

Sin embargo, su estancia en Nicegante no se pudo limitar al trasvase de indumentaria. Nada más entrar en el cuarto de baño que estaba junto a su dormitorio, percibió un fuerte olor a humedad y, al levantar la vista, observó una fea mancha parda en el techo sobre la ducha. Se subió a un banquito y al tocarla comprobó que se trataba de la típica filtración del piso de arriba. Después de hacer sus indagaciones, supo que el vecino causante de la mancha estaba fuera de la ciudad. Era un hombre viudo y mayor que no pasaba mucho tiempo en su casa, pues casi siempre estaba en casa de un hijo que vivía en un pueblito de los alrededores, donde se ocupaba de una explotación agrícola. Doña Candela se lamentó de haber considerado a su vecino de poco interés, ya que no se había preocupado de averiguar de qué pueblo se trataba, ni de cómo se llamaba el hijo ni de si tenía teléfono.

Tras comunicarle a don Andrés la nueva de la mancha de humedad, este se puso al habla con un tal Roberto, que era una especie de hombre para todo, y con la compañía de seguros. Acordado el modo de operaciones, incluso sorprendió a doña Candela hablando por teléfono con el hijo del vecino y poniendo en su conocimiento cómo iba a actuar y de qué modo le iba a pasar la factura a su padre. Doña Candela pensó que debería en adelante hacer partícipe a su marido de las pesquisas que ella llevara a cabo

acerca de cualquier persona y, por otra parte, sonsacarle acerca de los conocimientos que él pudiera tener de aquellos que no eran objeto de su interés preferente. Vaya con Andrés, a ver si ahora va a resultar que es un cotilla, pensó para sí, nunca se termina de conocer a una persona, ni siquiera a un marido, pero claro eso mantiene el interés, después de tantos años.

Aunque con la crisis económica y de la construcción había muchos operarios dispuestos a coger cualquier trabajo, la segunda quincena de julio es un tiempo difícil, porque quien más y quien menos, se va al campo o a la playa, sobre todo porque Nicegante, en el verano, es un lugar tórrido y húmedo en el que uno se queda si no tiene más remedio. Aún con ciertas dificultades el eficiente Roberto consiguió una cuadrilla compuesta por un fontanero, un albañil y un pintor que era lo que se necesitaba para la avería. La cosa no resultó fácil, ya que hubo que llamar de nuevo al vecino y hacer parte de la reparación desde su piso, para rematarla desde el de doña Candela. Entre unas cosas y otras, en el arreglo se fueron dos semanas.

Don Andrés vigilaba a los operarios y doña Candela se dedicaba a sus tareas domésticas, a ir a la compra, hacer la comida y algunos recados más, entre los que se incluía la compra del periódico. Como la papelería donde don Andrés solía comprarlo cerraba por vacaciones, se vio obligada a desplazarse hasta la esquina del parquecillo cercano donde, frente a un alto edificio de doce plantas, había un kiosco de prensa y chucherías.

Atendía el kiosco una mujer de mediana edad, más bien fea y de pequeña estatura que respondía al nombre de Ascensión. A pesar de su aspecto poco agraciado, la mujer era agradable y atenta y, enseguida, aprendió cuáles eran las preferencias de doña Candela, cuáles eran los diarios y las revistas que solía comprar e incluso le guardaba un ejemplar si veía que escaseaban. Doña Candela observó que casi todos los días, junto al kiosco, dándole conversación a Ascensión estaba un hombre gordo, de mirada estrábica y nariz afilada, bastante desastrado que, con aquellos calores, vestía unos pantalones cortos oscuros que se abrochaban por debajo de su prominente barriga. Cuando alguien se aproximaba al kiosco el hombre que se llamaba Silvestre se apartaba un poco y fingía que estaba ojeando algún diario deportivo. Si no estaba en el kiosco, estaba apoyado en el quicio del portal que daba paso al edificio alto, por lo que doña Candela dedujo que debía tratarse del portero de la finca.

Un día tras otro, Silvestre estaba ya en el Kiosco o en el portal, pero se notaba mucho que se pasaba las mañanas pendiente de Ascensión. Una tarde en que doña Candela tuvo que ir a la ferretería a comprar algo que el fontanero le había pedido, con esa típica frase de casi todos los operarios: ¿No tendrá usted una llave inglesa del quince o una broca del siete?, se encontró con la pareja formada por Ascensión y Silvestre, a la que acompañaba una muchachita con la cara de Silvestre y las hechuras de Ascensión, entonces comprendió que debían ser un matrimonio, aunque había algo raro en la relación de aquellas personas que hizo que se dispararan sus alarmas interiores. Su curiosidad por saber algo de aquella extraña familia se puso al rojo vivo y empezó a pensar en quien podría informarla de lo que se cocía en aquella pareja.

Una mañana, cuando las obras ya habían superado los diez días, hete aquí que vio salir del portal de Silvestre a una conocida de la parroquia. Aunque no había cruzado con ella más que un par de frases, decidió que era el momento de estrechar lazos de amistad con ella. Así que puso su expresiva cara de sorpresa y se dirigió a ella llamándola por su nombre y preguntándole cómo con aquellos calores estaba todavía en Nicegante. Doña Sagrario, que así se llamaba, la informó de que había tenido una avería en su casa, se le había salido la lavadora y había mojado al vecino de abajo. Doña Candela aprovechó la coincidencia para informarla de que le había sucedido algo parecido. Hablando de los operarios y de que había que vigilarlos estrechamente para que no hicieran un estropicio mayor del que se suponía iban a arreglar, la cosa derivó hacia el edificio y sus vecinos. Doña Candela, como sin querer, nombró a Silvestre, alabando las ventajas que supone tener un portero en la casa, que siempre puede echar una mano en casos como aquel. Esta afirmación desató las iras de doña Sagrario y su lengua.

En resumen, la historia del portero era la siguiente. Había sido contratado por la comunidad de vecinos cuando los porteros solían tener vivienda, pero Silvestre tenía cuatro hijos y no cabían en el cuartucho que estaba en la azotea. De manera que su mujer vivía en el pueblo del que procedían, con los cuatro hijos y él sólo iba allí a dormir. Por la mañana bien temprano se dedicaba al aseo de la escalera, luego estaba en el portal y por las tardes sacaba las basuras y a eso de las seis de la tarde se volvía a su pueblo. Como era sastre de profesión, en el cuarto de la azotea había puesto un taller y se dedicaba a hacer arreglos de ropa para caballero. Con lo que la mayor parte del tiempo se lo pasaba en su negocio y desatendía el portal. Como tenía allí un camastro,

bajando la voz, doña Sagrario, le contó que también le arreglaba el cuerpo de vez en cuando a la kiosquera. De esos arreglos había nacido una niña que tendría ahora unos diecisiete años. Así que Silvestre, además de sus cuatro hijos en el pueblo, tenía una quinta hija en la capital. Ya estaba a punto de jubilarse, en las vacaciones de agosto se acababa su dedicación al edificio, y Doña Sagrario se preguntaba qué haría cuando ya no tuviera la excusa del trabajo para venir a ver a Ascensión.

Doña Candela confirmó una vez más que las vidas de las personas pueden siempre sorprenderte y son una fuente inagotable de datos sociológicos que revelan que la sociedad más normativa esconde siempre excepciones.

Las obras terminaron, doña Candela se marchó por fin al pueblo y disfrutó allí de su mes de agosto, como era habitual, en compañía de sus hijos y nietos y de la inestimable amistad de María Luisa. A su regreso, camino de nuevo hacia la playa, acertó una mañana a pasar por el kiosco y allí estaba Silvestre en dulce plática con Ascensión. Doña Candela que iba con prisa, no se detuvo, pero apuntó en su agenda que debería prestar atención a aquella historia y averiguar con qué subterfugio el portero había conseguido seguir pelando la pava con la kiosquera.

Capítulo 17

El mes de agosto había sido tranquilo. María Luisa y doña Candela habían dado sus paseos, habían tomado sus heladitos en la plaza de la iglesia, donde había una cafetería que se convertía en heladería en el verano y habían ido a misa o a tomar el aperitivo siempre que había habido obligación u ocasión. A pesar de ser un mes sin grandes hallazgos, ya que habían examinado entre ambas la mayoría de las vidas que podían ofrecer algún interés, no fue en absoluto estéril.

Una tarde, paseando por uno de los caminos, se toparon con un caballero muy aseado, tocado con un sombrero de paja que le daba un cierto aire de indiano y que llevaba, más bien como adorno, un bastoncillo de bambú en la mano. María Luisa dio un respingo que doña Candela notó inmediatamente, puesto que iban cogidas del brazo. Miró a la marquesita con cara de interrogación, pero esta apretó los labios en una sonrisa forzada y, dirigiéndose al indiano, lo saludó como se saluda a alguien a quien se conoce de antiguo, pero a quien no se ve desde hace mucho tiempo.

El saludo era una especie de pregunta en la que se notaba que había cierta duda, pero que, al tiempo, sonaba a afirmación. Al oírla, el atildado caballero fue quien tuvo una especie de espasmo. Frunció los ojos, mientras su boca se quedaba abierta, expresando una mezcla de sorpresa y sobresalto. No se atrevió a nombrar por su nombre a quien le interpelaba, pero se vio con claridad que había reconocido a su interlocutora. Esta, haciendo caso omiso de la actitud reticente del hombre, siguió preguntando con tono de afirmación si ahora vivía allí, si estaba de veraneo, si había venido con su familia y si seguía ejerciendo de dentista.

El hombre con apariencia de indiano contestó vagamente a sus preguntas, casi con monosílabos y de pronto construyó una inesperada frase completa: Estoy aquí pasando unos días con mi esposa, que seguro vendrá en unos minutos. Diciendo esto, se tocó el ala de su sombrero y siguió su camino tras un apresurado adiós.

Doña Candela, ante aquel insólito encuentro y lo absurdo de la conversación, si es que se puede llamar así, tenía las cejas como dos arcos góticos y miraba fijamente a

la marquesita, esperando una aclaración a aquella escena que acababan de vivir. María Luisa, tras murmurar por lo bajo ¡tan idiota como siempre!, pasó a informar a su amiga de quién era el del panamá de paja.

De nombre Antonio y de rimbombante apellido de los de guioncito que evitan ser un López o un Pérez a secas, el indiano era un muchacho al que ella había conocido en su juventud. Ahora ya era un setentón cumplido, pues al menos tenía unos quince años más que María Luisa. Pero mejor será empezar por el principio.

Cuando yo era una chica de unos catorce o quince años, tenía una compañera de colegio que se llamaba Casilda, hija de un militar. Esta chica era huérfana de madre y pasaba muchas horas en casa conmigo. Las dos fingíamos estudiar juntas y hacer las tareas. Mi tía, que era quien cuidaba de nosotros, le tenía verdadero aprecio, pues veía en ella a otra huérfana que hubiera necesitado los cuidados de una tía como ella. Por eso se deshacía en atenciones y ponía unas meriendas estupendas de medias noches de jamón y algún dulce, además del consabido café con leche o el vasito de leche fría, cuando llegaba el calor. Casilda le devolvía zalamerías y mimos y mi tía estaba encantada, aunque a veces comentaba lo de ‘lo que es un estómago agradecido’.

Dos años estuvo Casilda en el colegio y éramos inseparables. Sin embargo, cuando se acercaban las vacaciones de verano del segundo año que ella estuvo en el colegio, apareció un día mohína y, con los ojos llenos de lágrimas, me comunicó que a su padre lo habían ascendido y lo destinaban a una conocida plaza militar.

Su padre había decidido que, en cuanto terminaran las clases, ambos se irían a su nuevo destino. Casilda había llorado y suplicado, pero el padre que no tenía con quien dejarla, se resistía a ceder. Una tarde, mi tía, enterada del caso, se hizo la encontradiza con el padre de Casilda y lo convenció de que dejara a la chiquilla en Nicegante, mientras él se instalaba en su nuevo pabellón. Abrumado por la amabilidad de mi tía y convencido de que era una buena solución, pues no le parecía procedente que ambos se instalaran en la residencia de oficiales, mientras le asignaban la casa, accedió a dejar a Casilda con nosotros, tras hacer prometer a mi tía que, en justa correspondencia, debía dejarme pasar a mí allí con ellos el resto del verano. Incluso llegó a proponer que mi tía nos acompañara, pero esta se negó porque una señora como ella cómo iba a meterse en casa de un viudo aún de buen ver. Comprendiendo los reparos de mi tía, se llegó al compromiso de que ambas viajaríamos en tren, escoltadas por algún guardia civil de los que solían ir en los trenes para vigilar al pasaje y mantener el orden.

Así fue como yo me fui a casa de Casilda a aquella ciudad que parecía un inmenso acuartelamiento. Todo el mundo iba de uniforme o la mayoría. Encontrabas patrullas de la policía militar a cada paso o bien a pie o bien recorriendo las calles en un jeep descubierto. En la misa mayor del domingo, cantaba un coro de soldados y se tocaba el himno nacional en la consagración. En fin, que parecía que estábamos siempre en una misa de campaña. Cualquier acto cívico contaba con la participación de la banda de este o aquel regimiento y en las procesiones, escoltaban a los santos unos cuantos alabarderos o zapadores con su pico y su pala bien relucientes a la espalda. Las pocas diversiones que había tenían lugar en la hípica, donde además de concursos de saltos de caballos o exhibiciones de doma, había verbenas, y en el casino de oficiales, donde, sin saltos de caballo, también había bailes o se iba a tomar el aperitivo o a sentarse para ver pasar al personal.

Casilda y yo, que éramos capaces de pasarlo bien con el vuelo de una mosca, no percibíamos lo opresivo de aquel ambiente, sumamente jerarquizado y cerrado, en el que si no eras la hija de un coronel, como el padre de Casilda, eras un paria, o si se te ocurría ponerte una ropa informal, nadie te saludaba, mientras que si te ponías tus mejores galas y tus zapatitos de charol a juego con el bolso, todas las señoras te sonreían y te miraban con arrobo.

Casilda y yo íbamos por la mañana a nadar a la piscina de la hípica, en el acotado para mujeres y niños, que estaba separado del de los caballeros. La piscina de estos últimos estaba generalmente vacía, pues casi todos los caballeros hacían salud junto a la barra del bar, mientras que los niños pequeños con sus salvavidas se apiñaban con sus madres en la otra y apenas te dejaban dar dos brazadas seguidas. Aún así lo pasábamos bien y yo recuerdo aquel verano como uno de los mejores de mi vida.

En casa del padre de Casilda, estaba sirviendo una muchacha joven, algo cegata y picada de viruela, pero que era una buena cocinera y muy pulcra, tanto para la limpieza en general como para su aseo personal. Esta chica se llamaba Maite, ya había servido al anterior coronel y era de un pueblo cercano. Gracias a su sueldo mantenía a su madre que ya era anciana y tenía tan poca vista como ella. Maite aspiraba a casarse con algún militar de baja graduación que la quitara de servir en las casas, pero su aspecto poco agraciado y sus gafas de culo de vaso no le ofrecían muchas oportunidades.

Salía las tardes de los domingos, que era cuando libraban a la semana las chicas de servir, y se iba con sus amigas al parque o a ver una sesión doble en el cine. Sus amigas habían ido pescando a un cabo, a un sargento o a un brigada, esto último las que tenían más suerte y eran más agraciadas. Poco a poco Maite se iba quedando sola y sólo conservaba una amiga gordita, tan poco atractiva como ella, de manera que parecía abocada a una eterna soltería.

Una tarde en que Casilda y yo nos preparábamos para ir a la hípica, donde había una verbena, oímos a Maite sollozar tras la puerta cerrada de su cuarto. Preocupadas por si le pasaba algo, llamamos a la puerta y, sin esperar respuesta, nos colamos en la habitación. Allí estaba Maite como una dolorosa, sentada en su cama y llorando a lágrima viva, con una carta entre las manos. Por más que la interrogamos no conseguimos que articulara palabra. Casilda que era más decidida que yo, le arrebató la carta y comenzó a leerla. Luego me la tendió y yo me quedé horrorizada de ver lo que ponía allí.

Era una misiva escueta pero muy desagradable. Venía a decir que cómo Maite había pensado nunca jamás en su vida que un oficial como él se podría casar con una criada. Que lo que convenía era que abortara y le recomendaba un par de lugares y, si no quería ir a esos sitios, que se tomara esto y aquello, con claras prescripciones de cómo hacerlo, sin duda dictadas por alguien que sabía de medicina. Casilda y yo estábamos petrificadas.

En silencio, Maite se levantó y rebuscó en el cajón de una cómoda, sacó un ato de cartas todas ellas escritas por la misma mano de aquella otra carta infame y nos las dio a leer. Estas cartas eran cursis y prolijas, llenas de versos copiados posiblemente de una antología de poemas de amor. En ellas el autor ponderaba la belleza de alma y de cuerpo de Maite y la invitaba a abandonarse en sus brazos, pues no podía dominar por más tiempo la pasión que lo dominaba. Sin decirlo claramente, había escrito promesas que podían entenderse como de matrimonio y que parecían, según avanzaba la lectura de las cartas, cada vez más firmes. Incluso le pedía que le presentara a su mamá, porque tenía que conocer a quien había tenido a aquel ángel de sus sueños y presentarle sus respetos. Él no había tenido madre y esperaba que la madre de Maite le acogiera como a un hijo. En fin, que cualquiera, incluso no muy ingenuo y con mejor porte que Maite, habría creído en la sinceridad del pretendiente.

Sin duda Maite le creyó y cayó en sus brazos. De ello resultó aquel embarazo y el posterior rechazo del seductor a hacerse cargo de nada. Maite se veía ya en la calle, veía a su madre en la más negra de las miserias y se preguntaba con angustia cómo podría criar a aquella criatura, pues nadie la aceptaría en su casa con un hijo sin padre.

Como sabes –añadió María Luisa- en aquella época no era como ahora. Una madre soltera era una proscrita de la sociedad biempensante y, en las condiciones de Maite, sólo le quedaría o bien trabajar en una fonda de mala muerte o dedicarse a la prostitución. La muchacha era plenamente consciente del negro futuro que le aguardaba.

Casilda y yo la consolamos como mejor pudimos, le aconsejamos que se secara las lágrimas y que de momento no le dijera a nadie cuál era su situación. Aún tardaría meses en que se le notara el embarazo, así que no tenía por qué saberse sino cuando fuera inevitable. Mientras le decíamos esto, las dos estábamos pensando en averiguar quién sería el padre. Ya teníamos un dato; era un oficial y también que se llamaba Antonio, pues siempre firmaba sus cartas, menos la última, como ‘tu Antonio’.

Los días siguientes a conocer estos hechos, estuvimos escudriñando las caras de todos los oficiales jóvenes con los que nos encontrábamos por la calle, en el casino o en la hípica. Las dos estábamos convencidas de que debía tener cara de crápula. Seguro que llevaba inscrito en el rostro el signo del pecado. Pero por más descaro con que mirábamos a unos y a otros, no llegábamos a estar seguras. Sometimos, con mucho cuidado, al padre de Casilda a algún interrogatorio acerca de los nuevos tenientes y capitanes que habían llegado el último año a la ciudad, pero sus respuestas no nos dieron muchas pistas y además levantaron en él la sospecha de que nos interesaba alguno de ellos, cuando él consideraba que éramos muy jóvenes para novios. Nos soltó todo un sermón acerca de que tuviéramos mucho cuidado con los oficiales, pues estos solían tener novias en sus ciudades de origen, con las que algún día se casarían y aprovechaban el hecho de estar destinados lejos de casa, para tontear con todas las chicas guapas que veían, pero las dejaban luego más plantadas que un ajo. Casilda, sin poderlo remediar, le dijo a su padre: Y a más que tontear, incluso con las feas. El padre no hizo mucho caso del comentario, pero Maite, que estaba sirviendo a la mesa en aquel momento, salió disparada del comedor, haciendo que tosía y estornudaba, para disimular un sollozo que se le había escapado.

Una tarde en que parapetadas tras la cristalera del casino estábamos a punto de rendirnos porque el vil seductor no se nos presentaba, hete aquí que entró un teniente de

infantería que además portaba un brazalete que indicaba que era sanitario. Sin saber muy bien por qué, las dos nos miramos y comprendimos que aquel era nuestro hombre. Era un muchacho no muy alto, pero guapito de cara. Rubio, con ojos azules y tez de un suave moreno. Llevaba un uniforme impecable y andaba muy convencido de su porte. Se acompañaba de un bastoncillo de bambú, cosa que no era muy habitual entre los que no eran de caballería.

En este punto, doña Candela dio un respingo. Ya sé que lo has adivinado. Efectivamente el tipo con pinta de indiano es el mismo oficial, solo que también han pasado para él los años y se quedó de piedra cuando me encontró en el camino. Este pájaro era entonces un teniente médico, porque era dentista. Creo que después abandonó el ejército y se dedicó a la práctica privada. Yo jamás he ido a su consulta. Supe que se casó con una chica bien de Nicegante, porque ambos eran de aquí. Posiblemente el padre de Casilda fue el que lo presionó para que dejara el ejército, pero esto lo he supuesto, claro, porque el padre de su mujer ya era dentista y yo creo que él se casó con ella para heredar la consulta de su suegro. Su mujer es una especie de copia fotográfica de Maite, también está picada de viruela y lleva unas gafas de cristales gordos que disimula poniéndoselos tintados. En cualquier caso, parece que ese era el tipo de mujer que le gustaba, así él se sentía superior y el guapo de la pareja.

La cuestión es que supimos que el tal teniente sanitario se llamaba Antonio y conseguimos que una señora nos lo presentara en una verbena. Él empezó a tontear con nosotras, haciendo gala de sus habilidades de seductor, hasta que supo de quién era hija Casilda. En ese instante, perdió casi el color bronceado, se quedó lívido y con una excusa más bien pobre se apartó de nosotras. Todo el tiempo que estuve en casa de Casilda aquel verano, nos lo seguimos encontrando aquí y allá. Un día incluso, en una de las verbenas, nos hicieron una foto de grupo en la que estaba él. Se la enseñamos a Maite y esta lo señaló sin la menor duda.

Casilda y yo, armándonos de valor, le dijimos a su padre lo que pasaba. El buen hombre aquel se puso rojo de ira. Nos echó otro sermón acerca de que dos niñas, dos señoritas, decía él, no debían hablar de esas cosas. Ni siquiera debían saber de ellas, hasta que no estuvieran casadas. Nos trató como si tuviéramos cinco años y nos mandó a nuestro cuarto. Nosotras nos fuimos a la habitación con la impresión de que aquel hombre echaría inmediatamente a Maite a la calle y a mí me mandaría con mi familia.

Nos sentíamos culpables de haber destapado el asunto y teníamos una gran congoja, pensando en el futuro de la pobre chica y de su criatura.

Sin embargo, el padre de Casilda era un caballero. Llamó a Maite a su despacho, le preguntó si la cosa era cierta y quién era el padre. Maite se lo dijo. No sabremos nunca si llegó a hablar con el desaprensivo teniente, pero lo cierto es que éste desapareció de la ciudad incluso antes de que yo me volviera a mi casa en el mes de septiembre.

Doña Candela le preguntó a María Luisa que había sido de Maite y qué había decidido para con ella el padre de Casilda. María Luisa, tras insultar al indiano de la varita de bambú, se deshizo en elogios acerca del padre de Casilda. Aquel coronel honorable había mandado a la chica a su pueblo cuando ya el embarazo empezaba a hacerse patente. Le estuvo pagando el sueldo como si estuviera aún trabajando para él y dejó que Maite se quedara con su madre y el chiquillo hasta que este cumplió los dos años. Entonces la mandó llamar y la aceptó de nuevo como sirvienta en la casa, con niño y todo. A todo el mundo le contaba que la pobre se había quedado viuda y que como era tan buena cocinera, la había readmitido para ayudarla con el niño. Mucha gente debió pensar que el niño era del coronel, pues llevaba muchos años viudo y era casi normal, en aquella época, que los señoritos se beneficiaran al servicio, más en su caso. Pero el chiquillo salió clavado a su padre; rubio, de ojos claros y con una tez un poco bronceada, aunque no le diera el sol, así que el rumor se disipó solo.

Maite cuidó del coronel hasta que el hombre murió y el niño le llamaba yayo. Hizo medicina, porque era muy buen estudiante y cuando le dijo a su madre que ya podía dejar de servir, su madre le contestó que de ninguna manera, que ella seguía con el coronel. Al morir este, se fue a casa de Casilda y la ayudó a criar a sus hijos. Todavía está en casa de Casilda y es como la abuelita que no tuvieron. Todos la llaman yaya y el médico llama prima a Casilda.

Este idiota, dijo refiriéndose al indiano, no ha tenido hijos con su fea mujer. Podría ahora estar contento con uno que ha hecho carrera y tiene cuatro hijos, pero él se lo pierde por sinvergüenza. Lo único que lo salva es que todavía se sobresalta cuando ve a alguien que conoce su historia, como le ha pasado conmigo.

Doña Candela pensó que este era un comentario muy benevolente por parte de María Luisa, pues era muy probable que no fuera arrepentimiento lo que le hizo

respingar, sino por miedo a que se supiera que había dejado un hijo abandonado y lo que eso podía suponer para su reputación de dentista, casado con una señorita bien.

Doña Candela que siempre había sido muy poco amante del ejército y se vanagloriaba de ser antimilitarista y pacifista, volvió de aquel paseo por el campo con el corazón dividido. Pues si por una parte el dentista no era más que un militarote de la peor ralea, lo que la reafirmaba en su rechazo a las fuerzas armadas, por otro lado, el coronel padre de Casilda se había mostrado como un caballero cristiano, misericordioso y temeroso de Dios, representando así a lo mejorcito de los hombres de armas en cuanto al honor y el respeto se refiere.

Varios días después, Doña Candela se encontró con el indiano dentista en misa. Este hizo como que no la reconocía, pues iba del brazo de su esposa y hubiera tenido que dar muchas explicaciones acerca de cómo, de dónde y de qué la conocía. Estaba mirando al dentista y a su esposa según iban a comulgar, cuando su marido le susurró al oído: Ese de ahí es un sinvergüenza que dio un buen braguetazo. Según dicen tiene hijos naturales por toda España y con la legítima nada. Y el tío va a comulgar tan fresco. Doña Candela no salía de su asombro. Don Andrés sabía más de lo que parecía y eso llegó a asustarla, al tiempo que hacía subir varios grados la estimación en que tenía a su marido. Pero sin dejar traslucir sus sentimientos, le replicó también por lo bajo: Peor sería si no fuera nunca a comulgar.

Capítulo 18

Además del encuentro con el indiano y el descubrimiento de los conocimientos de don Andrés respecto a las vidas ajenas, la estancia en el pueblo resultó aquel año de lo más divertida y llena de sorpresas. Una semana después de instalarse en el pueblo, María Luisa presentó a su arquitecto alemán que acababa de llegar. Este, de nombre Hans y apellido lleno de consonantes e impronunciado, hablaba un español muy correcto, entreverado de italiano, pero perfectamente comprensible. Se amigó inmediatamente con don Andrés, quien le hizo partícipe de las bondades de pasar parte de las tardes en la penumbra del bar, tomando un cafelito, siempre acompañado de la copa de coñac, jugando al dominó o a las cartas.

El tute y en particular el mus se le dieron al alemán como si los hubieran inventado en su tierra. Convertidos en pareja de juego, ambos arrasaron con los del pueblo, lo que a más de uno le hizo exclamar que no volvería a jugar con gente ‘estudiada’. Aunque no hay constancia de que ninguno de los quejumbrosos desplumados dejara de acudir a la partidita.

Los hijos y los nietos del matrimonio llevaban sus vidas cada vez más al margen de los abuelos, de manera que estos alternaban sus idas al pueblo con cenas ya en casa de doña Candela, ya en el jardín de María Luisa o con largos paseos por los alrededores, emparejados los dos hombres, hablando de sus cosas, mientras la pareja femenina se dedicaba a charlar de lo que le interesaba.

En una de estas ocasiones, doña Candela le preguntó a María Luisa cómo era que el alemán se había decidido a pasar allí el verano y la Marquesita la informó de que iba a quedarse para siempre. Ella había decidido que si su hijo la quería ver, que viniera a España y el alemán había decidido que el clima de este país y la compañía de María Luisa eran algo que no tenía par en Alemania. De manera que arrendó por una buena cantidad su estudio a un socio y se mudó con armas y bagajes al sur. La mejor de las sorpresas estaba por venir. María Luisa le confió que pensaba casarse con él en cuanto volvieran a Nicegante. Ya se sabe que en ese barrio no podía vivir con él sin casarse, bastante chismorreó habría aún con sólo contar que tenía un marido alemán para mayor

abundamiento, y lo más sorprendente; les pidió a ambos, don Andrés y doña Candela, que fueran sus padrinos de boda.

Candela estaba que no le cabía el gozo en el cuerpo. La novedad de tener todo el invierno allí a su amiga casada con un hombre encantador, de buen ver y para más gracias arquitecto y extranjero, la convertiría en la envidia de las del barrio. Nada podía superar algo así, por mucho que se esforzaran las del chocolate del jueves. No tendría que esperar mucho para disfrutar de todo ello, porque María Luisa y Hans pensaban sumarse a ellos en su estancia en Aguas Calientes, de modo que el triunfo total empezaría en el balneario.

Los días de agosto se deslizaban con suavidad y las dos parejas disfrutaban de sus charlas, las partiditas, los paseos y las cenas como niños con zapatos nuevos. No obstante, doña Candela, con su habitual perspicacia, observó que don Andrés, a ratos, se quedaba ensimismado y con la mirada perdida. Otras veces, mantenía misteriosas charlas con Hans que cesaban abruptamente al acercarse las dos mujeres.

Ambas comentaron este modo de comportamiento extraño en sus parejas y acordaron sonsacarlos para ver qué se traían entre manos, pero ninguno de los dos soltaba prenda. Desesperadas por saber qué se cocía, una noche, después de una copiosa cena, en la que Hans y su anfitrión habían bebido más de la cuenta y tenían las mejillas enrojecidas y la lengua un poco pastosa, las mujeres se miraron y a una sola voz los sometieron a un interrogatorio directo y apremiante.

Sacaron en conclusión lo siguiente: A la partida del bar se había sumado recientemente Luis, 'El Ventana'. Este tipo, de porte más bien enclenque, sucio y descuidado, se había ganado su apodo al amenazar con arrojarle por una ventana del Ayuntamiento, cuando el alcalde le había negado algo que solicitaba sin hacer caso del derecho ni de las leyes. El alcalde y un par de concejales consiguieron detenerlo cuando ya estaba a caballo del alféizar. El se ganó el apodo de 'El Ventana', el alcalde el de 'El Cagao' y Luis consiguió lo que pretendía; a saber, que le declararan urbanizables unos terrenos rústicos y llevaran hasta ellos la carretera y las acometidas de agua y de luz. Gracias a eso se había hecho de oro, por lo demás se ganaba honradamente la vida desde hacía años con una fábrica clandestina de calzado, en la que empleaba a inmigrantes a los que pagaba una miseria y no tenía inscritos.

Luis, cuando supo que Hans era el marido de María Luisa y que don Andrés era el hijo de la Asunción, se hizo muy amigo de ellos. Les daba coba, se dejaba ganar a las

cartas y les daba palmadas en la espalda a la menor ocasión. Una tarde, los llevó a un aparte y les preguntó si aún tenían la viña y los almendros junto al barranco de la ermita. Al principio don Andrés no cayó en la cuenta de qué le hablaba y contestó con una evasiva, pero el otro insistía dándole detalles de dónde caía el terreno de la viña. Finalmente se acordó de que se trataba de una finca de su abuelo que llevaba años abandonada. Había habido un litigio con unos primos suyos por ella, pero se resolvió a favor de su padre y, desde luego, la viña o lo que quedara de ella era de don Andrés. Casi lo había olvidado y Luis le informó de que aquel era un magnífico lugar para hacer un ‘residencial’ y vendérselo a jubilados suecos, de esos que se mueren por el sol, el jamón y la paella.

Aquella propuesta les sonó a Hans y a don Andrés como algo lleno de riesgos. Eran unos terrenos rústicos que hacía muchos años que no se cultivaban porque se trataba de un secano desolado, al pie de unas colinas, cubiertas de plantas de esparto salvajes, que se recortaban sobre la inmediata sierra. Allí no había sino culebras, piedras y polvo, un sol inmisericorde en el verano y unas heladas de aquí te espero en el invierno. La zona, no en vano, recibía el nombre de La Chicharrera. Luis, sin embargo, veía el negocio factible, porque su hija, cosas del azar, se había casado con el edil de desarrollo local. Un título que se refería a toda clase de despropósitos que sirvieran para atraer inversiones extranjeras o de donde fuera al pueblo. Eso supondría que habría trabajo y prosperidad, en particular para el concejal. Entre otros proyectos fallidos en su primer año de mandato el concejal, yerno de Luis, se había empeñado en traer un parque de atracciones, después quiso hacer un golf-resort en otro páramo cercano, luego lo intentó con un museo de las fiestas y finalmente con un campo de trabajo veraniego sobre los restos de una antigua almazara romana. Tras estos sonados fracasos y como el tiempo vuela, antes de las próximas elecciones tenía que hacer algo que fuera de gran efecto y le ganara el favor de los electores, pues si ganaba, todavía le quedaban esperanzas de hacerse más rico, pero si perdía, era su última oportunidad de lograrlo.

Su suegro, recordando su propio ascenso a la categoría de persona pudiente, le aconsejó que hiciera algo del estilo; buscar un terreno que valiera cuatro perras, urbanizarlo y vendérselo a los suecos que se dejaran convencer por un montón de dinero. Ellos, entre los viales, la acometida de aguas y luz y la propia construcción de chalecitos con su piscina en el centro, se podrían embolsar un buen dinerito. El edil no estaba muy dispuesto a partir con su suegro, pero este le hizo ver que la idea había sido

suya y que eso vale dinero. Así mismo se comprometió a traerle los terrenos correspondientes.

Luis conocía perfectamente la zona y se dedicó en su viejo coche a recorrer todos los caminos, hasta que dio con la viña y los almendros de La Chicharrera. Tenía la sospecha de que la viña era de la familia de don Andrés, el de la Asunción, pero no sabía o no recordaba de quién eran los almendros y lo que necesitaba era que los dos propietarios se avinieran a vender ambas fincas, porque sólo con una no se podía hacer el gran complejo que pretendía. Al menos se debían construir unas trescientas viviendas para que se transformara en suelo urbanizable y la administración concediera el uso de agua y luz o tirara para aquellos rumbos una cinta asfáltica medio decente.

Llegados a este punto, María Luisa intervino; los almendros son míos. Mi padre se los compró a un fabricante de calzado de este pueblo, hará unos cincuenta años. Yo estuve dudando si hacerme la casa en aquel sitio, pero la verdad es que cuando vi aquella desolación, todo el polvo que allí había y lo lejos que está del pueblo, por un camino de tierra indecente, decidí que lo mejor era venirme para esta zona, desde la que se puede ir andando al pueblo y donde no sopla directo el viento de la sierra. Se me había olvidado que tenía yo ese pedazo allí.

Tras la confesión de don Andrés, corroborada por Hans que ahora se veía, como consorte, metido también en el lío, decidieron que se darían una vuelta por allí para ver el estado del lugar y evaluar lo que le podrían pedir a 'El Ventana' por aquellos dos baldíos inhóspitos. Don Andrés, con su hablar pastoso por la bebida, aún protestó un poco, argumentando que aquello le parecía poco ético. Pero las mujeres a coro dijeron, ya veremos, y se comprometieron para hacer la excursión la tarde siguiente.

Saliendo del pueblo hacia el noroeste, tomando una trocha que salía a la mano izquierda de la carretera, empezaron a traquetear, subiendo y bajando cerros. Dejaron atrás la ermita que estaba casi en ruinas y finalmente, donde moría el camino y se convertía en una vereda apenas hábil para las cabras, dejaron el coche. Atravesaron a pie la barranca y llegaron a unos tristes campos cubiertos de cardos y abrojos en donde aún se veían unas cuantas cepas retorcidas y unos enclenques almendros. Aquellos campos lindaban con la falda de otros cerros, que se elevaban hasta llegar al pie de la sierra, cubiertos de una pobre y cenicienta vegetación inclinada por la fuerza del viento.

Debe ser aquí, dijo don Andrés, y tímidamente comentó: no creo que haya ningún sueco tan tonto que se quiera venir a vivir aquí. Su mujer le lanzó una mirada

incendiaria, mientras Hans, en su calidad de experto, decía que aquello bien urbanizado y acondicionado, plantando algunos árboles, podía valer unos cuantos millones de euros y si los suecos eran tontos, eso era cosa suya. Posiblemente en el análisis del alemán quedaba algún resto de los problemas que les había acarreado a sus antepasados la Liga Hanseática. Sin consultar a nadie, Hans se dedicó a dar grandes zancadas a lo largo y ancho de ambas parcelas de terreno. A su regreso, sudoroso por el esfuerzo y por el calor que hacía aunque el sol ya estaba bajo, evaluó el área y dijo que, efectivamente, construyendo cada chalecito en tres alturas, salían muy bien unas trescientas viviendas, dejando espacio para una piscina y jardines. Sacó un teléfono de última generación, tecleó y dijo solemnemente que aquellos terrenos les proporcionarían una cantidad de dinero estimada en unos trescientos mil euros, lo que suponía..., aquí María Luisa le interrumpió, preguntándole a Candela, qué harías con veinticinco millones de pesetas, teniendo una amiga que tiene otros veinticinco millones.

A esta le dio una ligera taquicardia, como si ya tuviera el dinerito en el bolsillo y mentalmente empezó a hacer planes de comprarse otro piso con una terraza grande, de viajar a múltiples lugares con los que siempre había soñado y con adquirir un solitario que era una cosa que en silencio había deseado, sin que jamás pudiera permitírselo. Un poco de remordimiento le dio, cuando en unos segundos vio que se había gastado ya un montón de dinero y fugazmente pensó en los pobres y necesitados.

Las dos parejas iniciaron el camino de retorno hacia donde habían dejado el coche, ajenos al ruido ensordecedor de las chicharras que cantaban en cada cardo. Tanto barullo armaban sus ideas en sus cabezas, que los animalitos aquellos apenas podían competir con ellas.

Silenciosos emprendieron el regreso. Pero al llegar a la puerta de casa de María Luisa, esta les invitó a cenar, para que pudieran hablar de cómo debían actuar con ‘El Ventana’. Establecida la estrategia que básicamente consistía en hacerse los indiferentes, en pedir un precio aún mayor y luego rebajar sus aspiraciones a la cantidad evaluada por Hans, se despidieron y esa noche ambas parejas tuvieron sueños de lo más variados, por lo que se levantaron muy cansadas, como si hubieran estado en vela.

La negociación con Luis, ‘El Ventana’, la dirigió curiosamente Hans. Los hombres decidieron que era mejor que él llevara la voz cantante en su calidad de entendido en construcción, valor de los terrenos y beneficios posibles. También porque actuaba como independiente y, por lo tanto y como él mismo decía, podía ser más

‘objetivo’. Pero Luis era duro de pelar. Se aseguraron de escoger un piso bajo para que no les hiciera ninguna demostración, pero se resistía a darles más de ciento veinte mil euros a cada uno de los propietarios. Finalmente llegaron al ni para ti ni para mí que supusieron unos ciento cuarenta mil euros para cada cual.

Satisfechos de su habilidad negociadora, que les había llevado más de una semana de idas y venidas, Hans y don Andrés comunicaron a sus respectivas mujeres el acuerdo tomado. Estas después de rezongar un poco y llamarlos blandos, consideraron que bien estaba conseguir todo aquel dinero por algo de lo que incluso se habían olvidado y nada valía para ellas.

Pronto se firmó la venta ante notario y descontado el pago a este por sus servicios, así como los impuestos correspondientes, ambas parejas se encontraron con un pequeño capitalito que les pareció haber conseguido en la lotería.

Todos estos eventos los dejaron exhaustos y con mayor razón y casi finalizado el mes de agosto decidieron que al menos debían estar algo más de tiempo en Aguas Calientes, darse todos los baños posibles y tomar los masajes relajantes, porque aquello les había producido una grave tensión.

Con este propósito, se fueron a su casa de Nicegante a cambiar de maleta para ir al balneario. Pero, antes, debían preparar la boda de María Luisa.

Doña Candela no tenía qué ponerse para un evento como aquel y mucho menos contando con que debía ser la madrina. La cosa se presentaba difícil. La novia, al ser una boda de mañana y tener ya una cierta edad, pensó que un abrigo corto, una falda a juego y una blusa algo más adornada, rematado el conjunto con un tocado de plumas blancas, pero no muy voluminoso, sería lo adecuado a su edad y circunstancias. Como aún hacía calor, lo mejor era encontrar un piqué brocado. Sin embargo, al no estar de moda, fue muy complicado hallarlo.

En la tienda de novias, donde también confeccionaban trajes con la tela de la clienta, les pusieron toda clase de dificultades; que si faltaba muy poco tiempo, que si era un modelo especial, que además eran dos trajes y no uno solo. Tanto a una como a otra intentaron colarles alguno de los que tenían en catálogo, pero ambas, mujeres de larga experiencia y reconfortadas por el dinerito recién ganado, se impusieron. La novia tuvo su conjunto de abrigo y demás piezas a juego y doña Candela se hizo con un modelo marrón chocolate y finos hilos de oro que se acompañaba de una mantilla cruda a modo de chal. Para la cabeza escogió un breve casquete a tono, con velito que la hacía

parecer más alta. Para dar un toque de color se compró unos zapatos de color rojo oscuro y un bolsito de mano dorado.

Luego vino el convencer a los hombres de que no podían desmerecer a su lado. Debían comprarse unos trajes de gala acordes con el atuendo de las señoras. Este asunto fue también complejo: Finalmente, don Andrés se compró un traje de tres piezas de un canela tostado y Hans otro parecido, pero gris marengo, con un ligero brillo. Las corbatas fueron objeto de largas disputas, pero se convino en que Hans llevaría una pajarita azul, que hacía juego con el color de sus ojos, y don Andrés una corbata marrón chocolate, que hacía juego con sus ojos y con el vestido de su mujer.

Lo precipitado de la boda hizo que el único testigo de la familia fuera el hijo de la Marquesita y no hubiera más invitados que el párroco, quien no desaprovechó la ocasión de acompañarles, sobre todo cuando supo que el menú incluía langosta con salsa americana.

Aunque doña Candela afirmaba que podían retrasar el ir a Aguas Calientes hasta primeros de octubre, porque los novios debían irse de Luna de miel, con muy buen sentido María Luisa y Hans afirmaron que ellos llevaban años de luna de miel y que ya era hora de que empezaran a comportarse como un matrimonio de jubilados.

Una semana después del feliz acontecimiento, las dos parejas en el coche de Hans se fueron a Aguas Calientes; los recién casados a iniciar su vida de pensionistas acomodados y los que ya llevaban más de cuarenta años de matrimonio, a comportarse como si estuvieran de viaje de novios.

El solo recibimiento de las del chocolate de los jueves ya bastó para que ambas amigas tuvieran la compensación a todos sus esfuerzos. Notaban las miradas de sorpresa y envidia y sentían cómo se caldeaban sus corazones al escuchar los susurros y cuchicheos a sus espaldas. Habían triunfado en toda la línea. Aquel fue un magnífico final de verano y comienzo del otoño.

Capítulo 19

La vida discurría plácidamente en el balneario de Aguas Calientes. Las amigas del chocolate de los jueves no salían de su asombro ante todos aquellos acontecimientos. No sólo la boda de María Luisa con Hans las había dejado estupefactas, sino que de alguna manera llegaron a sospechar que allí pasaba algo más.

Don Andrés y doña Candela, siempre tan parcós en gastos y tan reticentes a la hora de soltar una sola moneda, ahora se permitían no pocos lujos. Todas las tardes sacaban el coche y las dos parejas se iban al pueblo a dar una vuelta. Se sentaban en la heladería y no se conformaban con un cucurucho, sino que se entregaban con gula y decisión a consumir unas enormes copas de helado, de las que rebosaba la nata, el caramelo, las fresas, y que iban adornadas de bengalas o sombrillitas de papel.

Se notaba mucho que ambas mujeres visitaban con frecuencia la boutique del pueblo y no sólo lucían cada día un atuendo diferente, sino que incluso se habían hecho con prendas de invierno, de las de la nueva temporada que, a su precio normal, en otro tiempo hubieran escandalizado a doña Candela y la habrían inducido a huir de ellas como si contuvieran los gérmenes de la peste negra.

Interrogadas con habilidad por sus amigas, estas salieron del paso diciendo que el hijo de América le había hecho un regalo en metálico con motivo de la boda, ya que tenía de todo la novia, y doña Candela confesó que sus hijos le habían hecho también un generoso regalo por su cumpleaños, al considerar que la cifra que cumplía – que no dejó escapar en ningún momento, lo que llevó a sus amigas a una larga discusión acerca de si eran sesenta y cinco o setenta- era lo suficientemente redonda como para tener un detalle más generoso con ella, ya que llevaban años sin tenerlo y veraneando a su costa; y ya se sabe lo que dan de sí las pensiones.

Aquella explicación no surtió el efecto esperado y las dos amigas se confabularon para no dar pistas acerca de por qué se habían vuelto tan espléndidas. Así mismo, aleccionaron convenientemente a sus maridos con el fin de asegurarse de que, dejándose llevar por el natural talante bocazas de los hombres, no se fueran de la lengua y empezaran a alardear de cómo habían engañado al ‘Ventana’. Conseguido el

juramento solemne de los esposos respectivos, aún así no se quedaron tranquilas, pues notaron que los comentarios aún persistían, a juzgar por varios silencios que se producían sistemáticamente en cuanto ellas se sumaban a la tertulia. Tan encendida debía ser la cuestión a debate que, incluso aquellas mujeres que eran incapaces de estar un segundo calladas y poseían la rara habilidad de ensartar uno con otro los temas más diversos, a la llegada de María Luisa y doña Candela al círculo, cerraban la boca al menos durante unos diez segundos o más.

Las amigas debatieron el asunto concienzudamente, examinando todas las posibilidades para distraer a las del chocolate de sus intentos de averiguar cuál era la causa del despilfarro. Por más que le dieron vueltas al tema y a las posibles estrategias, no hallaban una que satisficiera su exigente espíritu, pues todas tenían algún punto débil que podía dejar al descubierto su reciente fortuna y su origen. Cuando ya desesperaban, un acontecimiento menor vino a salvarlas, pues el círculo de amigas estuvo el resto de la estancia en el balneario examinando por todos sus costados el dicho asunto.

La dueña de la peluquería, la prima de la fisioterapeuta, Inma de nombre, era una chica agraciada y muy agradable. Sin embargo, había tenido muy mala suerte con un marido que tuvo. Este pájaro, así le llamaban las contertulias, se dedicó a montar con otro socio una serie de negocios a cual más estafalario, hipotecando el local de la peluquería y el negocio mismo de su esposa. Como los negocios fracasaron, el tipo decidió desaparecer oportunamente y sin dejar rastro.

La peluquera que, como todas las chicas del pueblo, aspiraba a retirarse del trabajo una vez casada, no tuvo más remedio que seguir poniendo tintes, moldeadores y rulos, pues tenía que comer y además pagar las deudas del pájaro de su exmarido. Aunque consiguió el divorcio, en un pueblo tan pequeño, era muy difícil que la chica volviera a casarse y pudiera dejar su trabajo. Se resignó, pues, a su cruel destino y siguió al frente de la peluquería. Como esta con sólo las clientas habituales no daba para tanto como responder a las hipotecas y además vivir con cierta dignidad, decidió convertirla en uni-sex.

Esta decisión empresarial le permitió un cierto desahogo, pues a los caballeros del pueblo les encantaba ir allá. Ver a sus vecinas hechas unas fachas con los pelos pringosos y envueltos en papel de plata, escuchar sus conversaciones acerca de partos y comidas y tontear con una divorciada que además les masajeaba el cuero cabelludo cuando les lavaba la cabeza era el colmo de la diversión, después del fútbol y la partida

en el café. Además se enteraban de numerosos cotilleos que, aunque no lo confesaran, les interesaban los mismo o más que a sus convecinas.

La chica empezó a espumar con el eterno movimiento que había en su negocio. Cada día se sumaban nuevos clientes masculinos y las mujeres, que al principio se habían mostrado algo reticentes, empezaron a alegrarse de las miradas de aprobación que recibían de los varones, una vez que la peluquera concluía su proceso y las hacía salir de allí con el pelo lustroso, bien colocado y sin una cana. Sus ingresos le permitieron tomar una ayudante y además comprarse nueva ropa, alguna joyita y hasta un cochecito de segunda mano.

Esta prosperidad sobrevenida a fuerza de mucho trabajo fue, sin embargo, el comienzo de otro problema mayor. A sus clientes asiduos, se sumó 'El Pecas'. Este individuo, de profesión agricultor, camarero eventual y empleado municipal unos meses al año, se había casado con su Mari muy joven porque la había dejado preñada. De modo que a sus treinta y pocos años, ya tenía un hijo casi adolescente y una niña algo menor, que vino después de su boda con la Mari. Su mujer, que era una cría cuando la dejó preñada 'El Pecas', era una madre descuidada y un ama de casa totalmente incompetente. Tanto lo era que hasta 'El Pecas', de nombre de pila Ramón, se hartó de ella, se llevó los hijos a casa de su madre y se volvió a vivir con ella.

No se sabe que la buena mujer, abuela de los niños, padeciera ninguna enfermedad grave, pero en el pueblo corría el rumor de que se había muerto de la impresión de ver a su hijo regresar y de que, además, viniera acompañado de dos criaturas maleducadas y con claros signos de haber sido alimentadas de manera deficiente durante años.

Una vez instalado en la casa que fuera de su difunta madre, todos reconocían que 'El Pecas' había corregido buena parte de los malos hábitos de sus hijos. Ahora estaban bastante más reconocidos de aspecto y habían mejorado de modales. Sin embargo, el hombre se sentía solo y consideraba que era un peso muy grande cuidar de sus niños sin ninguna ayuda femenina. Fuera por eso o fuera porque Inma, la peluquera, estaba de muy buen ver y tan sola como él, lo cierto es que entre ellos surgió algo más que una amistad.

Cada uno de los amantes vivía en su propia casa, pero los chiquillos estaban cada con más frecuencia en casa de la peluquera. Entonces sí que se les vio medrar,

adquirir un aspecto lustroso y vestir con gusto y con aseo. Hasta ‘El Pecas’ tenía mejor aspecto, vestía con corrección y se comportaba como una persona razonable.

No se sabe con exactitud quién convenció a Ramón de que sus hijos deberían hacer la primera comunión. Había quien decía que había sido el cura, mientras que otros afirmaban que había sido la mujer del sacristán. El caso es que el padre, atendiendo a quien le aconsejara y después de consultar con los niños y con la peluquera, decidió que sería conveniente que acudieran a las catequesis.

Durante un par de años, los niños estuvieron acudiendo a la iglesia, hasta que un día la mujer del sacristán – y esto se sabía con certeza- le dijo que debía acompañar a sus hijos a la misa dominical, para que se fueran acostumbrando y porque era muy conveniente acudir en familia. Aquella mujer, la esposa del sacristán, parecía haberse propuesto convertir del todo a Ramón y, poco a poco, lo fue introduciendo en el círculo de un grupo de creyentes que pertenecía a uno de esos movimientos pietistas que tan presentes se han hecho en muchos pueblos.

La peluquera, viendo que se acercaba el momento en que los niños harían la comunión, pensó que sería bueno hacerle a la chiquilla un traje blanco lleno de volantes y vainicas y agenciarle al muchacho su preceptivo trajecito de marinero. Consultado Ramón al respecto, este negó que hubiera fondos con que hacer frente al gasto que supondrían las tales ropas y que con la mejor camisa, el muchacho, y con su vestidito más nuevo, la chiquilla, estarían suficientemente dignos para ir a recibir al Señor, quien, por otra parte, ama a todos por igual, vistan como vistan.

Inma, sin embargo, pensó que aquello podría traumar a los niños, pues todos estrenan esas galas absurdas que se usan en ese acto religioso, de manera que arañando de aquí y de allá, y sobre todo del sueño, ella misma confeccionó un vestido de primera comunión para la niña, con sus enaguas almidonadas, y otro de marinero para el muchacho con su corbatín de lazo y sus entorchados correspondientes en la manga.

Pocos meses después de la comunión, ‘El Pecas’ se presentó en la peluquería, casi a la hora de cerrar y con la cara muy seria. La peluquera, mientras recogía los últimos pelos del suelo, ponía las toallas a tender y lavaba los peines y las tijeras, le preguntó qué tripa se le había roto que venía con aquella cara de juez y este, cabizbajo y como hablando para el cuello de su camisa, le dijo que tenían que dejar su relación, porque estaban dando escándalo. Los ojos de Inma se abrieron como platos y en la boca se le quedó un gesto como de haber visto una aparición. Ramón le explicó entonces que

en su comunidad, así llamaba al círculo de fieles con quien se juntaba, no se veía bien que él hubiera abandonado a su esposa, que se hubiera juntado con una divorciada y que además llevara a sus hijos a casa de aquella mujer. Debía volver con su Mari y vivir en santo matrimonio hasta que la muerte los separara. Aunque él se resistió, al principio, diciendo que la peluquera los cuidaba mejor que su Mari, sus correligionarios, citando salmos y otros pasajes bíblicos, le apretaron tanto que no le quedó más remedio que decirle lo que le estaba diciendo y romper con aquella relación. Para finalizar su discurso, afirmó que ya había hecho las paces con su mujer y se la había llevado a casa. La peluquera, sin decir palabra, le arrojó un secador a la cabeza y le hizo un chirle en la frente. Ramón consideró que no había más que hablar y salió del local aún más cabizbajo que había entrado y llevándose la mano a la frente.

Inma en los días sucesivos informó a todos sus clientes de la salida de 'El Pecas' y recibió a cambio toda clase de consejos útiles, así como varias formas muy expresivas de mentarle la madre, que en gloria estuviera, al Ramón. Sin embargo, a pesar de gozar de todo el apoyo de sus clientes, la muchacha se sentía una vez más estafada y engañada. Aunque cumplía a la perfección con sus tareas y atendía a todo el mundo igual de bien que siempre, se la veía pajiza y triste.

Doña Candela, María Luisa y las del chocolate de los jueves debatieron el tema de manera exhaustiva. En ese debate se mezclaba la indignación con la conmiseración y también un serio reproche a esos cristianos tan devotos, que carecen de total caridad no ya tanto hacia los adúlteros, sino hacia unos niños inocentes a los que ahora se volvía a ver desastrados en sus ropas y con cara de comer poco y mal.

Lo peor de este asunto es que Ramón volvía a frecuentar la peluquería y las señoras de la tertulia se preguntaban cuándo alguno de los hermanos de la peluquera le rompería las costillas a aquel seductor de pacotilla. Entraba en la peluquería cada dos por tres con cara de perro apaleado, como si él fuera la víctima, a arreglarse el poco pelo que le quedaba. Cosa que la peluquera hacía con saña, por lo que, con frecuencia, salía de allí con una tirita en la oreja y los ojos llenos de lágrimas, pero no cejaba en su empeño de dejarse ver.

Las señoras en sus análisis del asunto llegaron a la conclusión de que en cualquier momento, de persistir en sus visitas a la peluquería, la peluquera le rebanaría el pescuezo con una navaja o le echaría ácido de los tintes en los ojos, como por descuido, y nadie la podría culpar de lo que habría sido un accidente laboral.

Aquella historia, que confirmaba que hay gente con mala estrella, apartó de la curiosidad de todas la cuestión de los dispendios de las dos amigas y estas, llegado el día, pudieron abandonar Aguas Calientes sin que nadie supiera el origen de su prosperidad.

No obstante, la historia hizo mella en el ánimo de doña Candela que siguió durante unos días dándole vueltas al asunto. Ella era una persona educada en la fe y frecuentaba la iglesia, participando de las ceremonias religiosas con devoción. El hecho de que hubiera esas comunidades de fieles que, al parecer, además de dedicarse a la oración y a otras devociones, en aras de una estricta moral que no admitía matices, se dedicaran a fastidiar la vida a la gente y, en particular, a unos pobres niños cuya madre biológica era un desastre, la hacía sentirse como fuera de lugar entre los cristianos. Al menos no sentía que existiera afinidad ninguna entre su modo de concebir a la divinidad y los deberes que ello implica y el comportamiento de esos comunitarios. Tras mucho debatir con su conciencia llegó a dos conclusiones: La primera de ellas, se refería a su convicción de que este tipo de fieles eran los que sembraban confusión y división entre los demás creyentes. La segunda, que se sentía satisfecha de no pertenecer a aquel tipo de comunidades. Llegada a este punto, tomó la firme decisión de vivir su fe al modo en que la había vivido siempre y, recordando su experiencia en el ropero, se reafirmó en no formar parte jamás de ningún grupo de fieles, fuera este reconocido como especial o particular, o no.

A pesar de que los pobres niños de ‘EL Pecas’ le daban mucha lástima y también Inma por su mala suerte, se alegraba en fondo de su corazón de que aquel episodio le hubiera permitido ocultar el origen de su riqueza presente.

Capítulo 20

Hacia finales de noviembre, Hans y don Andrés volvieron del bar de la Peña verdaderamente escandalizados y preocupados. Mientras charlaban con sus amigos y se tomaban unas cañas, acompañadas de unas patatas bravas, uno de los peñistas comentó una noticia del diario local. Acababan de empapelar al concejal de desarrollo de un pueblo y, por el nombre, al peñista le parecía que ese era el pueblo de don Andrés. No será pariente tuyo, preguntó. Don Andrés cogió el periódico y allí se encontró la foto del yerno de 'El Ventana' entre dos guardias civiles, a la puerta del Ayuntamiento.

Lo han pillado de lleno, añadió el peñista; el tío se ha dedicado a comprar terrenos rústicos por cuatro perras a varios incautos, les ha cambiado la calificación y se los ha vendido a una compañía inmobiliaria de un primo suyo por más del doble, para hacer un 'residencial', será cursi el tío, quedándose con parte del dinero. Lo acusan de no sé cuántas cosas y parece que no es la primera vez. Su suegro está también pringado. Han empezado a tirar de la manta y media corporación municipal y el alcalde a la cabeza han cogido dinero de ahí, arruinando de paso al Ayuntamiento, porque todo lo hacían mediante préstamos de la Caja rural comarcal. El director, un tal Benito, también ha ido al trullo. Pero ya verás cómo estos no devuelven nada.

En este punto, el debate se generalizó acerca de cuántos no habrían hecho lo mismo aquí y allá, de si se habían llevado el dinero al extranjero, de si con parte financiaban al partido y unas cuantas cosas más.

Las patatas bravas y la cerveza calentaban las bocas y las afirmaciones se iban cargando de insultos y menciones al árbol genealógico de todos los citados. Hans y don Andrés se miraban preocupados, pero, disimulando lo mejor que podían, entraron en la discusión, aportando todos los datos posibles y jurando como el que más.

Una vez fuera del bar, Hans le aseguró a don Andrés que no tenían de qué preocuparse, pero que para evitarlo, lo mejor sería consultar con un abogado amigo suyo. Los dos hombres se despidieron comprometiéndose a no decir palabra del asunto a sus esposas. El abogado amigo de Hans proporcionó una información lo

suficientemente ambigua, como es común en los abogados, sobre todo si trabajan gratis, que no tranquilizó a los dos hombres.

Los días del final del otoño pasaban sin que las mujeres sospecharan acerca de la angustia que atenazaba a sus maridos. Tanto Hans como don Andrés sólo hablaban del asunto camino de ida o de vuelta de la Peña, donde luego escudriñaban los periódicos con atención por si salía alguna novedad sobre el tema.

Pero ya se sabe que en los diarios muchas noticias ocupan una primera plana durante días o incluso meses, para luego desaparecer de manera repentina y no se vuelve a oír palabra de aquello nunca más, como si jamás hubiera ocurrido.

Se acercaba la Navidad, había que hacer planes para pasarla en el pueblo, pues él ya se negaba a ir a casa de sus hijos, donde además de estar incómodos, tenían que soportar a sus nietos y nueras. Pero ir al pueblo supondría meterse en la boca del lobo.

Una vez en Villa de los Caballeros, era prácticamente imposible que la noticia no llegara a oídos de sus esposas, para ello les sería imprescindible una estrategia bien pensada para evitarlo. Por más vueltas que le daban no encontraban una solución factible que no las indujera a sospecha.

Don Andrés por su cuenta había dejado de comprar el periódico, cosa que su esposa advirtió a los pocos días. Pero cuando le preguntó la razón de ello, él se limitó a decir que los periódicos, que no hablaban más que de guerras y desastres y de estafas y negocios sucios, le levantaban dolor de cabeza y le ponían de mal humor. Él era un pobre jubilado que nada podía hacer para remediar los males del mundo y por tanto había decidido que lo mejor era ignorarlos. A doña Candela aquella explicación no la convenció del todo, pero, entretenida como estaba con las mil actividades que llevaba a cabo con su amiga La Marquesita, dejó de lado el asunto y lo olvidó rápidamente.

Una tarde, cuando volvían cabizbajos de su partidita, Hans se detuvo en seco y dándose una palmada en la frente que a cualquier otro le habría hundido el hueso frontal del cráneo, exclamó: ¡Ya lo tengo! Don Andrés entre asustado y sorprendido le preguntó a qué se refería y Hans le dijo: Vamos a pasar las vacaciones de Navidad en Alemania. Yo mismo se lo diré a tu mujer. Ya verás cómo le encanta la idea. Ella es una mujer curiosa y a la que le gusta conocer nuevos lugares. Mi país está lleno de iglesias que querrá visitar y de muchos museos. Don Andrés argumentó con el frío y con los gastos que aquello conllevaría, pero Hans aseguró que podrían alojarse en casa de su hermana y hacer excursiones en el coche de su cuñado, lo que saldría muy económico.

Como don Andrés se resistiera, cabeceando poco convencido, Hans hizo la gran pregunta: ¿Quieres ir al pueblo y que tu mujer y la mía se enteren de que esos pájaros están en la cárcel y que nosotros podemos ir también? Ante aquella eventualidad, descrita con tanta crudeza, don Andrés cedió y quedaron en que organizarían una cena sorpresa y a los postres les contarían el plan a sus mujeres.

Las mujeres se entusiasmaron con la idea. Viajar en avión, sobre todo a doña Candela, le gustaba muchísimo y sólo lo había podido hacer en un par de ocasiones. Además, ir a un sitio tan frío como Alemania le daba ocasión de renovar su vestuario y comprarse cosas de abrigo, entre ellas un chaquetón de piel que, sin duda, en Nicegante jamás podría volver a usar, si no quería morir de un golpe de calor incluso en pleno invierno.

Las semanas previas a la Navidad se fueron en las compras y en trazar itinerarios y visitas a lugares famosos. Doña Candela se compró una guía de turismo y casi se la aprendió de memoria. Al cabo de unos días sabía más de Alemania que el propio Hans que jamás había estado en determinados lugares, ni se había preocupado de buscarlos en el mapa o de saber a cuántos kilómetros estaban unos de otros y si sería posible incluirlos en la misma ruta de tal o cual día.

Pero, puestos de acuerdo en las bases fundamentales del itinerario y la distribución de las excursiones, las dos parejas, cargaron con sus maletas, tomaron un tren que los llevara a Madrid y desde allí volaron a Berlín, con gran emoción de doña Candela, que iba haciendo fotos de todo y escribiendo en su diario de viaje todas las incidencias, incluso las más nimias, como el nombre del taxista que los había llevado al aeropuerto o bien qué habían desayunado allí.

La hermana de Hans y su marido, ella se llamaba Erika y el marido Peter, vivían en un pueblecito pequeño de nombre larguísimo, en la antigua casa familiar de los padres de Hans. Esta casa, algo más grande que un chalé, había sido parte de una gran finca de labor, cuyas tierras, en parte se habían ido vendiendo y, en parte, se habían perdido durante la guerra. No obstante, el gran caserón, junto con la casa de guardeses, estaba rodeado de un gran parque, de una huerta, del resto de unas vaquerizas, ahora usadas como trastero y cuarto de aperos, y de un gran patio enlosado, donde se podía cenar o comer, si el tiempo lo permitía, que solía ser durante unos quince días al año.

Los dos hermanos, aunque Hans casi no había pisado por allí, habían reparado y acondicionado la casa. Con las viejas chimeneas no era suficiente para hacer

confortables aquellas habitaciones de techos muy altos, de ventanas que encajaban regular y de sombríos pasillos, por eso una de las primeras reparaciones que costearon fue la de introducir un sistema de calefacción muy sofisticado que la mantenía en una temperatura aceptable. También se habían acondicionado tres cuartos de baño y la cocina y se había saneado la casa de los guardeses.

Doña Candela y don Andrés fueron instalados en una graciosa habitación de la segunda planta de la casa de guardeses que tenía el techo abuhardillado y cubierto de vigas gruesas de oscura madera. Esa habitación tenía también un cuarto de baño muy coqueto, repleto de estanterías cubiertas con pañitos bordados. Tanto el baño como la habitación poseían dos ventanucos con persianas de madera, que miraban al inmenso campo que rodeaba la casa y que estaba salpicado de pequeñas casitas y algún campanario picudo y oscuro. Aunque se retiraban allí a dormir, desayunaban y hacían el resto de las comidas en la casa grande, como la llamaban sus propietarios.

Hans solía hacer de traductor, ya que ninguno de ellos hablaba el idioma del otro. Así supieron que Peter era profesor en una escuela rural cercana, pero que estaba ya jubilado. Ella era secretaria o algo así en el ayuntamiento y aún le faltaban dos años para jubilarse, pero debía tener poco trabajo porque siempre estaba en la casa, afanándose en la cocina. Erika hacía su propio pan, sus mermeladas, la mantequilla, el queso y preparaba conservas tanto de vegetales como de pescado de río, además de hacer encurtidos y fiambre de oca, pato y otra clase de volátiles.

Como ambos estaban muy ocupados en su inmensa casa, recogiendo fruta, envasándola o haciendo mil y una tareas de arreglos de las desvencijadas puertas y ventanas, a penas salían de allí y sólo usaban el coche para ir a misa los domingos y para alguna compra extraordinaria. De manera que las parejas visitantes dispusieron del coche a su antojo y se dedicaron a visitar todas las iglesias cuyos campanarios se veían desde las ventanitas de la casa de guardeses, además de otros lugares como ríos anchísimos o bosques impenetrables. No dejaron escapar algún que otro museo, la mayoría de ellos etnográficos, donde se conservaban los viejos trajes regionales que, por otra parte, muchos usaban los días de fiesta, y aperos de labranza, estos sí caídos en desuso.

Doña Candela sacaba fotos de todo; de las vacas, de los viejos cántaros, de las torres de las iglesias y de ellos apostados bajo un árbol o junto a un arroyo. Disfrutaba como una niña de las lonchas de jamón ahumado, sobre una rebanada de pan negro y de

la cerveza suave y espumosa que les servían en pequeñas posadas que se encontraban en medio de los caminos o en las plazoletas de los pueblos. Aunque hacía un frío espantoso y a ratos nevaba de tal manera que no se veía a dos palmos, las carreteras estaban despejadas y las ruedas especiales del coche de Peter engullían los kilómetros como si nada.

Cada noche volvían a la casa cansados, ateridos, pero satisfechos de sus andanzas y de conocer tan hermoso país, sus miles de vacas en los prados y sus bosques llenos de árboles altos y apiñados, y cuyo suelo estaba tapizado por toda clase de matorrales, de manera que no se veía la tierra. En algunos momentos doña Candela echó de menos no ver algún cerro pelado o alguna llanura reseca, como las que había en su tierra, cubiertas de cardos y gramíneas espontáneas y amarillentas incluso en plena primavera, pero no dejaba de reconocer que el paisaje era hermoso, que las ciudades y pueblos eran limpios y ordenados y que la gente era cordial y saludadora, aunque no pudiera comunicarse con ella. Una cosa tenían, sin embargo, en común, aparte de Carlos V por supuesto, y es que tanto a los españoles como a los alemanes les gustaba comer.

La Nochebuena de aquel año fue en cualquier caso especial. La iglesia estaba muy adornada, llena de velas y cintas rojas y de muérdago, lo que le daba ciertamente un aire festivo que mitigaba un poco el aspecto fúnebre que tienen muchas de esas iglesias barrocas del centro de Europa, en donde los altares alternan los mármoles blancos y negros de manera que recuerdan a los panteones de algunos cementerios de España. El órgano sonaba solemne y, antes de empezar propiamente la celebración, un magnífico coro, en el que alternaban voces de tenor, barítono, de tiple y de soprano con las voces blancas de los niños, todos ellos ataviados con roquetes, comenzó a deleitarlos con hermosas canciones litúrgicas interpretadas con precisión y sentido musical. Parecía un coro de ángeles y doña Candela se sintió transportada al Paraíso. Al finalizar la celebración, aún permanecieron allí durante una hora más, escuchando asombrados montones de villancicos que ella había oído toda la vida, pero interpretados de manera ramplona y fusilando el latín, como el célebre *Adeste fideles*. No pudo por menos que señalarle a Hans que esa era una diferencia cultural notable entre España y Alemania.

Los españoles rara vez se saben entera la letra de una canción e incluso en un coro parroquial hay siempre alguien que desafina o va por libre, mientras que allí todo era orden y disciplina. ¡Qué hermosas voces y qué bien cantaban! Hans respondió que la pertenencia al coro era hereditaria. Los niños empezaban en cuanto hacían la comunión

e incluso antes y ya permanecían en el coro hasta que morían y les sustituía alguno de sus hijos e hijas, que había seguido el mismo proceso. Doña Candela pensó para sí que no era un mito el hecho de que los alemanes tuvieran fama de ser muy ordenados.

El día de Navidad visitaron un mercadillo típico, con sus frutas, verduras, mermeladas, ahumados, salchichas de todos los tamaños y colores y, desde luego, una enorme barraca en donde se bebía cerveza a destajo, se cantaba y se brindaba con gran alboroto. A las tres de la tarde, cuando el sol ya empezaba a declinar, los empedernidos bebedores de cerveza, se levantaron tambaleantes de sus asientos y de manera disciplinada abandonaron la carpa, yéndose cada cual a su casa. Muchos de ellos ostentaban unas hermosas narices enrojecidas y trastabillaban sobre los adoquines de la calle. Sin embargo, como la informó Hans, todos llegarían sanos y salvos a sus casas, dormirían la borrachera y al día siguiente estarían frescos como rosas para ir a trabajar, cada uno en su menester. Doña Candela también admiró aquella capacidad para pasar de la juerga al silencio y al orden cotidiano.

No obstante, a la mañana siguiente, tanto ella como don Andrés amanecieron con los claros signos de una resaca y se alegraron de no estar entre los que tenían que acudir a su trabajo. Renqueantes y con ojeras, se acercaron a la casa grande con el fin de probar si un café cargado y los bollos de Erika les despejaban la cabeza lo suficiente como para emprender la excursión programada para aquel día.

Antes de asomarse a la puerta de la cocina, ya oyeron unos gritos bastante fuertes que parecían provenir de la garganta de Peter, a los que en un tono no menos alto, respondía la voz de Hans. Dudaron un momento si entrar o no en la gran cocina, pero, tal como sentían la cabeza, como si la tuvieran llena de alfileres, decidieron que el café era imprescindible. Su llegada interrumpió los gritos y estos fueron sustituidos por sonrisas y cabeceos de bienvenida. Erika sirvió un espumoso y humeante café, cuyo aroma ya les devolvió en parte al mundo de los vivos y sanos. El pan con queso y un bollo relleno de mermelada de arándanos, cogidos en el bosque cercano, hicieron el resto y, a los diez minutos, la pareja ya se sentía con ánimos de comenzar el programa cultural del día.

Durante el trayecto que les llevaba a su excursión correspondiente las dos parejas se mantenían en silencio. Hans apenas señalaba a derecha o izquierda algún promontorio o el campanario de alguna iglesia. Las mujeres sentadas detrás, en un momento determinado y agobiadas por el raro silencio, se miraron y en sus ojos

brillaron los interrogantes que las corroían y las mantenían calladas. La Marquesita, como movida por un impulso interior irrefrenable, le preguntó a su marido por la causa del griterío mañanero. Hans hizo un gesto evasivo con la mano, pero como también estaba a punto de estallar y tras aclarar que si hablaba de aquello era porque los que allí se encontraban eran como hermanos, empezó a despotricar acerca de su cuñado Peter.

Este, al parecer, no había hecho en su vida nada de provecho. Se había casado con Erika al considerarla hija de una rica familia, sin tener en cuenta que la guerra había modificado considerablemente la situación de una cierta nobleza rural. Aunque vivía gratuitamente en la casa de la familia y se beneficiaba de todo lo que ella producía, pensaba que los dos hermanos, Erika y Hans, debían correr con cualquier gasto, fuera de mejora o producido por el deterioro del uso. Siempre que Hans aparecía por la casa intentaba sacarle dinero para cualquier magnífica idea o inversión que Peter tenía por imprescindible. Al parecer el matrimonio ya había amanecido discutiendo, cuando el marido le planteó a la esposa que había que conseguir una aportación del cuñado. Al llegar Hans al comedor se vio inmerso en la trifulca y terminó diciéndole a su cuñado que mejor haría en buscar él los fondos para sus propios negocios de los que él no obtenía, ni quería, ninguna participación.

Doña Candela y don Andrés coincidieron en el análisis. No podían entender cómo el cuñado no valoraba que gracias a las aportaciones de Hans él podía vivir cómodamente y sacar provecho de algo que no era suyo. Entonces comprendieron por qué este, a pesar de las dificultades del idioma, se había empeñado en enseñarles la finca y en contar con detalle las muchas reparaciones que había hecho con sus propias manos. Parecía considerar que si arreglaba un picaporte, una ventana o le daba una mano de pintura a un cobertizo estaba haciendo algo gratis para los propietarios y, por lo tanto, se esperaba de estos que tuvieran la consideración de compensarle de alguna manera, comprándole una nueva televisión o poniéndole un jacuzzi en el cuarto de baño.

En medio de esta cuestión y de manera poco apropiada, don Andrés cometió el error de comparar a Peter con 'El Ventana'. Unas palabras tiraron de otras y, finalmente, las esposas quedaron enteradas de que la excursión navideña a Alemania era una especie de huida prudente. Sofocadas y enojadas por la ocultación de los hechos, sometieron a ambos esposos a una reprimenda contundente y les prohibieron hacer nada en aquel asunto y dejarlo en las manos de ellas.

De este modo tan abrupto se concluyó la feliz estancia en las heladas tierras de Alemania y los cuatro, después del día primero del año, regresaron a Nicegante con unas perspectivas cuando menos complicadas.

Capítulo 21

La vuelta a casa fue un poco triste. Por una parte, sentían el peso de las complicaciones a las que ‘El Ventana’ les podía haber abocado y, por otra, ello les restaba ánimos para presumir de sus vacaciones alemanas. Ya se sabe que parte del éxito de un viaje, en especial al extranjero, consiste en poder contarlo a las amistades, enseñar las fotos y magnificar cualquier pequeña experiencia o acontecimiento que se hubiera producido.

Si hablaban de la magnífica casa de Hans, planeaba la sombra de Peter. Si se extendían en señalar los recuerdos que habían comprado, corrían el riesgo de que todos se preguntaran de dónde habían sacado el dinero y la efigie de ‘El Ventana’ se aparecía ante sus ojos como un ectoplasma. Si minimizaban los gastos hablando de que habían estado de gorra en casa de Erika y usando el coche de Peter, entonces parecía que habían estado de prestado. En fin, que entre unas cosas y otras llegaron los Reyes Magos y los pillaron sin ganas de ir a comprar el roscón.

Doña Candela no sabía cómo hacerse con noticias acerca de ‘El Ventana’ y sus compinches para saber a qué atenerse. Conferenciaron María Luisa y ella y finalmente esta dio con un posible modo de saber en qué había parado el asunto. Doña Candela no estaba muy segura de que la solución planeada por la Marquesita diera resultado, pero como no tenía idea mejor, la dejó hacer.

María Luisa se fue muy decidida al supermercado en el que el antiguo cura del pueblo estaba de reponedor. Discretamente se fue hacia don Fulgencio y le dijo aquello de su cara me suena, ¿usted no es don Fulano? ¿Qué hace aquí de reponedor? El hombre cambió varias veces de color, pero ella fue llevando hábilmente la conversación hacia sus intereses y supo que el ex-cura tenía una pariente en el pueblo y, sin que sonara a chantaje ni a amenaza, lo emplazó para que averiguara cómo estaba el asunto del concejal y sus amigotes y de si aquellos a quienes les habían comprado terrenos, se verían implicados de algún modo en el asunto.

La pariente del cura era funcionaria en el ayuntamiento de Villa de los Caballeros, de manera que ocupaba un observatorio inmejorable para tener acceso a cualquier información útil. Al cabo de un par de semanas, ambas fueron, como de

costumbre al supermercado. María Luisa había insistido en que doña Candela la acompañara, con el fin de que, en caso de que el tal Fulgencio se hiciera el remolón, le diera largas o apareciera renuente a sus deseos, se viera presionado con la presencia de otro testigo de su situación. Don Fulgencio, muy al contrario y sin que se sepa muy bien por qué, había hecho su labor e informó a María Luisa y a doña Candela de todos los pormenores que deseaban conocer.

Finalmente comprendieron por qué aquel hombre se había mostrado tan servicial y había hecho su tarea de averiguaciones de manera tan completa y satisfactoria. El mismo y su prima les habían vendido unas tierras igual de baldías a ‘El Ventana’ y sus compinches y, por lo tanto se encontraban en una situación semejante a la de las dos amigas. Sin embargo, él, al haber salido del pueblo de manera precipitada y sin dejar señas de sí, se había olvidado del asunto y no había seguido el curso de los acontecimientos. Avisado por María Luisa de que podría correr algún peligro que aún complicara más su actual situación irregular, decidió que había que poner en claro cómo estaba todo. Presionó a su prima y esta le dio un informe completo. Efectivamente el concejal, su suegro, el director del banco, el alcalde y alguno más estaban en prisión preventiva por delitos de estafa, apropiación indebida, falsedad en documento público y unas cuantas cosas más. Sin embargo, aquellos que habían vendido sus terrenos, lo habían hecho para desprenderse de unas fincas que nada les rentaban, habían cobrado por ellas un precio dentro de mercado e incluso a la baja y, por lo tanto, estaban totalmente al margen de cualquier pesquisa. La prima de don Fulgencio, que no había caído en la cuenta de cuál era su cercanía al fraude y a pesar de que se aseguró de que a ella no le salpicaría nada, pidió una baja médica y empezó a tramitar su jubilación con un sentimiento de íntima satisfacción, pues estaba indecisa hasta aquel momento. La venta de los terrenos la había dotado de un capitalito y su pensión le permitiría seguir viviendo como siempre o incluso mejor. Podía, además, presentar su renuncia como la única acción posible en una persona de fina conciencia, que no quería relacionarse ni siquiera con un edificio en donde se habían fraguado semejantes indecencias.

Don Fulgencio estaba sumamente agradecido por lo que a él le tocaba y, por supuesto, por lo que atañía a su prima. Por eso había actuado con diligencia. Una cosa son mis desavenencias con la institución, dijo en tono misterioso, y otra que se piense que soy una persona sin moral ni conciencia. Las mujeres se sintieron igualmente aliviadas, confirmaron que compartían los sentimientos de don Fulgencio y le juraron

que ellas no juzgaban a nadie ni se entrometían en cuestiones tan hondas que atañían exclusivamente a la conciencia de cada cual. Afirmando que Dios lee en los corazones de la gente, se separaron como los mejores amigos.

Todas aquellas tensiones dejaron las piernas de María Luisa y de doña Candela como si les hubieran quitado los huesos y se las hubieran rellenado de algodón. Por ello decidieron que sería mejor tomarse un té, sentadas en el cierro de doña Candela. No bien se acomodaron en sus mecedoras, evaluaron la conveniencia de informar a sus maridos de inmediato del resultado de sus pesquisas. María Luisa llegó a la conclusión de que los dos estaban demasiado conformes con sus partiditas en la Peña, con sus amigos y con la vida rutinaria que llevaban. Era prácticamente seguro que lo del viajecito a Alemania había salido como forma de escurrir el bulto y no ir al pueblo. Doña Candela estuvo totalmente de acuerdo. A ella le encantaba viajar y mantenerlos asustados con la amenaza de que se los implicara en algo, quizá diera ocasión para hacer alguna excursión, a Italia, por ejemplo, a donde ella había querido ir desde niña. La Marquesita consideró que aquella era una magnífica idea y empezaron a evaluar en qué fechas sería más propicio hacer aquella escapada. Puestas de acuerdo en que las próximas fiestas de primavera serían un momento adecuado para no tener que soportar las naves vikingas y las rondallas, las mujeres sellaron su pacto de silencio. Sabían que no podía ser eterno, pero lo estirarían todo lo que pudieran.

No obstante, la fina sensibilidad de doña Candela la indujo a introducir alguna consideración más. Así le planteó a su amiga que tal vez fuera más conveniente que empleara su dinero, ganado con el apoyo de 'El Ventana', en comprarse otro piso en un edificio un poco mejor y que tuviera un balcón como el suyo, desde el que observar el entorno. El argumento era que antes, cuando sólo eran novios, ella se pasaba mucho tiempo en el extranjero o en el pueblo, pero ahora, ya con marido, quizá convendría que vivieran en un lugar más adecuado.

La Marquesita se volvió lentamente hacia doña Candela, la miró con ternura y le dijo: ¿Sigues pensando que una aristócrata como yo no puede vivir en un edificio desconchado? Ambas se rieron. No. Yo no necesito un piso mejor. Me apetece viajar. Con tanto ir a América y a Alemania me he perdido muchos sitios a los que me hubiera gustado ir. ¿Qué me dices de París? Y, desde luego, iremos a Roma primero, pero no quiero perderme París. Para cierro ya tengo el tuyo. Este tiene unas vistas estupendas y me gusta el barrio, piensa que yo me crié aquí. Por cierto, esa que viene pegada a la

tapia no te recuerda a alguien. Doña Candela estiró el cuello, se ajustó las gafas y, después de darle otro sorbo a su té, dijo, se parece a ...